

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
DAD AU  
CIÓN GEN



EL  
PATRIOTISMO  
ESPAÑOL



DP68

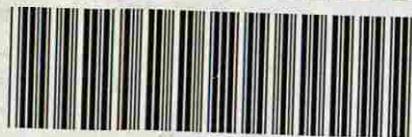
E42

no. 1

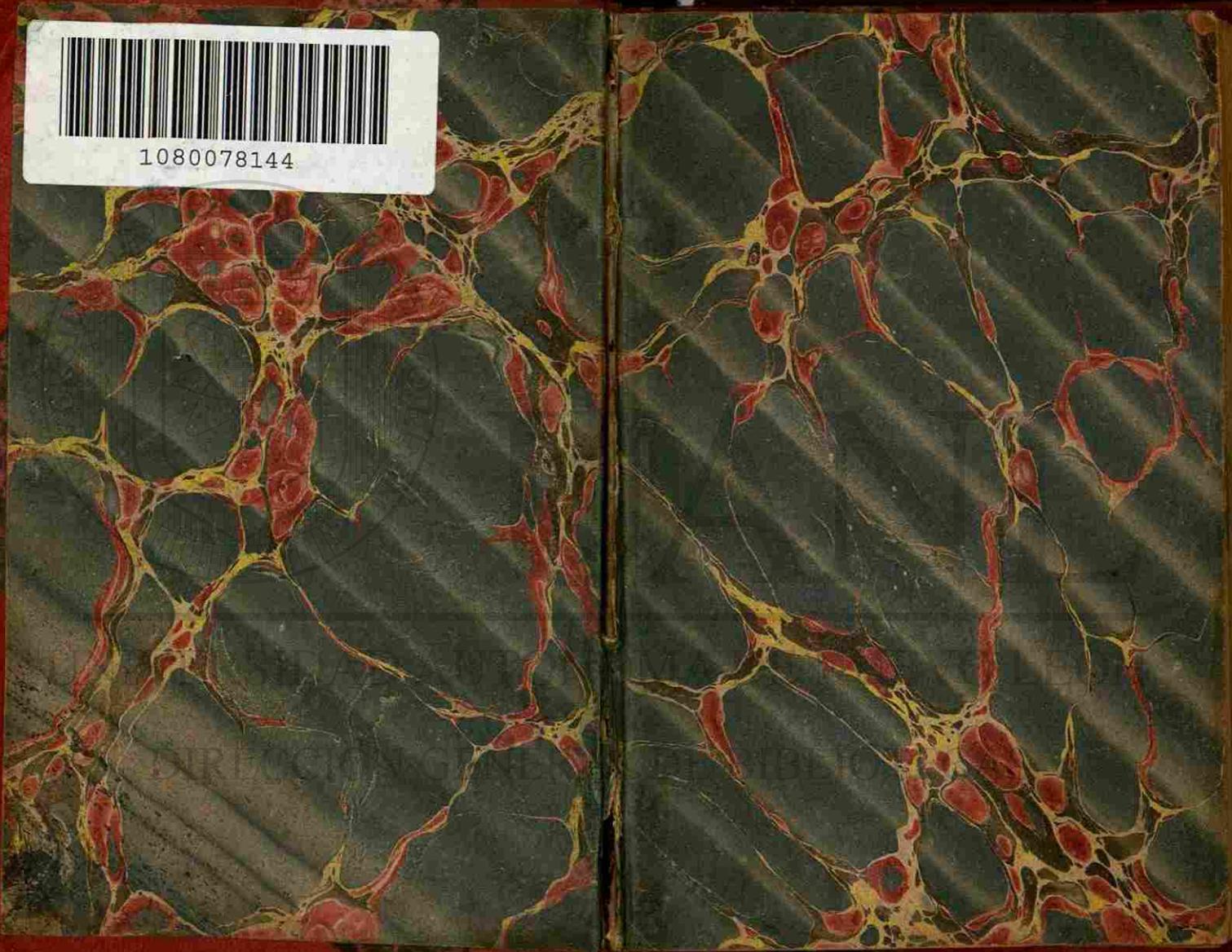
NO. 1

RAID





1080078144

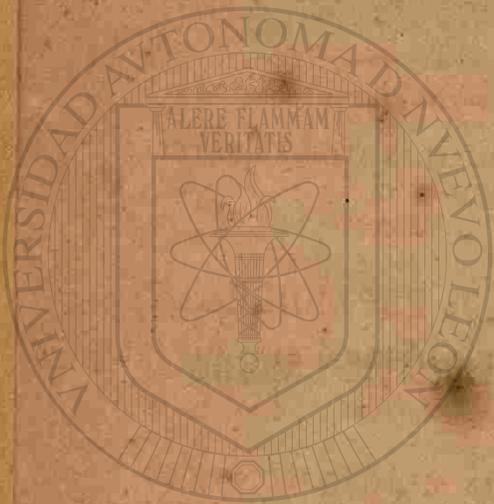




**El Patriotismo Español**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# El Patriotismo Español

APUNTES PARA UN LIBRO

RECORDANDO LAS GLORIAS PATRIAS

DEDICADO

A LOS ESPAÑOLES

Residentes en América

POR

RAMON ELICES MONTES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

1881



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE  
UANL FONDO  
A. R. PÚBLICA DEL ESTADO

## EL PATRIOTISMO ESPAÑOL.

APUNTES PARA UN LIBRO  
RECORDANDO LAS GLORIAS PATRIAS.

### PROLOGO

No hay sentimiento más noble, más puro, más bello, más sublime, que el sentimiento de la patria; ninguno como él para excitar las más delicadas fibras del corazón humano. Por la patria vive el hombre, por la patria lucha, por la patria muere; por ella realiza todas aquellas heroicas acciones que le abren el suntuoso templo de la inmortalidad, y coronándole de flores le elevan al altar sacrosanto de la gloria eterna. En todos los tiempos, en todas las edades, el fuego patrio enardeció el corazón de los héroes de todos los pueblos: él templó la lira de todos los poetas; él ilustró la mente de todos los sábios; él fué el verdadero móvil de cuanto más grande,

sublime y conmovedor el libro de la fama registra en sus páginas de oro.

En la patria se desarrollan las facultades intelectuales del niño; y en la patria y por la patria experimenta el hombre las mas tiernas emociones y aprende á ser útil á los demas, siendo útil á sí mismo.

Cuando las vicisitudes del destino nos apartan de aquellos lugares queridos que nos vieron nacer, el dulce recuerdo del claro sol que alumbró nuestros primeros dias es el mas grato á nuestra sombría existencia: la consoladora esperanza de verlo otra vez lucir sobre nuestra mística frente, es la rutilante antorcha que nos ilumina al cruzar el tortuoso sendero de la vida; es el faro luminoso que en la torrenciosa borrasca de las pasiones mundanas nos señala el anhelado puerto, y salva de las embravecidas olas la combatida nave de nuestro sér.

¿Quién hallándose en lejanas tierras, en todos los accidentes de la vida, ora favorables, ora adversos, no se acuerda de su patria? ¿Y cómo no acordarse? En ella se nació su cuna, rodeada del embriagador am-

biente que embalsamaban los dulces y ardientes ósculos de inimitable amor que su cariñosa madre, ébria de placer, depositaba sobre su tierna frente; y en ella está, rodeada de flores, la tumba de aquellos que le dieron el sér; en ella se desenvolvieron las facultades de su cuerpo y de su espíritu; en ella pasaron aquellos deliciosos dias infantiles que la naturaleza colmó de encantos y sus padres de amorosas caricias; en ella sintió latir su corazón á impulsos de los mas bellos sentimientos, que embriagándole de placer y de ventura le hacian entrever un risueño porvenir, forjando en su poética imaginacion un mundo de ilusiones que mas tarde, con el trascurso del tiempo, los desengaños sufridos y la nieve que se cierne sobre sus cabellos y llega hasta su corazón, se ha dissipado como frágil humo al soplo del mas fuerte huracán; en ella se deslizaron, veloces como el relámpago, frescos y juguetones como las brisas perfumadas del florido Abril, aquellos dichosos años juveniles cuyo dulce recuerdo, ha hecho exclamar á un poeta contemporáneo:

“En la edad de los albores,  
Cuando en el placer se sueña  
Y el alma goza risueña  
Con aves, cantos y flores;

Quando se anhela vivir,  
Porque vivir es gozar,  
Y no se sabe pecar,  
Y no se sabe mentir;

Quando corre la existencia  
En esa bendita calma,  
Sin pesares en el alma,  
Sin manchas en la conciencia:

En esa edad tan florida,  
Que ni un desengaño encierra,  
¡Gran Dios, qué hermosa es la tierra!  
Gran Dios, qué hermosa es la vida!»

Es además en la patria donde el niño, al salir del seno de su familia, se siente hombre y adquiere la plena y luminosa conciencia de su sér; en ella se conciben y despiertan los más dulces afectos y se contraen los más santos vínculos; en ella radica siempre el centro de las almas de los buenos ciudadanos.

Uncélebre escritor, Lamartine, ha dicho: “*Il n’y a d’amis, d’epouses, pères ni frères que dans la patrie: l’exilé partout il est seul.*» No hay amigos, esposas, padres ni hermanos más que en la patria: el desterrado en todas partes está solo.» Y aunque semejante máxima no deba ser considerada como una verdad absoluta, porque bien pueden encontrarse, y no pocas veces se encuentran, amantes esposas y leales amigos fuera de la patria, es indudable que solo en el lugar donde nacimos se abre el corazón a las más puras y santas emociones, únicamente allí experimenta el hombre la verdadera dicha.

¿Qué amor se iguala al amor primero? ¿Qué amistad más pura que la que el niño contrae en la escuela ó en los primeros juegos infantiles en que toma parte?

Por eso durante el trascurso de nuestra vida, por más lugares que visitemos, jamás hallamos ninguno que nos haga olvidar aquel cielo sereno y trasparente que fué mudo testigo de nuestras primeras alegrías, ni encontramos ningún pueblo por hermoso que sea, mejor que nuestro pueblo.

Y si este cielo es tan claro, tan sereno, tan bello como el poético cielo de la madre España, que diera admiración al Orbe entero; si este pueblo es tan noble, grande y generoso como el pueblo ibero, que llegó á descubrir y civilizar un Nuevo Mundo, que hizo morder el polvo á las fuertes legiones romanas y cortó el rápido vuelo de las arrogantes águilas del primer Imperio Napoleónico: que por su heroico valor alcanzó una época de tan potente predominio que en sus dilatadas regiones no se *nublaba* el sol ¿quién pudiera jamás olvidarlo?

Por eso nosotros, no obstante vivir en medio de un pueblo noble y generoso como el nuestro, que es de nuestra misma raza, que tiene nuestra propia sangre, nuestras mismas costumbres y un cielo no menos encantador, pueblo heroico que vive la vida de la libertad; no podemos olvidar, no olvidaremos nunca, la patria que nos vió nacer, aquella que desde Sagunto y Numancia hasta Bailen y San Marcial escribió con sangre el poema épico de las grandes heroicidades y dió al mundo entero saludables ejemplos

de abnegación, valor y virtud sublimes. Al alejarnos de sus fronteras dejamos allí nuestro corazón, nuestras más dulces afecciones; y fijo en ella nuestro pensamiento, á ella consagramos nuestro eterno recuerdo, única cosa, bien insignificante por cierto, que hoy por hoy podemos ofrecerle.

A ella y á nuestros compatriotas, alejados como nosotros de sus encantadores valles, dedicamos estas humildes líneas, en las que, no haremos otra cosa, que refrescar nuestras ideas, desenterrando algunos de los imperecederos recuerdos sepultados en el panteón de las glorias nacionales.

Bien sé que nada nuevo puedo decir, nada que mis lectores ignoren; pero tampoco son nuevas ni ningún creyente ignora, las sencillas oraciones con que todos los días rinde ferviente culto al Padre Supremo de la Creación. El que ora al pie del altar no pretende hacer una obra maestra: piensa en Dios, y al pensar en El le enaltece y se enaltece á sí propio. Nosotros, al recordar las glorias de nuestra madre patria, no intentamos otra cosa que rendirla un culto tan fervoroso cuanto

humilde; y si al pensar en ella no la enaltemos, porque está demasiado alta y nosotros somos demasiado pequeños, para adorarla y reverenciarla nos basta con arrodillarnos ante su altar sacrosanto, abrir el libro de la historia y repetir sus triunfos.

Aun esta empresa al parecer sencilla, es muy superior á nuestras fuerzas; pero la acometemos gustosos en la confianza de que nuestros lectores sabrán honrarnos con su benevolencia; y la patria, siempre tan generosa con nosotros, nos perdonará una vez más si no la servimos cual ella se merece.

---

## PRIMERA PARTE

### EDAD ANTIGUA

#### CAPITULO II

##### Explicacion preliminar.

La Peninsula ibérica, formada por los actuales reinos de España y Portugal, unidos por la naturaleza, aunque separados por lamentables causas que no es del caso exponer y analizar, es la más occidental y meridional de Europa; hállase situada en la zona templada del Norte, entre los 44° y 36° de latitud septentrional y los 8° longitud oriental y 6° occidental del meridiano de Madrid. Tiene por límites geográficos, al N. el mar cantábrico y la empinada cordillera de los Pirineos, que la separa de Francia; al E. el Mediterráneo; al S. este mismo mar, el Estrecho de Gibraltar y el Atlántico; al O. este último: mide unos 607,000 kilómetros cuadrados de

humilde; y si al pensar en ella no la enaltemos, porque está demasiado alta y nosotros somos demasiado pequeños, para adorarla y reverenciarla nos basta con arrodillarnos ante su altar sacrosanto, abrir el libro de la historia y repetir sus triunfos.

Aun esta empresa al parecer sencilla, es muy superior á nuestras fuerzas; pero la acometemos gustosos en la confianza de que nuestros lectores sabrán honrarnos con su benevolencia; y la patria, siempre tan generosa con nosotros, nos perdonará una vez más si no la servimos cual ella se merece.

---

## PRIMERA PARTE

### EDAD ANTIGUA

#### CAPITULO II

##### Explicacion preliminar.

La Peninsula ibérica, formada por los actuales reinos de España y Portugal, unidos por la naturaleza, aunque separados por lamentables causas que no es del caso exponer y analizar, es la más occidental y meridional de Europa; hállase situada en la zona templada del Norte, entre los 44° y 36° de latitud septentrional y los 8° longitud oriental y 6° occidental del meridiano de Madrid. Tiene por límites geográficos, al N. el mar cantábrico y la empinada cordillera de los Pirineos, que la separa de Francia; al E. el Mediterráneo; al S. este mismo mar, el Estrecho de Gibraltar y el Atlántico; al O. este último: mide unos 607,000 kilómetros cuadrados de

extension y cuenta cerca de 20.000000 de habitantes.

Su fertilísimo suelo se halla cortado por elevadas y ásperas cordilleras, y es regado por muchos y caudalosos rios que favorecen su rica vegetacion. Su clima es muy vario: pero generalmente seco y benigno. Su terreno es tan fértil y rico en todo género de producciones de los tres reinos de la naturaleza, que bien puede asegurarse encierra los de todos los climas y regiones del globo. Esta misma circunstancia la ha hecho tan envidiada de todos los pueblos del Orbe que condenada á rechazar continuamente extrañas é injustas agresiones, su historia es un completo martirologio por la libertad y por la independencia de su suelo, teatro de las más heróicas hazañas que registran los ensangrentados anales de la historia del mundo. Empero las grandes prendas que caracterizan á sus hijos, entre los que sobresalen el valor, el sufrimiento en la adversidad y un acendrado é incomparable patriotismo, les prestaron siempre suficientes medios para triunfar de sus encarnizados enemigos.

La alta y merecida importancia que en los destinos de Europa han ejercido las vicisitudes por que nuestro pueblo atravesara, hace de su historia particular una de las páginas más interesantes de la historia general del mundo, y justifica la incuestionable conveniencia de su concienzudo estudio, tanto por la gloriosa enseñanza que ofrece, cuanto por las especiales condiciones geográficas y físicas de su privilegiado suelo y las más notables y culminantes de sus esforzados hijos, que tan elevados timbres de gloria supieron en todo tiempo conquistar.

Admitida para la separacion de la historia de España la division en tres edades, *antigua, media y moderna*, comprende la primera el periodo que media desde la primitiva poblacion de la Península; esto es, hácia el siglo XX antes de J. C., hasta el siglo V de la Era cristiana; la segunda desde esta última fecha hasta la expulsion de los árabes y consolidacion de la unidad nacional (fines del siglo XV) y la última desde entonces hasta ahora; cuyos tres periodos, á cual más gloriosos,

abrazan una extension de tiempo de cerca de cuarenta siglos.

En la narracion de los hechos más culminantes que durante ellos se han realizado seguiremos el orden cronológico adoptado por los historiadores de más nota; y como en estos sencillos apuntes no nos proponemos escribir una obra perfecta, ni mucho ménos, emplearemos un estilo sumamente sencillo y al alcance de todas las inteligencias.

Asi, pues, lo que á nuestro humilde trabajo falte de belleza artística, sobrar  de concision y claridad, que es lo que en nuestra modesta opinion necesitan obras de esta naturaleza.

CAPITULO II

ESPAÑA PRIMITIVA.

El principio   origen de la primitiva poblacion de España es oscuro   incierto, y se remonta   una fecha antiquisima. Siguiendo la tradicion mas generalmente admitida se cree que aquella fué debida   Tubal, hijo de Japhet, que al frente de algunas tribus asiáticas se estableció en una parte del suelo español el cual por este motivo, tomó el nombre de Tubalia   Setubalia. Sus descendientes,   nuevas tribus asiáticas tambien, los *Iberos*, oriundos de las faldas del Caucaso poblaron y se extendieron por las regiones septentrional y occidental, que mas tarde despues de sangrientas luchas tuvieron que abandonar   los Celtas, pobladores de la Galia. Estendi ronse entónces estos últimos por la parte meridional y oriental, y fusio-

nandose con aquellos, crearon el pueblo Celtibero, verdadero indigena de la Península, que por esta causa tomó el nombre de Iberia ó Celtiberia, con el cual era ya conocida unos dos mil años antes de J. C. Estas tribus se repartieron el territorio, contituyendo diferentes grupos de poblacion, cuyo número, nombre y situacion geográfica son bastante dudosos. Sabese sin embargo, que los de origen *Celta* ó sean los *Vascos*, *Cántabros*, *Astures*, *Galáicos* y *Lusitanos* ocuparon respectivamente la Navarra y N. de Aragon, las provincias Vascongadas y N. de Castilla la Vieja, el actual principado de Asturias, Galicia y N. del reino de Leon, Portugal y parte de Estremadura; mientras que los de procedencia *ibera*, esto es, *Ilergetes*, *Indigetes*, *Laletanos*, *Cosetanos*, *Bastetanos*, *Beturios Bástulos*, *Tartesios* y *Turdetanos* se extendieron por las comarcas de Huesca y Lérida, el Ampurdan, Barcelona, Tarragona, Valencia, Murcia, Cartagena, Sierra Morena y E. del estrecho de Gibraltar, la Andalucía, y costa del Mediterraneo. De origen *Celtibero*, propiamente dicho, salie-

ron los *Arevacos* los *Carpitanos*, los *Vacceos*, los *Oretanos* y los *Olcades*, que ocuparon todo el territorio que hoy comprenden ambas Castillas y la region O. de la provincia de Murcia.

Si oscuras son las nociones que sobre el origen y procedencia de los primitivos pobladores nos ha legado la tradicion, no lo son menos las que tenemos acerca de su idioma, religion, usos y costumbres, gobierno y cronología de sus jefes. La creencia mas generalmente admitida, como fundada en la suposicion mas verosimil es que su religion debió ser la natural, ó creencia en un solo Dios, su gobierno el patriarcal, y sus ocupaciones las de tribus errantes, dedicadas muy especialmente á la agricultura y pequeñas industrias con ella relacionadas. Y bien mirado no podia menos de suceder asi; porque las sociedades estaban entonces en embrión y los pueblos en su infancia.

Pero semejante estado de abyeccion y embrutecimiento no podia prolongarse: las sociedades á medida que avanzan en su natural y lógico desarrollo, se crean nuevas

á imprescindibles necesidades á que únicamente pueden acudir las infalibles leyes del progreso humano, antiguas como la Creación, eternas como la naturaleza.

La lógica marcha de los sucesos dió lugar á que allá por los siglos XV y XIV antes de J. C. llegaran á la Península otras colonias de comerciantes fenicios, atraídos por la riqueza del suelo y benignidad del clima. Al pisar nuestros fértiles valles quedaron prendados de sus encantos, y haciendo alianza con sus moradores se establecieron en él fundando á *Gadir* (Cádiz) Malaca, (Málaga, *Calpe* y *Heraclea*, (Gibraltar) *Asidonia*, (Medina Sidonia) y otras muchas poblaciones. A la vasta y feracísima region por los fenicios ocupada la llamaron *Spaña*, que significa país escondido, acaso teniendo en cuenta su situación topográfica mas allá del Mediterráneo, único mar que por entonces les era conocido, cuyo nombre se hizo extensivo á toda la Península.

Los primeros elementos de la civilización de nuestro país, á los fenicios fueron debidos; pues ellos nos trajeron el alfabeto, la

escritura, el comercio y la navegación; si bien con el establecimiento de estas colonias, y las griegas, que vinieron más tarde, empezaron á germinar en nuestro suelo las semillas de la idolatría.

Asociadas ó aliadas, aquellas colonias tuvieron como centro de su unidad política y religiosa á Cádiz, donde consagraron un templo á su divinidad, (Hércules.) Constituyendo un germen, aunque pequeño, de organización político-religiosa, contribuyeron poderosamente á la prosperidad y engrandecimiento que más tarde llegaron á alcanzar.

Vienen despues (por los siglos X al VII antes de J. C.) á nuestras costas orientales algunas colonias griegas procedentes de la isla de Ródas, de Marsella y de Zante, las cuales entablan relaciones comerciales con los habitantes del país y se establecen en el litoral de Cataluña y Valencia. Acogidas sin resistencia por los moradores de nuestro suelo, contribuyeron poderosamente á su civilización introduciendo sus usos y costumbres á la vez que sus prácticas religiosas, que co-

mo es natural, adulteraron las sencillas creencias de los primitivos pobladores.

Por su propio esfuerzo fundaron á *Rhodo-pe*, (Rósas) *Emporium*, (Ampurias) *Artemisium*, (Denia) *Sagunto*, (Murviédro) y otras varias ciudades en la costa oriental. Los *griegos* dieron á la parte de territorio por ellos ocupada el nombre de *Hesperia* (del planeta Hespero, Vénus) debido sin duda á la situacion occidental de España respecto á Grecia, y cuyo nombre, como en otro tiempo el fenicio, se hizo extensivo á toda la Península.

Tampoco éstas colonias llegaron á constituir un grupo político ó Nacion, propiamente dicha: mantuviéronse siempre independientes entre sí y sin otro lazo que la unidad de su religion, simbolizada en el culto á *Diana*, su divinidad, á quien consagraron un templo en Denia.

Por el ligero extracto que de la historia de la España primitiva acabamos de hacer, se vé claramente que desde muy remotos tiempos la posesion de la Península ibérica fué

muy codiciada por los pueblos más civilizados de la Europa y del Asia: vinieron los *fenicios* arrastrados por el aliciente de la ganancia; y los *griegos*, por el mismo motivo, siguieron el camino por aquellos emprendido; pero la colonizacion griega quedó reducida á los límites del Mediterráneo; permaneciendo para ella completamente inexploradas las comarcas del Norte.

No podemos detenernos más en la explicacion de este periodo infantil de nuestra historia, porque tenemos que entrar de lleno en el de los grandes hechos que la enaltecen, cuya narracion es el objeto principal que nos proponemos en el presente trabajo.



Más de ochocientos años llevaban los *fenicios* disfrutando las delicias de nuestro suelo, cuyos ricos tesoros explotaban, cuando una insaciable avaricia les inspiró el vil deseo de dominar por completo el país. Pero encontrando, como era natural, una tenaz y enérgica resistencia en las belicosas tribus que lo poblaban, invocaron para tan criminal empresa el auxilio de los *cartagineses*, sus hermanos de origen, como procedentes de Cartago, colonia *fenicia* en la costa septentrional de África. Vinieron con efecto los *cartagineses* hacia el siglo VI antes de J. C., y estableciéndose en el litoral del Mediterráneo, en vez de auxiliar á los que les llama-

ban, hicieron causa común con los naturales del país, y arrollando por todas partes á los ambiciosos *fenicios* les arrojaron de Cádiz, su último refugio; quedando por consiguiente expulsados de España. Entonces los *cartagineses* se extendieron por toda la *Bética* (Andalucía) dando fuerte impulso á sus operaciones mercantiles y tratando á los primitivos pobladores como aliados y comerciantes, en cuya benévola actitud se mantuvieron más de tres siglos, hasta que al principiar la *primera guerra púnica* abandonaron el país.

La estrella de Cartago principiaba á eclipsarse: tras de la *primera guerra púnica*, harto desastrosa para aquella república, tuvo que sostener la sangrienta lucha llamada *de los mercenarios*; quedando sus fuerzas sumamente quebrantadas y su poderío muy aminorado, por efecto de las grandes pérdidas que Roma, su poderosa rival, le ocasionara. Entonces los *cartagineses* intentaron dominar por completo el suelo español, buscando en la codiciada posesión de éste la compensación de sus anteriores quebrantos.

Al efecto el Senado de Cartago envió al general Amilcar Barca, quien el año 238 antes de J. C. desembarcó en el puerto de Cádiz al frente de un numeroso ejército que traía la misión de conquistar todo nuestro territorio.

Desarmados, desorganizados, sin medio alguno de defensa, se encontraban los sencillos habitantes del pueblo ibero al verse tan de repente acometidos con sin igual fiereza por el aguerrido ejército cartaginés; pero no por eso desmayaron en su heroica y noble resistencia. La superioridad de las armas, de la organización y del arte pudo dar á Amilcar el triunfo, casi completo, que anhelaba; mas para ello tuvo que sostener nueve años de ruda é incesante lucha, durante la cual recibió numerosas é inequívocas cuanto elocuentes pruebas del indómito valor de los españoles, que en cien y cien combates desiguales demostraron á los cartagineses de cuánto es capaz un pueblo que defiende la legalidad de su independencia y la santidad de sus hogares.

Pasando sobre arroyos de sangre y asal-

tando murallas de cadáveres, llegó al fin el poderoso Amilcar á subyugar toda la *Bética* y parte de la Lusitania; extendiendo luego sus conquistas por el país de los *contestanos*, é internándose en el de los *laletanos*, donde fundó á *Barcinon* (Barcelona) y *Acra Leuka* [Peñíscola]. Vencedor de los denodados jefes *celtíberos* Indortes é Indolacio, primeros mártires de nuestra independencia, fué luego derrotado por les *Vettones* de la *celtiberia*, y perseguido por Orion, Régulo de los *Beliones* de Belchite, murió en su fuga al atravesar un río.

Muerto Amilcar le sucedió en el mando del ejército cartaginés su yerno Asdrúbal, que tuvo la suerte de vengar la muerte de su suegro derrotando á los *celtíberos*.

Comprendiendo entonces en su buen juicio y claro talento el nuevo general que más podía conseguir con el ramo de oliva que con la espada, cifró todo su anhelo en consolidar las conquistas ya hechas, antes de emprender otras nuevas de muy problemático resultado, y tal vez de desastrosas consecuencias para él. Al efecto, adoptó una política templada y

conciliadora, trabando amistad con algunos de los pueblos vencidos y enlazándose con una hija del país. El año 228 ántes de J. C. fundó a *Cartago-nova* [Cartagena] haciéndola capital de las posesiones cartaginesas en nuestra Península.

Este jefe, dotado de un carácter amable y bondadoso hasta cierto punto, pudo conservar el mando por espacio de nueve años, al fin de los cuales murió asesinado por un esclavo á cuyo dueño habia hecho quitar la vida.

Quedó entonces Annibal, joven de veinticinco años, al frente del ejército cartaginés, desplegando desde el primer momento de su mando todas las relevantes condiciones de un consumado general y de un político de habilidad extraordinaria. Con ellas consolidó las conquistas de sus antecesores, y aunque vencido en *Elmantica* (Salamanca) consiguió someter á su dominio todos los pueblos de las márgenes del Tajo. Su incansable actividad y su diplomática conducta eran sin cesar empleadas en preparar nuevas empresas y grangearse el amor de los vencidos; concili-

liando siempre los duros rigores de la guerra con la simpática dulzura de su mando y la provechosa explotación de las riquezas mineras del suelo.

La odiosa rivalidad á la sazón existente entre Roma y Cartago, y la insaciable ambición de estas dos poderosas ciudades, que cada cual á su vez intentaba dominar el mundo, hicieron de nuestra patria el ensangrentado teatro donde habia de representarse la horrible tragedia que terminase con el abatimiento del poderío de una de las dos orgullosas rivales; teatro en que los principales actores habian de ser los hijos de este pueblo heroico, pobres víctimas sacrificadas al furor de aquellos ambiciosos conquistadores.

Anhelando Annibal romper de una vez con Roma y vengar los desastres que á su patria ocasionara la *primera guerra púnica*, tomó por pretexto las diferencias que sobre cuestión de límites existían entre los *Turboletanos* de Teruel, sus aliados, y los *Saguntinos*, que lo eran de Roma, para imponerse á estos apoyando con las armas las pretensiones de aquellos. Justamente irritados los *Sagun-*

*tin*os por las intolerables exigencias de Aníbal, las rechazan con enérgica fiereza y solicitan el auxilio que Roma les debía y que no les prestó sino de una manera tardía y completamente ineficaz. Apresta entonces el cartaginés los poderosos elementos de guerra con que contaba y pone sitio á Sagunto que defendida por débiles tapias no contaba con otro auxilio que el noble esfuerzo de sus heroicos hijos, quienes preferían la muerte á la deshonra, el suicidio á la esclavitud.

Después de ocho meses de rigoroso asedio; después de mil ensangrentados combates en que los *Saguntinos* dieron al mundo entero una elocuente lección que jamás se borrará de la memoria; cuando ya estaban completamente agotados todos los recursos, todos los medios de su heroica resistencia; para no humillar jamás su altiva frente ante el déspota que intentaba uncielos al carro triunfal de sus victorias, aquellos fieros defensores de su independencia adoptaron una resolución extrema. Reunen en el centro de la población todas sus riquezas; abraza el padre á sus hijos, el esposo á la esposa, la ma-

dre á los inocentes pedazos de sus entrañas; y formando entre todos una monstruosa agrupación de carne humana, elevan á Dios la última plegaria y prenden por todas partes fuego á la ciudad, que convertida bien pronto en una espantosa hoguera, cae por tierra sepultando entre sus escombros los calcinados cadáveres de sus heroicos defensores. La vencedora planta del poderoso Aníbal no logró pisar mas que las cenizas de aquellos nobles y esforzados hijos de la patria que al dar el adios postrero al pueblo que los vió nacer y morir, legaban á las futuras generaciones una brillante página de gloria que jamás desaparecerá del libro de la fama. (Año 219 ántes de J. C.)

CAPITULO IV

Fin de la dominacion Cartaginesa.

Siendo Roma aliada y protectora de las ciudades griegas de la Peninsula, entre las que se hallaba la destruida Sagunto, el trágico fin de ésta dió lugar á que aquella República enviase embajadores á Aníbal pidiéndole explicaciones de su conducta y protestando contra ella. El cartaginés contestó de muy mala manera; y esto dió lugar á que desde luego quedase declarada la guerra entre Roma y Cartago.

Entonces Annibal emprendió, con inusitada furia, la conquista de todos los pueblos situados entre el Ebro y los Pirineos, los cuales despues de horribles hecatombes tuvieron al fin que someterse al fuerte yugo del general cartaginés, quien realizada se-

mejante empresa abandonó la Peninsula al frente de un ejército compuesto de cien mil hombres de infantería, doce mil ginetes y cien elefantes, con los que se proponia llevar la lucha á Italia, teatro de *la segunda guerra púnica*, iniciada con la ruina de Sagunto; dejando encomendada la conservacion de sus conquistas en España á su hermano Asdrúbal que con las huestes africanas últimamente traídas á nuestro país debia mandar desde el Guadalquivir hasta el Ebro, en tanto que el jefe Hamnon conservaba el dominio desde este rio hasta los Pirineos.

En el ejército expedicionario de Annibal ocupaban un preferente lugar muchos españoles, cuyas simpatias logró aquel caudillo granjearse; y segun afirman autores de gran nota como Silio Itálico y Quinto Oracio Flacco, de entre toda aquella valiente multitud hispana que con el ejército cartaginés tomó parte en la desastrosa *segunda guerra Púnica* «los indómitos cántabros fueron los que más se distinguieron por su valor extraordinario é incomparable destreza.»

Despues que al frente de tan denodadas

tropas salió Annibal de la Peninsula, atravesó las Galias, pasó los Alpes, y exparcien-  
do por todas partes el pavor, penetró á san-  
gre y fuego en las risueñas campiñas italia-  
nas. Ganó entre otras las célebres victorias  
de Trebia, Trasimeno y Cannas, tan desas-  
trosas para los romanos, que solo en esta úl-  
tima perdieron al famoso Paulo Emilio y más  
de 50,000 combatientes. El afortunado car-  
taginés llegó hasta delante de los muros de  
Roma; pero el refulgente sol de sus victo-  
rias le deslumbró, y durmiéndose sobre sus  
laureles, en vez de emprender la expugna-  
cion de la Ciudad Eterna, pasó con sus tro-  
pas á Capua donde se entregó á la molicie y  
al deleite que habian de conducirle á la  
ruina.

Mientras tanto Roma, que habia penetra-  
do los designios de Annibal en su expedicion  
á Italia, envió sus legiones á España, cuyo  
fértil suelo se vió convertido en el ensan-  
grentado palenque donde aquella poderosa  
República y su fuerte rival Cartago habian  
de disputarse el dominio del mundo.

Nombrados los hermanos Cneo y Publio

Scipion caudillos de las huestes romanas  
desembarcaron estas en las costas de Cata-  
luña (Año 218 antes de J. C.) y despues de  
una larga série de encarnizados combates,  
derrotaron por mar y tierra á los cartagine-  
ses, rechazándoles á la *Lusitania*. Cuando  
los caudillos romanos creian asegurado su  
triunfo, y reprimidos los levantamientos par-  
ciales que *Iergetes* y *Celtiberos* hicieran en  
pró de su independencian, murieron los *Es-*  
*cupiones* en dos batallas libradas en el corto  
espacio de un mes. (Año 215 antes de J. C.)

Entonces el jóven Centurion Lucio Marcio,  
fué nombrado por aclamacion general de los  
restos de las legiones romanas y vengó la  
muerte de sus antecesores sorprendiendo los  
campamentos cartagineses entre Valencia y  
Aragon, donde hizo una horrible matanza y  
obligó á sus quebrantados enemigos á repa-  
sar el Ebro. Roma no aprobó el nombra-  
miento de Marcio y señaló para reempla-  
zarle en el mando, en calidad de Pro-pretor  
de España, á Claudio Nerón, quien no obs-  
tante su gran pericia militar fué varias ve-  
ces engañado por la sagacidad de Asdrúbal,

y siempre vencido, quedó depuesto del mando y regresó á Roma, donde pintó como pérdida su causa en España.

Vino entonces (Año 211 antes de J. C.) Publio Cornelio Escipion, (apellidado despues el *Africano*) que inició su brillante campaña sitiando á Cartagena, de cuya importante plaza así como de un inmenso botin se apoderó (Año 210 antes de J. C.)

Su conducta noble y generosa, despues de los señalados triunfos alcanzados, le granjeó el afecto de una gran parte del pais; y las señaladisimas victorias que en la *Bética* y en la *Celtiberia* obtuvo sobre Asdrúbal y Hamnon, dieron bien pronto á conocer el próximo fin de aquella sangrienta epopeya tan perjudicial á las armas cartaginesas.

No por eso los españoles aliados de estas desmayaron ni un solo momento, ni por un instante dejaron de dar notables ejemplos de la lealtad y nobleza que constituyeran siempre su carácter distintivo. *Astapa* (hoy Estepa) renovó las glorias de Sagunto; y *Auringis* (Jaen) *Iliturgis*, (Andújar) *Castulon*, (Cazorla) y otros muchos pueblos, victimas de

su fidelidad á los cartagineses y de su ferviente amor al suelo que los vió nacer, prefirieron su ruina y destruccion antes que someterse al yugo de los romanos.

Empero tan heróicos y desesperados esfuerzos no bastaron á impedir á Escipion la toma de Cádiz, último baluarte del ejército cartaginés cuyos restos fueron definitivamente expulsados de la Península.

No por esto se consolidó por entonces en nuestro suelo la naciente dominacion romana; pues las belicosas tribus celtiberas é Ilergetes se sublevaron contra el yugo romano. Ahogadas en sangre estas insurrecciones, destruidos sus esfuerzos en una sola batalla y muertos sus valientes caudillos *Indivil* y *Mandonio*, quedó la Península en poder de los romanos, cuyas victoriosas águilas pudieron enseñorearse desde las columnas de Hércules hasta las elevadas cumbres de los Pirineos; al mismo tiempo que con la célebre batalla de Zama, terminaba la *segunda guerra púnica* y sucumbia el gé-  
nio de Cartago (Año 204 antes de J. C.)

El largo periodo de la dominacion carta-

ginesa en España marcó una época de incesante lucha, sostenida con enérgico tesón, aunque aisladamente, por los naturales del país contra los invasores.

Cuando sucumbieron estos fué debido á las incomparables desventajas que respecto á sus enemigos tenían, entre las que merece especial mención el completo aislamiento en que aquellos pueblos vivían, sin organización alguna, sin vínculos de unión de ninguna clase. No obstante, al caer enseñaron á todos los pueblos del orbe á defender sus hogares: con su sangre generosa echaron los sólidos cimientos del suntuoso edificio de nuestra nacionalidad, que ninguna tempestad ha podido derruir, y mostraron á las generaciones futuras el alfombrado camino de la gloria.

CAPITULO V

España romana. — Viriato. — Numancia.

Derrotado Annibal en la célebre batalla de Zama, que puso término á la *segunda guerra púnica*, y extinguida por completo la dominación cartaginesa en nuestra Península, quedó ésta declarada provincia romana. (Año 200 antes de J. C.) Poco despues fué dividida en dos partes, denominándose *España citerior*, la que comprendía todo el territorio enclavado entre los Pirineos y la embocadura del Ebro, y *España ulterior* la constituida por las antiguas *Bética y Lusitania*; quedando cada una de estas dos grandes divisiones al mando de un pretor romano.

Desde el momento en que la orgullosa Roma se encontró sin rival en nuestro suelo,

convirtió en horrible tiranía la amistad que antes habia sentido, ó fingido sentir, hácia los españoles.

Sus pretores, despóticos y avaros en extremo, principiaron á cometer todo género de punibles excesos y arbitrariedades, tratando á nuestros pueblos, muchos de ellos sus antiguos aliados, como pais de conquista.

Empero los belicosos españoles, que jamás se avinieron á doblar la cerviz ante ningún género de tiranía, comenzaron á levantarse en armas contra sus inicuos opresores; y á pesar del desgraciado éxito que tuviera la primera tentativa de *Ilergetes* y *Ausetanos* acaudillados por *Indioil* y *Mandonio*, el grito de rebelion lanzado por éstos, halló eco en toda la Península. Trabóse por varios puntos á la vez una horrible lucha que sin tregua ni descanso tenia en continuo movimiento á las numerosas y aguerridas huestes romanas, sometiendo á duras pruebas el talento y valor de sus esclarecidos generales y el esforzado patriotismo de los heroicos habitantes de nuestro fértil suelo.

El cónsul Marco Porcio Caton, apellidado *El Censor*, despues de sangrientos y encarnizados combates y desplegando la más horrible crueldad, logró subyugar á los *Celtiberos*, y restablecer, aunque por poco tiempo, el imperio de las armas de la República. Para conseguir semejante resultado tuvo que emplear tal lujo de inhumanidad que en solo trescientos dias destruyó cuatrocientas poblaciones y pasó á cuchillo á todos los habitantes de ellas que tuvieron la desgracia de caer en sus ensangrentadas manos. Ni aún así consiguió amedrentar á los *Celtiberos*, cuyo indómito carácter se alentaba más y más en la desgracia, y en más de una ocasion hicieron morder el polvo á sus feroces enemigos que el año 192 dejaron seis mil cadáveres tendidos en el campo.

La avasalladora empresa de Caton llegó al fin á realizarse con el poderoso auxilio del general romano Fulvio Novilio; pero era tal el terror que el solo nombre de España llegó á infundir á los romanos que abierta en la capital de la República una recluta de gente con destino á la expedicion á nuestro pais,

nadie quiso alistarse, siendo necesario emplear todo el poderoso ascendiente que Emilianio Scipion ejercia sobre aquella aventurera y entusiasta juventud para que Lúculo pudiese reponer sus bajas y completar sus mercedadas legiones.

Conseguido esto penetró el nuevo Cónsul (Lúculo) en la *Carpetania*, pasó el Tajo y puso sitio á Canca (hoy Coca, provincia de Segovia) cuya ciudad, despues de algunos combates desiguales, sostenidos con ardoroso brío, vióse precisada á aceptar la paz que se le ofreciera. Confiados sus sencillos habitantes en la fé de los tratados, se entregaron tranquilamente á sus labores, cuando de repente, á una señal de antemano convenida entre los romanos, se arrojaron estos bárbaros sobre aquellos indefensos labriegos y las pasaron á cuchillo sin perdonar en su feroz encono á niños, ancianos ni mujeres.

Simultáneamente con esta matanza ó asesinato, el infame pretor Galba manda, en idénticas condiciones, ejecutar hechos análogos en la *Lusitania*.

Ante tan horribles traiciones y villano pro-

ceder, la heroica España se preparó á la pelea con más denuedo que nunca, y Roma vió levantarse ante ella dos formidables colosos, Viviato y Numancia, para cuya destruccion necesitó veinte años de gigantescas luchas, en las que derramó su sangre más noble y sacrificó sus más famosos capitanes.

Entre los pocos *lusitanos* que escaparon al ciego furor de Galba habia un hombre de complexion robusta, de ánimo levantado, y dotado de un temple de alma superior al sentimiento del peligro, de las fatigas y de la muerte; un hombre que aun siendo, como era un simple pastor, por su valor extraordinario y revelantes circunstancias personales gozaba de alto y merecido prestigio entre sus convecinos. Impulsado este preclaro genio por el noble afan de libertar á su patria esclavizada, sacándola de las garras de sus verdugos, tremola en sus encallecidas manos la gloriosa enseña de la independencia, y jurando guerra y odio eterno á los romanos, en muy pocos días reúne un núcleo de diez mil hombres decididos á morir lavando en sangre el atropello hecho á sus

he manos y el insulto inferido á su heroico pueblo. El oscuro pastor vióse bien pronto convertido en un célebre general que demostrando sus grandes dotes guerreras llegó á ser el terror de Roma: en el trascurso de ocho años, derrotó, uno tras otro, á los cinco pretores que sucedieron á Galba, y obligó al Senado romano á ratificar un tratado de paz en virtud del cual Roma se comprometia á no pasar adelante en sus conquistas y sostener paz y amistad con el denodado caudillo *lusitano*, á quien reconocia como jefe de casi toda la España *ulterior* emancipada.

Poco tiempo despues, el malvado Cónsul Cepion, siguiendo las huellas de la mayor parte de sus antecesores, que solo en la traicion supieron esgrimir con ventaja sus armas contra los españoles, holla la fé de los tratados y repentinamente cae cual avalancha sobre el confiado y valiente guerrillero que deseansando de las fatigas de la lucha se entregaba tranquilo á las delicias de la paz. Furioso como un leon corre Viriato al campo de batalla, y en buena lid ocasiona pérdidas notables á su artero enemigo; pe-

ro el cobarde romano, al conocer una vez más su impotencia para vencer en combate leal al intrépido *lusitano*, apela entónces al oro y logrando comprar á tres villanos oficiales de Viriato hace que traidoramente asesinen á éste hallándose durmiendo. (Año 140 ántes de J. C.)

Unicamente así, por tan reprobados y asquerosos medios, consiguió Roma deshacerse de tan formidable enemigo, á cuyo asesinato siguió la sumision de la Lusitania, y estender, con la matanza y la destruccion, su odioso dominio por toda la region occidental de la Península.

La traidora muerte de Viriato y los horrosos atropellos cometidos por los romanos en todo el territorio por ellos ocupado, provocaron la guerra llamada de Numancia, ciudad que se asentaba donde hoy se extiende el humilde pueblo de Garay, cerca del nacimiento del Duero y á poco más de una legua de Soria. En esta titánica lucha, prolongada durante el largo espacio de ocho años, fueron tantas y tan notables las heroicidades por los *celtiberos* realizadas que han sido

perpetuadas en la Historia con el sitio de aquella famosísima ciudad, *segundo terror de Roma.*

Sitiada primeramente por Pompeyo, fatigado éste por las continuas escaramuzas de las guerrillas, que de día en día mermaban sus fuerzas y hacian decaer notablemente la moral de éstas, vióse obligado á levantar el cerco. Reforzado, vuelve con mayores bríos, sufre una derrota, y tiene que firmar una paz harto vergonzosa para él. Viene despues el arrogante Cónsul Popilio, asalta la ciudad, y es completamente derrotado. Un año mas tarde la acomete Mancino y solo salva su ejército, rodeado por los invencibles numantinos, á costa de un tratado que con ellos hace. Intentan en los tres siguientes años otros tantos cónsules apoderarse de la ciudad, que ya era conocida en Roma con el nombre de *terror de la República*, y Numancia enriqueció sus anales con nuevas y más señaladas victorias.

Recibe entonces el destructor de Cartago, Emiliano Scipion, el encargo de domear á aquel heróico pueblo, que llevaba vencidos

seis formidables ejércitos, y comprendiendo el aguerrido caudillo la imposibilidad de vencerlo por la fuerza de las armas, llamó en su auxilio al hambre: rodéalo por dos líneas, una de circunvalacion y otra de contravalacion, resuelto á todo trance á hacerla perecer y apoderarse de sus despojos. Cuando despues de algun tiempo de rigoroso asedio, la heróica ciudad conoció lo terrible de su desesperada situacion, sola, aislada, sin viveres, sin recursos de ninguna clase, sin esperanza ni aún remota, resolvió caer como habia caído Sagunto, vencedora hasta más allá de la tumba. Arrojanse los numantinos con el furor de la desesperacion á las trincheras romanas, combaten como fieras hambrientas de carne enemiga y sedientas de sangre y de venganza: allí, sin retroceder una pulgada, mueren matando; los pocos que sobreviven á la espantosa carniceria, vuelven á la ciudad, degüellan sus inocentes hijos, sus cariñosas mujeres y sus ancianos padres, prenden fuego á los hogares que los vieron nacer, y ellos mismos concluyen por arrojarse sobre aquel espantoso monton de

ruinas, de sangre y de cadáveres. (Año 133, antes de J. C.) Scipion venció á Numancia cuando esta ciudad, cien veces heróica, habia dejado de existir, cuando su sagrado nombre, esculpido en letras de oro, pasaba á la posteridad, y cuando las rojizas llamas que de sus escombros salian alumbraban al mundo con el fulgor de la eterna gloria.

¡Triste triunfo el que así logran los conquistadores!

CAPITULO VI

GUERRAS DE SERTORIO CÉSAR Y POMPEYO

La caída de Numancia causó profundo estupor. Casi toda la Peninsula quedó al fin sometida al yugo romano, escepcion hecha de los indómitos Cántabros, los fieros astures y algunos pueblos lusitanos, que guarecidos en la fragosidad de sus montañas pudieron por algun tiempo conservar su libertad é independecia, sin que en el trascurso de mas de medio siglo ocurrieran otros hechos notables que la ocupacion de las islas Baleares por los romanos y algunos patrióticos movimientos de insurreccion, ahogados en sangre apenas nacieron, en la Lusitania.

Quando estos movimientos, y otros que los Celtiberos hicieron, acabaron de ser comple-

tamente reprimidos, se presentaban en nuestro dilatado horizonte oscuros nubarrones que presagiaban una nueva y terrible tempestad.

No parece sino que el génio de la guerra, la fiebre de la matanza y la destruccion, habian escogido á nuestra patria para eterno teatro de sus hazañas; y que España se hallaba condenada á verse para siempre convertida en un campamento.

Mandaba en Roma el feroz dictador Sila, quien proscribiendo el partido democrático acaudillado por Mario obligó á muchos partidarios de este, que pudieron sustraerse á la venganza de aquel, á refugiarse en nuestra Península para salvar así sus amenazadas vidas. Entre estos emigrados vino *Sertorio*, esclarecido general, muy conocido en nuestro país, donde habia ejercido el cargo de Tribuno militar. Sertorio que muy dignamente apreciaba el carácter belicoso de los españoles, levantó un pequeño y decidido ejército, que le reconoció por su pretor, negando su obediencia á los delegados de Sila, y auxiliado por los indígenas, principalmente cántabros y lusitanos, cuyas simpatías su-

po grangearse y cuyas pasiones halagó excitándoles á la rebelion contra el ominoso yugo de sus avaros pretores, sostuvo por espacio de nueve años una lucha tenaz y porfiada contra todo el poder romano.

Sertorio con su hábil y diplomática conducta consiguió ganarse las simpatías de los españoles, á quienes adiestró perfectamente en la táctica; y auxiliado por otro proscripto como él, *Carpenna*, que se le reunió con 20,000 veteranos, formó un grueso, aguerrido y entusiasta ejército, con el que obtuvo señaladísimas victorias contra los generales romanos. Tan entendido general como hábil político, constituyó en la Península una especie de República mixta de romanos é indígenas, y dividió el territorio en dos provincias, Lusitania cuya capital fué *Ebora* donde habitualmente residia él con el Senado que creó, y *Celiberia* que tuvo por centro á *Osca* (Huesca) ciudad donde se instituyó una escuela clásica, á la que concurría la juventud más florida del país. A tal extremo llegaron las victorias de Sertorio que Roma creyó completamente perdido su poderío en la Península.

la y para rescatarlo envió á Pompeyo, jóven general dotado de muy altas cualidades, no obstante las cuales en su primer encuentro con los españoles dejó 10,000 hombres tendidos en el campo de batalla.

Continuando la lucha entre Pompeyo, auxiliado por el viejo y sagaz cónsul Quinto Cecilio Metelo, y Sertorio, con los españoles, reúnen aquellos sus fuerzas y ponen sitio á Palencia (Año 75) Cae Sertorio sobre los romanos, los bate, los acosa, les mata 3,000 hombres, y poniéndoles en vergonzosa fuga huye Metelo despavorido de Calahorra, y Pompeyo no se detiene hasta pasar los Pirineos.

Roma, la orgullosa Roma, vió entonces palpable su total impotencia contra España; y temiendo no ya la completa independencia de nuestro territorio, sino que Sertorio, engraido con los triunfos obtenidos en esta Nación cien y cien veces heroica, llevase la guerra hasta el mismo corazon de Italia, apelló, como otras veces, á la traicion y al dolo. Al efecto encontró su miserable y criminal

instrumento en el traidor y ambicioso Perpenna, que comprado por Metelo invitó á Sertorio á un banquete en Huesca, donde á una señal convenida por los conjurados, mataron á puñaladas á este ilustre general (año 72). Así pereció el célebre caudillo de la independencia española que tanto hizo estremecer á Roma y que tan poderoso impulso imprimió á la civilizacion de su patria adoptiva, aquel ídolo del pueblo á quien con justicia llamaron el Annibal romano.

En obsequio de la verdad y para honra y gloria de nuestra patria, debemos consignar que ni un solo español tomó parte en la asquerosa conjuración tramada por Perpenna; antes por el contrario, la guardia sertoriana de afectos ó *devotos* españoles se dió la muerte por no sobrevivir á su caudillo. ¡Grande y magnífico ejemplo de fidelidad, único en la historia!

La infame alevosía no puede jamás quedar impune; y el miserable Perpenna tuvo su merecido en la muerte que le hizo dar su jefe Pompeyo, deseoso sin duda de sepultar con el despreciable cadáver del instrumento de

su torpe ambicion, los secretos de su horrible crimen.

La infortunada España luchó con sin igual denuedo; pero al fin se vió obligada á someterse al general victorioso, no sin que éste le hiciera pagar con la destruccion de Calahorra, (1) Osma y otras ciudades, su fidelidad á la causa de Sertorio, simbolo de la independencia nacional.

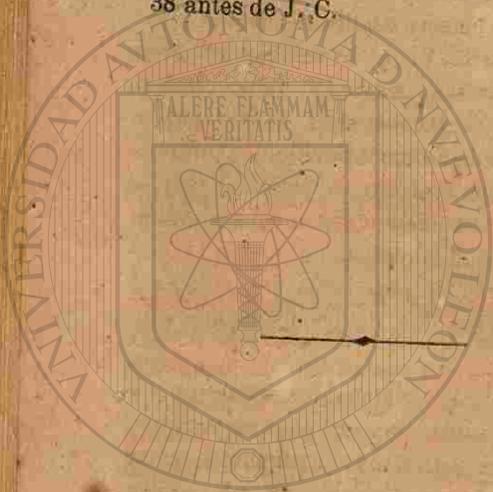
La rivalidad de César y Pompeyo por apoderarse de la autoridad suprema en Roma, dejó sentir su influencia en la Península. Una gran parte de ésta se declaró por el segundo; y el primero vino entónces de las Galias al frente de un numeroso ejército que derrotó á los tenientes de Pompeyo en las orillas del Segre [año 49] y sometió el país á su dominio. A los tres años, muerto Pompeyo, sus hijos Cneo y Sexto renuevan la guerra contra César, y auxiliados por los españoles, á quienes ofrecieron su tan anhelada independencia, lucharon con tan desesperado ardor

(1) La heroica defensa de esta poblacion renovó las glorias de Numancia, imitando sus grandes y sublimes rasgos de valor y patriótica abnegacion.

miento que obligaron á César á regresar á la Península y á arrasar cuanto á su paso se oponia. En la célebre batalla de *Munda* (Málaga ó Ronda la Vieja) triunfó no sin gran trabajo y corriendo gravísimo peligro personal, hizo á los pompeyanos 40,000 bajas, asaltó Córdoba, tomó á Sevilla; y sembrando por do quiera el terror, la matanza y la destruccion, cometiendo espantosas venganzas y sacrificando millones de inocentes victimas, deshizo el partido de sus rivales y quedó dueño absoluto del poder que ambicionaba.

Las belicosas é indomables tribus de los cántabros y astures, conservaban su independencia y excitaban á los subyugados pueblos á sacudir la dominacion romana; pero el resto del país quedó sometido al poder de la *señora del mundo* y declarado por Octavio, sobrino de César, provincia romana, encerrando en un solo cuerpo de nacion los diferentes pueblos que hasta entónces habian constituido la Península; cuyo acto encierra en si el principio de nuestra unidad politica y

determina el de la *Era hispánica* ó de Augusto, correspondiente al 1º de Enero del año 38 ántes de J. C.



CAPITULO VII

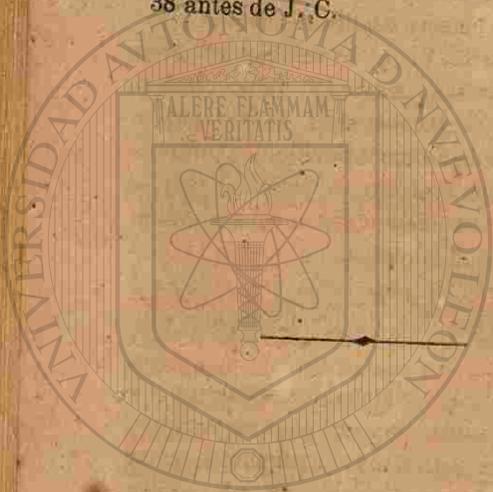
Heroicidad de los Cántabros y astures.—España bajo el imperio.—Últimos siglos de la dominación romana.

Muerto César, su sobrino Octavio reclamó la herencia de su tío, y libre de sus rivales Marco Antonio y Lépido, quedó dueño absoluto del mas vasto imperio de la tierra.

Este emperador, el primero de la potente Roma, conociendo lo leal y valeroso de los habitantes de nuestra Península, escogió para su particular resguardo un cuerpo de tres mil españoles de *Calagurris* (Calahorra); y de las diferentes divisiones de esta parte de su imperio, formó una sola, dándole la unidad política de que hasta entonces careciera.

Pero aun quedaban algunos pueblos heroicos que desde los primitivos tiempos con-

determina el de la *Era hispánica* ó de Augusto, correspondiente al 1º de Enero del año 38 ántes de J. C.



CAPITULO VII

Heroicidad de los Cántabros y astures.—España bajo el imperio.—Últimos siglos de la dominación romana.

Muerto César, su sobrino Octavio reclamó la herencia de su tío, y libre de sus rivales Marco Antonio y Lépido, quedó dueño absoluto del mas vasto imperio de la tierra.

Este emperador, el primero de la potente Roma, conociendo lo leal y valeroso de los habitantes de nuestra Península, escogió para su particular resguardo un cuerpo de tres mil españoles de *Calagurris* (Calahorra); y de las diferentes divisiones de esta parte de su imperio, formó una sola, dándole la unidad política de que hasta entonces careciera.

Pero aun quedaban algunos pueblos heroicos que desde los primitivos tiempos con-

servaban su libertad é independencia. Estos pueblos eran los feroces astures y cántabros, en cuyas agrestes y empinadas cumbres ni cartagineses ni romanos habian podido penetrar. El poderoso Octavio se propuso sujetar a todo trance aquellos indómitos montañeses, y al frente de un ejército numeroso y aguerrido marchó á combatirlos en las escarpadas rocas en que vivian. Estableció sus reales en *Seguisamo* (Sasamon, entre Burgos y el Ebro) con objeto de comprometer á sus enemigos en una batalla campal. Pero los cántabros, combatiendo en guerrillas, cansaron á las legiones romanas y acabaron con la paciencia del emperador, que desesperado tuvo que retirarse á Tarragona. Su general Cayo Antístio tuvo la suerte de batirlos en un encuentro, despues del cual los sitió en monte *Medulio* (cerca de Reinosa), en cuya falda abrió un ancho foso defendido por una espesa y fortísima línea de torres que encerraba á los heroicos cántabros en un círculo de hierro que ningun esfuerzo humano pudiera romper. Aquellos valientes sitiados ven entonces lo horrible de su apura-

da situacion; intentan abrirse paso espada en mano, y cuando conocen lo imposible de su temeraria empresa, se revuelven unos contra otros en desesperado empuje, y allí perecen todos asesinados por sus propias manos por no caer vivos en poder de sus abominables enemigos. (Año 23 antes de J. C.)

Allí pereció la sagrada causa de la libertad é independencia que por espacio de tantos siglos y con tan sin igual heroismo habian defendido, contra todo género de enemigos, los hasta entonces invencibles cántabros; pero pereció envolviendo en su caída los enrojecidos cáda-veres de aquellos esforzados patricios, cuya preciosa sangre fecundizó la noble tierra que mas tarde habia de producir otras nuevas generaciones de héroes que reconquistaran sus preciados derechos, infamemente pisoteados por los tiranos.

La gloriosa bandera de la patria tremolaba todavia en los nevados picos asturianos y en algunos puntos de la Lusitania, insurreccionados por los mismos astures. Enfurecido Augusto, marcha sobre los primeros al

frente de la mitad de su ejército y confía el resto á su general Casirio con encargo de reducir á los sublevados en la Lusitania. Salen estos al encuentro del romano y aceptan la batalla sin vacilar: terrible fué la lucha, que duró dos días y terminó al fin con la victoria obtenida por Casirio. Los que no habian abandonado su patria, opusieron una obstinada resistencia, pero Augusto se apoderó de *Lancia*, (hoy Collanzo, provincia de Leon) donde aquellos tenian su plaza de armas, y privados de este apoyo tuvieron al fin que sucumbir. Entonces el triunfante emperador les obligó á abandonar sus breñas y les puso varias colonias militares, á manera de centinelas; pero á los cinco años, cansados de tan vil sujecion, se levantaron de nuevo y con mayor energia que nunca.

Para reprimir esta imponente insurreccion hizo Augusto que su yerno *Agripa*, uno de sus mas afamados generales, viniese con un fuerte y aguerido ejército de las Galias; pero en los primeros encuentros fué vencido por los feroces astures, y únicamente despues de poderosos esfuerzos y á costa de innumera-

bles victimas, alcanzó la victoria. Entonces invadió á sangre y fuego la *Cantabria*, y solo envainó la espada cuando no quedó con vida ni un solo enemigo capaz de tomar las armas.

Con esta horrible guerra, con la matanza de los heróicos cántabros y astures, se extinguió por entonces el último reflejo de la independencia de España, «primer país del Continente que invadieron los romanos, dice Tito Livio, y el postrero que se sometió.» Con efecto desde Scipion hasta Agripa, mediaron doscientos años de una sangrienta lucha, apenas interrumpida, en defensa de la libertad.

Siguióse la época que la historia de España apellida de *Paz oetaviana*, y convertida en provincia de Roma tomó del imperio sus usos, costumbres y organizacion, dándole en cambio sus riquezas, sus tesoros y sus legiones, que por él y bajo sus órdenes, combatieron denodadamente en los primeros siglos de la Cristiandad.

Durante esta época no ocurrió en nuestra Península suceso alguno digno de especial

mencion, si se exceptúa el establecimiento del *Cristianismo*, cuya propagacion principió en España el apóstol *Santiago el Mayor*, en tiempos de Calgula. (Año 37 de la Era Cristiana).

Reinando Domiciano, la religion del Crucificado tuvo tambien entre nosotros sus primeras victimas, en los siete obispos discipulos de Santiago, *San Gervasio, de Itálica*, y *San Eugenio I*, de Toledo, que por su fé ortodoxa recibieron la palma del martirio, reservada tres siglos despues para las santas *Justa y Rufina*, en Sevilla, *Eulalia*, en Barcelona; *Engracia*, en Zaragoza y *San Vicente*, en Valencia.

Los cuatro últimos siglos que España, como provincia romana, permaneció bajo el Imperio, no ofrecen novedad alguna que debamos consignar en estos lijeros apuntes.

La completa sumision de astures y cántabros sirvió á Augusto para encerrar dentro de una misma fórmula política, toda aquella diversidad de pueblos, de lenguas y de tendencias. Bajo el peso del manto imperial quedó ahogada la libertad de España; obte-

niendo en cambio la nacion el principio de aquella unidad que más tarde tuvo sus héroes en Pelayo é Isabel la Católica.

Con la asimilacion de nuestra patria al resto del Imperio y su confusion con él, tomó su lengua, usos y costumbres; conservando únicamente de su antigua vida su varonil entereza y gigantesco valor. Con Italia y con las Galias sufrió desangrándose aquella espantosa invasion de los pueblos indogermánicos; pero al destruir estos las gastadas razas occidentales, importaron con su sangre jóven y generosa, las nobles ideas de dignidad personal que sirvieron de base á la monarquia goda.

Cuando calmada aquella furiosa tempestad, apareció en el horizonte el precioso iris de la paz, Ataulfo levantó un trono donde Amilcar habia erigido una ciudad. Aquí comienza para nuestro pueblo una nueva y más feliz y provechosa Era, que describirémos más adelante.

EDAD MEDIA

Invasión de los Bárbaros del Norte.—Nuevas luchas.—Establecimiento del poder Visigodo.

CAPITULO VIII

La irrupción de los Bárbaros en todo el vasto territorio perteneciente al dilatado imperio romano, cuyo importante poderío destruyeron, se dejó sentir de una manera asoladora en nuestra Península, la más rica y floreciente comarca de aquel. Un año antes que Alarico, rey de los Godos arrianos, se apoderase de Roma, esto es. en 408, los *Suevos*, *Vándalos*, *Alanos* y *Silingos*, procedentes del otro lado del Danubio, entraron en España trayendo consigo la devastación más espantosa. A las luchas y desórdenes que ocasionaron acompañó el hambre, la peste y una considerable despoblación. No parece sino que el genio del mal se go-

zaba en atormentar á este noble y heroico pueblo, cuyo valor y sufrimiento habian de ser continuamente sometidos á tan duras pruebas.

Cansado el país de la abrumadora dominación romana, no opuso á los nuevos invasores aquella tenaz y enérgica resistencia que con sin igual entereza empleara en otro tiempo contra los cartagineses y los romanos: pensó sin duda que las nuevas calamidades que se le presentaban no podian superar á la traidora conducta y cruel inhumanidad de los generales del Imperio ni á la rapacidad y codicia de sus avaros pretores.

Así es que los modernos invasores pudieron sin gran esfuerzo, aunque hartos de sangre y de rapiñas, posesionarse de nuestras extensas y fértiles comarcas, que aquellos, en sus luchas con los romanos, convirtieron en áridos campos de batalla.

Conseguida la dominación, principiaron á tratar con los habitantes del territorio, y se dividieron este en la siguiente forma: los *Suevos*, mandados por *Hermanrico*, se establecieron en Leon, Asturias, Galicia, y

Castilla la Vieja; los *Alanos*, á las órdenes de *Atacio*, tomaron el centro de la Península, desde el Mediterráneo al Atlántico; los *Vándalos*, comandados por *Gunderico*, ocuparon la region occidental y meridional, y una rama de ellos, los *Silingos*, tomaron posesion de la mayor y mejor parte de la Bética, que por esta razon tomó el nombre de *Vandalucía*, de donde procede el que actualmente usa, suprimiendo la inicial V. (Año 411.)

El resto de la España continuó durante algun tiempo bajo la dominacion romana; exceptuando un considerable número de indigenas que, aprovechándose de la feliz coyuntura que la lucha entre Bárbaros y romanos le ofreciera, se retiró á las montañas de los Pirineos centrales y proclamó su independencia.

Como unos cuatro años más tarde, los *Visigodos*, pueblos germánicos acaudillados por su rey *Ataulfo*, hermano y sucesor del famoso *Alarico* y cuñado del emperador *Honorio*, pasaron á España desde la Galia meridional, por ellos ocupada, con el fin de ar-

rojar de nuestro rico suelo á los *Alanos Suevos* y *Vándalos* y formar en nuestro país un reinado independiente. Despues de apoderarse de la provincia *Tarraconense*, fijó *Ataulfo* su Côte en Barcelona, dando así principio á la monarquía visigoda.

La historia del reinado de *Ataulfo* y sus sucesores hasta *Teodorico*, (Año 453) se resume toda ella en las sangrientas é incesantes guerras que para consolidar su dominacion en la Península se vieron obligados á sostener, y en las intestinas luchas que por ambicion de mando tuvieron entre si. El primer rey Visigodo fué asesinado por *Sigerico*, que le sucedió en el trono; á los pocos dias tuvo este monarca el mismo fin, y le reemplazó *Waltia*, quien despues de tres años de sangrientas campañas, expulsó á los *Alanos* de su territorio y los derrotó en la Lusitania; arrojando despues á los *Vándalos* de la Bética. Ensanchados considerablemente sus dominios, vino al fin á morir en su nueva côte establecida en Tolosa. Su sucesor *Teodoredo* sufrió algunos reveses que le ocasionaron los *Vándalos*, repuestos

de sus anteriores quebrantos, y los *Suevos*, reforzados con los dispersos restos de *Alanos* y *Silingos*.

Estos pueblos feroces, en permanente lucha entre sí, asolaron las costas de Cataluña y Galicia, y demolieron á Cartagena, continuando entregados á su destructora empresa, hasta que los *Vándalos* acaudillados por *Genserico* fueron llamados por el conde Bonifacio para lanzarlos contra Roma. Entonces abandonaron la Península y pasaron al Africa.

Después de la famosa batalla de los Campos Cataláunicos, librada el año 451, *Turismundo*, hijo y sucesor de *Teodoredo*, venció nuevamente al feroz *Atila*, obligándole á abandonar la Europa; pero cuando acababa de lograr tan señalada victoria fué víctima de un fratricidio que le llevó á la tumba al año escaso de su reinado.

Ocupó entonces el trono su hermano *Teodorico*, quien en un sangriento combate, dado el año 453 en las inmediaciones de Astorga, derrotó á los *Suevos* y dió muerte al rey de estos Riquiario; rechazando á los que

quedaron á sus guaridas de Galicia, sin que volvieran jamás á reconquistar su perdida preponderancia.

El trono visigodo principió á ensanchar extraordinariamente sus dominios, y los naturales del país comenzaron á simpatizar con él, mostrándose propicios á apoyarle, á lo cual debió aquél la importancia que poco más tarde llegó por fin á alcanzar.

CAPITULO IX

Monarquía visigoda, desde Eurico hasta Rodrigo.

Impaciente Eurico por ceñirse la corona, asesinó á su hermano Teodorico el año 466 y ocupó el ambicionado trono. Con este reinado da principio en España un nuevo periodo de reconstrucción, mejora y adelanto.

Habiáse visto la nación saqueada y asesinada por los romanos, los suevos, los vándalos y aún los mismos visigodos; y el pueblo, sin gobierno, sin dirección, sin conciencia de sí mismo, asolado por el hambre y la peste y estenuado por tantos horrores, se hallaba á punto de perecer: por eso se había tan fácilmente entregado á estos últimos conquistadores, cuyo carácter franco y generoso les hacía aparecer más simpáticos y hasta cierto punto identificados con las aspiraciones populares.

La salvadora obra de la independencia nacional no se hallaba por completo realizada; pues aún continuaba siendo la España goda una especie de feudo del emperador romano, á la vez que una importante parte del territorio sufría el feroz dominio de los suevos. Eurico, cuyo carácter guerrero y emprendedor no conocía rival, se propuso coronar el edificio cuyos cimientos echaran sus antecesores, y lo consiguió: con la toma de Pamplona, Tarragona, Zaragoza y Valencia apagó los últimos reflejos del poder romano en la Península; al mismo tiempo que los señaladas victorias sobre los suevos obtenidas, obligaban á estos á mendigar una paz á costa de humillaciones comprada, resignándose á vivir humilde y trabajosamente desde el cabo de Finisterre hasta el Duero.

Con su habilidad extraordinaria dió lugar á que los naturales del país llegasen á identificarse en derechos, deberes y aspiraciones con el pueblo godó; y con la formación del *Fuero Juzgo*, el más antiguo y mejor código de las naciones de Europa procedentes de la desmembración romana, creó entre los es-

pañoles costumbres godas y estableció una legislación que solidificaba las conquistas de las armas. En una palabra, Eurico fué el verdadero creador de la España gótica.

Muerto este rey el año 484, le sucedió en el trono su hijo Alarico que perdió corona y vida en la sangrienta batalla de Poitiers, (507) á manos de Clodoveo, fundador de la raza Carlovingia en Francia.

Las sangrientas luchas civiles que la insaciable ambicion de mando engendrara entre los visigodos, y la desastrosa guerra con los francos, convirtieron nuevamente á nuestra Peninsula en un dilatado campo de batalla, sometiendo á duras pruebas el heróico valor y extraordinario sufrimiento de sus denodados hijos.

Despues de correr á torrentes la sangre generosa de los esforzados españoles, consiguió al fin Leovigildo el año 585 suprimir por completo la microscópica monarquía de los suevos, que contaba ciento setenta y siete años de existencia, y arrojar de casi todo el territorio á francos é imperiales, excep-

tuando una pequeña parte ocupada por estos en las costas de la Bética y la Tarraconense.

Muerto Leovigildo en 587, pasó la corona á su hijo Recaredo, quien al convertirse al catolicismo dió á España la unidad religiosa, base y arranque de la unidad política que por entónces tanto se anhelaba; así como la reunion del concilio tercero de Toledo, que el mismo rey presidiera, aceleró la fusion de la raza conquistadora con la hispano-romana.

A los dos años, godos y españoles capitaneados por el duque Claudio, eminente general, hijo de humilde cuna, á quien sus propios méritos elevaran, consiguieron en las márgenes del Ande una señaladísima victoria sobre un ejército franco fuerte de 70,000 hombres, Reconquistaron los vencedores á Carcasona, cuya importante plaza habían perdido antes, apoderándose además de un botín inmenso, y completando por entonces la pacificación de todo el país, arrojando á los francos de la Galia gótica y sujetando á su dominio á los indómitos vascones, que hasta

entonces habian conservado su independencia.

Esta sujecion y la de los asturianos y rucos, [habitantes de la Rioja] é imperiales del reino de Algarbe, no fué obra de un momento, sino producto de algunos años de lucha tenaz y porfiada apénax interrumpida; lucha que terminó Suintila en 624 con las importantes victorias obtenidas entre el mar y el cabo de San Vicente sobre los imperiales, de los que pocos quedaron con vida, y á estos, por una gracia especial, se les concedió abandonar el país. Entonces fué cuando la España entera quedó bajo el dominio de los godos.

Esencialmente guerrera la monarquía goda, fué, tal el predominio que á los asuntos militares concedia que ni aún los obispos podian eximirse de ir á la guerra. A ese belicoso espíritu, que tan bien se hermanaba con el de los naturales del país, debió aquella todas sus conquistas, y engrandecimientos tales que sus antecesores no habian podido alcanzar. Los hispano-romanos se sometieron á los godos más bien por simpatía que por fuerza,

y el pueblo en general llegó al fin á acoger con gusto, y hasta con entusiasmo, á los nuevos dominadores. Unicamente los feroces vascones, no queriendo en ningun concepto ni por ningun motivo, renunciar á su independencia, protestaban de vez en cuando con las armas, y solo cuando eran ahogados en sangre cedian, para volverse á levantar de nuevo en el momento en que se veian algo repuestos de sus anteriores quebrantos.

Lo que más entorpeció la salvadora obra nacional acometida por la monarquía visigoda, fueron las luchas intestinas que continuamente se veia obligada á sostener contra sus mismos caudillos, acometidos casi siempre de la incurable fiebre de la ambicion personal.

Esta vil pasión dió lugar á que despues de los altos hechos de Wamba; despues de las señaladas victorias por este obtenidas sobre los árabes de la Tingitania, victorias que retardaron la invasion agarena, y que tal vez hubieran podido evitarla por completo para lo sucesivo, aquel gran caudillo fuese arrojado desde el esplendente trono á las tinie-

blas del claustro: ella fue así mismo la causa de que Witiza, el segundo vencedor de los sarracenos y el último batallador contra los reyes francos, perdiese con la vida la corona que pasó á las sienes de Rodrigo, aclamado tumultuosamente por sus parciales.

—Muy otra hubiera sido la suerte de España si los visigodos inspirándose en sentimientos de lealtad y patriotismo, no hubieran estado tan dominados por aquella insaciable pasión de mando, que tan perjudicial fué para ellos y para el país.

CAPITULO X

Rodrigo último rey visigodo.—Desastre del Guadalete.

El belicoso pueblo godo no solamente había conseguido la completa dominación de la Península, sino que dulcificando, por virtud de su trato con los españoles, su originaria rudeza, y perfeccionando entre ellos sus buenas cualidades, al par que inspirándose en sus altos ejemplos de valor, virtud y abnegación, llegó á crear aquel admirable espíritu de dignidad personal que tanto había contribuido á su engrandecimiento.

Pero un pueblo que como él había sido conquistador en su origen y después guerrero, por necesidad y por instinto; un pueblo en el cual todos los ciudadanos, ricos y po-

blas del claustro: ella fue así mismo la causa de que Witiza, el segundo vencedor de los sarracenos y el último batallador contra los reyes francos, perdiese con la vida la corona que pasó á las sienes de Rodrigo, aclamado tumultuosamente por sus parciales.

—Muy otra hubiera sido la suerte de España si los visigodos inspirándose en sentimientos de lealtad y patriotismo, no hubieran estado tan dominados por aquella insaciable pasión de mando, que tan perjudicial fué para ellos y para el país.

CAPITULO X

Rodrigo último rey visigodo.—Desastre del Guadalete.

El belicoso pueblo godo no solamente había conseguido la completa dominación de la Península, sino que dulcificando, por virtud de su trato con los españoles, su originaria rudeza, y perfeccionando entre ellos sus buenas cualidades, al par que inspirándose en sus altos ejemplos de valor, virtud y abnegación, llegó á crear aquel admirable espíritu de dignidad personal que tanto había contribuido á su engrandecimiento.

Pero un pueblo que como él había sido conquistador en su origen y después guerrero, por necesidad y por instinto; un pueblo en el cual todos los ciudadanos, ricos y po-

bres, nobles y esclavos, estaban obligados á empuñar las armas; un pueblo que no habia tenido otra escuela que la de los campamentos, forzosamente habia de crear ese fatal militarismo que engendrando la pasion del caudillaje, dió lugar á que se consumiese en luchas intestinas, sacrificando en ellas sus mejores capitanes y perdiendo sus hombres más ilustres que pudieran haberle proporcionado mayor caudal de gloria y esplendor. Como consecuencia lógica de ese batallador instinto resultó que al terminar la guerra, que era la preferente ocupacion de este pueblo, cayese él en la molicié y el abandono mas completos.

Para colmo de sus desgracias, su nuevo rey, Rodrigo, era un mancebo inesperto, mas inclinado á las dulzuras del lujo y del amor que á los cuidados y atenciones del gobierno; lo que dió lugar á que las riendas del Estado quedasen casi abandonadas y espuestas á ser en breve recogidas por manos mas hábiles.

Mientras tanto, una nueva doctrina religiosa inventada por Mahoma fanatizaba los

pueblos asiáticos y realizaba una revolucion, quizá la mas rápida y asombrosa que en sus páginas registra la historia del mundo. Despues de los grandes triunfos obtenidos por el Profeta, su sucesor Abu Behr, gran capitán poseido de un frenético entusiasmo, que excitaba hasta la demencia á sus invencibles y numerosas huestes, conquistó la Persia. Vino entonces á tomar el mando de una gran parte de aquellas heróicas falanjes otro valiente guerrero que á poco de campar en las Pirámides atravesaba el desierto como un nuevo *Simoun* y reducía á escombros más de setenta ciudades del Africa Septentrional.

A principios del siglo VIII la avalancha conquistadora crecia como espuso oleaje del mar embravecido, amehazando arrollar cuanto á su triunfante paso intentara oponerse: el caudillo damasquino Muza acababa de conquistar por el undécimo califa todo el espacio comprendido entre Tánjer y Cartago, y en su insaciable ambicion meditaba el modo de apoderarse de los hermosos campos que rientes y espléndidos se le aparecian al otro lado del Estrecho.

Singular contraste era en verdad el que á la sazón ofrecían dos pueblos, separados apenas por un estrecho brazo de agua, pueblos por el momento simbolizados en sus respectivos caudillos. De estos el uno era valiente hasta la temeridad, el otro pusilánime hasta el punto de temblar como un azogado ante mentidos horóscopos; el primero rápido como el rayo en concebir y ejecutar, el segundo languideciendo y embriagándose en fugaces y embrutecedoros placeres en sus jardines de Toledo; destinado aquel á alcanzar brillante poderío y merecido renombre, nacido ésta para que hasta su tumba fuese ignorada.

Cuando una tempestad tan destructora como próxima amenazaba confundir al pueblo visigodo, su imbécil monarca, en vez de tomar rápidamente aquellas enérgicas medidas que la urgencia del caso requería, dejó que los parciales del infortunado Witiza, habilmente dirigidos por los hijos de éste y el Arzobispo de Sevilla D. Oppas, reclutasen gente y volvieran á encender la guerra civil que tan fatales y desastrosas consecuencias había de acarrear en tan críticos momentos.

Embrutecido Rodrigo y encenagado en fútiles devaneos, apenas si tuvo tiempo de saber que el traidor D. Julian, gobernador de Céuta, había puesto la plaza y la guarnición bajo el amparo del estandarte agareno, y que, Tarik, por orden de Muza, practicaba un reconocimiento militar sobre las costas de España, que miran á las playas africanas (Año 710)

En el mes de Abril del siguiente año, el intrépido Tarik, animado por la facilidad con que impunemente hiciera su anterior descubierta, desembarca con 12,000 berberiscos y algunos escuadrones árabes en la actual plaza de Algeciras, é inmediatamente se posesiona del monte *Calpe*, que desde entonces tomó el nombre de *Gebal-Tarik* (monte de Tarik, hoy Gibraltar) donde fuertemente se atrinchera.

Al saber esto el denodado Caudillo Teodomiro, jefe militar de Andalucía, reúne 1,500 gente, y al frente de esta reducida fuerza te arroja contra los invasores; pero envuelto y acuchillado por estos, tiene que ceder á la fuerte superioridad del número de sus con-

trarios. Entonces escribe al rey una elocuente y sentida carta que bien puede considerarse como el desesperado grito de dolor del agonizante pueblo visigodo. Al recibirla D. Rodrigo despierta de su fatal letargo, y furioso como el león reúne en muy pocos días hasta 100,000 hombres de fuerzas irregulares, sin instrucción, desmoralizadas; á su frente marchó el rey en busca de los sarracenos, á quienes encontró en las estensas llanuras que próximas á Jerez baña el manso Guadalquivir, reforzados con 5,000 ginetes y varias tropas judías y cristianas.

Empeñada la lucha con sin igual fiereza, allí donde nadie daba cuartel ni lo pedía, prolongóse con feroz encarnizamiento de una y otra parte, durante el largo espacio de tres días. Los dos primeros se mantuvo indecisa la victoria; al tercero impacientes ya los cristianos por conseguir el triunfo que anhelaban, acometen con furia irresistible; y penetrando en el corazón del centro enemigo, introducen en las filas agarenas el desorden y la confusión que solo se contienen merced al poderoso

ejemplo y á las enérgicas palabras de Tarik. Entonces los hijos de Witiza y D. Oppas, que capitaneaban dos cuerpos del ejército cristiano, pisoteando su patriótico deber y dando oídos á la funesta pasión que les dominaba, se unen al conde D. Julián y vuelven lanzas contra sus mismos compañeros. Con este importante apoyo se reponen los africanos, redoblan sus esfuerzos, y en un impetuoso ataque deciden en su favor el éxito de la batalla. Vanos son ya los poderosos esfuerzos de Rodrigo, Pelayo y sus parciales, quienes luchando con el furor de la desesperación realizan prodigios de valor heroico: la espantosa lucha degenera en horrible matanza; la sacrosanta bandera de la cruz, hecha girones, véese infamemente pisoteada por los caballos que montan los defensores de la *media luna*; los pocos godos que lograron escapar á las lanzas de Tarik, huyen despavoridos en todas direcciones, y su mismo rey perece en el combate ó arrastrado por las ensangrentadas corrientes del Guadalquivir (31 de Julio del año 711; hay historiadores que suponen fué el 12 de Noviem-

bre de 712; pero esta version carece de fundamento.)

Con él sucumbió la monarquía visigoda que dió capitanes como Wamba y legisladores como Eurico, que vigorizó el carácter nacional, y que aunque arriana en su principio fué luego la más poderosa palanca del catolicismo; más no por eso murió la fé cristiana ni se extinguió el amor que los españoles tenían á su independencia; antes por el contrario se avivó más y más la potente llama de estos nobles sentimientos, pero poco más tarde habia de elevar al pináculo de la gloria á tantos héroes de la patria y á tantos mártires de la religion de sus mayores.

CAPITULO XI

Conquista de España por los musulmanes.—Emiratos de Sevilla y Córdoba.

Aprovechándose el audaz Tarik de las inmensas ventajas morales y materiales por él obtenidas en la sangrienta batalla del Guadalete, y queriendo evitar á todo trance que los vencidos pudieran reponerse de sus enormes quebrantos, determinó obrar con la mayor celeridad y energia para terminar lo antes posible la proyectada conquista de todo el territorio español.

Al efecto dividió su entusiasta y fanatizado ejército en tres cuerpos, de los cuales envió uno á Córdoba, como punto de apoyo y centro de operaciones militares; otro á Málaga, para que flanquease toda la parte oriental de la Peninsula; y con el tercero, á cuyo

frente se puso él mismo, tomó la dirección de Toledo, proponiéndose herir á España en su mismo corazón.

Abatidos y desmoralizados los godos después del tremendo golpe recibido en los campos de Jerez, quedaron reducidos á la impotencia más absoluta: sin jefes sin armas, sin centro de organización, sin el apoyo siquiera del país en que vivían, difícil, sino imposible, les fuera oponer serios obstáculos á los intrépidos invasores.

Así es que Mugeiz con el primer cuerpo agareno se apoderó de Córdoba pasando por encima de los mutilados cadáveres de todos sus heroicos defensores, quienes renovando las inmarcesibles glorias de Sagunto y de Numancia, prefirieron la muerte á la rendición. Zaide, que capitaneaba el segundo cuerpo, sujetó á sus armas las poblaciones de Ecija, Málaga y Elvira; y reunido con Tarik avanzaron ambos hácia Toledo, capital del reino godo, en cuya opulenta ciudad entraron, previa una capitulación sumamente honrosa para vencedores y vencidos.

Mientras tanto Muza, celoso de la gloria

del vencedor de Guadalete, cuya conducta procuró hacer sospechosa al califa de Damasco, vino á la Península al frente de numerosas huestes; y desembarcando en Algeciras se dirigió á la Lusitania, conquistando á su paso á Sevilla y Mérida. Esta última ciudad, por su brillante posición estratégica, y por sus robustísimas fortificaciones que guardaban el paso del Guadiana, era entonces de suma importancia. Situada se resistió con tesón; pero al fin vióse obligada á capitular el día 7 de Julio del año 712.

Simultáneamente con estas operaciones Abdelaziz, hijo de Muza, derrotaba en los campos de Lórca al valiente jefe godo Teodomiro y estendía el afortunado estandarte de la *media luna* por todo el litoral del Mediterráneo.

Toda la Península ibérica, á excepcion de la zona limitada al S. por la cordillera cantabro-astúrica y Pirineos centrales, quedó en ménos de tres años sometida á las triunfantes armas musulmanas, sin que los hijos de España protestasen de la manera enérgica

que los mismos conquistadores esperaban con razon y temian con fundamento.

Este elocuente hecho demuestra, no la degeneracion de aquel espíritu belicoso é independiente que tanto les distinguiera rechazando á los Fenicios, Cartagineses, Romanos y Bárbaros, sino el ningun interés que, en vista de los amargos desengaños anteriormente sufridos, debian tener en cambiar de dueños, ó quizá la preferencia que les merecian los musulmanes, más ilustrados que los godos, de cuya dominacion venian á salvarles.

Con efecto, en los nuevos conquistadores se revelaba mas bien la política de un proselitismo religioso que el afan de un loco exterminio ó de una degradante dominacion; y la mayor parte de las condiciones por ellos impuestas, fueron mucho más humanitarias de lo que de su fanatismo pudiera esperarse.

En las capitulaciones de Córdoba, Toledo, Mérida, Orihuela y Zaragoza, respetaron á los vencidos sus leyes, sus costumbres, y lo que es más notable aún, atendida la intransigente indole del *Coran*, su culto y sus sa-

cerdotes. La natural obediencia á los nuevos poderes era lo único que exigian *aquellos hombres feroces*, á quienes las crónicas escritas bajo la impresion del momento nos pintan como fieras sedientas de sangre cristiana y hambrientas del total exterminio de los defensores de la fé católica.

Si bajo este punto de vista comparamos la conquista musulmana con las horribles escenas, con los torrentes de sangre que ocasionaron godos y romanos al traspasar los Pirineos, no podremos menos de aplaudir la conducta de los agarenos, por más que ella fuese el móvil de un interés bastardo y en alto grado reprochable.

Únicamente así se explica la relativa facilidad con que esta tierra clásica de la independencia y del amor patrio, quedó subyugada al Emir de Damasco y en manos de gobernadores que andando el tiempo habian de ser tan despóticas y arbitrarios como los antiguos Procónsules; porque aquella primera tolerancia, aquella diplomática benevolencia pronto se trocó en insoportable tiranía, en horrible é incesante lucha que habia de pro-

longarse durante el largo espacio de ocho siglos.

Pero no precipitemos los acontecimientos, y sigamos la marcha de los sucesos en la historia consignados.

Sometida al fin la Península al dominio musulman, pasó á ser una dependencia del califato de Oriente, bajo el nombre de *Emirato*, Dividida en cuatro regiones, se puso al frente de cada una de estas un Wali ó gobernador que á su vez dependía del *Emir*, jefe de todo el país. Los primeros *Emires* procuraron conquistarse el afecto y simpatías del pueblo vencido, al que toleraron el ejercicio de sus propias leyes y el culto de su religion, mediante el pago de un pequeño tributo, inferior al establecido por los godos. El primero de estos mandarines fué Abdelaziz nombrado el año 714 en ocasion en que Muza y Tarik eran llamados á responder de su conducta ante el Califa, enterado ya de las profundas desavenencias que entre ellos habia. Estableció su córte en la poética Sevilla y casándose con Egelina, viuda del infortunado D. Rodrigo, fraternizaron con él muchos go-

dos y merced á esto logró bien á poca costa extender las conquistas de las armas musulmanas por el O. hasta los confines de Lusitania y por el N. E. hasta Pamplona, de cuya importante capital se apoderó. Su tolerancia con los cristianos y ciertas tendencias emancipadoras que se le atribuyeron, llegaron á inspirar ciertos recelos al Califa, que lo mandó matar.

Entre sus sucesores figura su primo Agub, que trasladó á Córdoba la capital del Emirato, y se distinguió por su acertada administracion; Alahor que invadió la Galia gótica y se apoderó de *Narbona*, su capital; Zama, que fué derrotado y muerto por Eudoa, conde de Aquitania; Ambiza que murió igualmente en un combate con los Francos, librado cerca de las márgenes del Garona; los demás hasta Abderrahman, solo se distinguieron por sus torpes desaciertos y grandes vejaciones á los cristianos.

El más notable de todos estos *Emires* fué Abderrahman que, nombrado en 727 por segunda vez para el gobierno de la Península, y ávido de gloria, despues de haber derrota-

do á Munuza, caudillo musulman de la region N., que aliado con Eudon, se habia proclamado soberano del país que regia, internóse en el centro de las Galias, asolando cuanto á su paso encontró; pero al vío fué completamente deshecho su numeroso ejército y el mismo Abderrahman quedó muerto en la célebre batalla de Tours, ganada el año 732 por Cárlos Martell, quien al arrojar de la Galia los destrozados restos del ejército musulman, salvó á la cristiandad del peligro en que infaliblemente la hubiera colocado el triunfo del Emir, ansioso de dominar la Europa entera.

Los Emires que sucedieron á Abderrahman en el gobierno de España, sumieron á nuestra patria en los horrores de la mas encarnizada guerra civil, sostenida por la rivalidad y antipatias de las diversas razas de árabes, sirios, egipcios, persas y berberiscos que constituyendo el pueblo musulman, se disputaban entre sí el dominio del país. Esto, unido á los atropellos y vejaciones de los Emires, originó en los cristianos el justo deseo y la noble ambicion de sacudir el yugo de una dominacion tan simpática al princi-

pio como aborrecida después, y dió lugar á la sangrienta y patriótica lucha que vamos á narrar.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUENOS AIRES  
VALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
CAPITULO XII

Principios de la Reconquista. — Covadonga. — Heroísmo de los astures. — Sus triunfos. — Sus primeros reyes desde Pelayo hasta Ordoño I.

El fiero despotismo é irritante crueldad desplegados por algunos *Walties* precipitaron la anhelada hora en que debía iniciarse la gloriosa epopeya de la Reconquista.

Agotado en muy poco tiempo el sufrimiento de los vencidos, reunióse un pequeño número de estos en las quebradas montañas de la región septentrional de la Península, en aquellas elevadas cumbres donde siempre se conservara vivo el noble sentimiento de la independencia; y allí, mismo se echaron por aquel puñado de valientes los sólidos cimientos del suntuoso edificio para cuya coronación habían de necesitarse ocho siglos de titánicos esfuerzos.

En aquellos azarosos días de general consternación para los cristianos; en aquellos horribles momentos en que los atrevidos y afortunados musulmanes, con espantosa rapidez extendían sus conquistas por casi todos los ámbitos de nuestra desgraciada patria, allí en un apartado rincón de España, imponente baluarte donde tantas veces se estrellaran los esfuerzos de las legiones romanas, hallaba su refugio la sacrosanta bandera de la independencia nacional. Allí, en las escarpadas rocas cántabro-asturianas, buscaban su amparo los reducidos restos de aquella valiente multitud cristiana, que antes de inclinar su cerviz al yugo sarraceno prefirió una vida errante, llena de fatigas y privaciones.

Entre aquellos hombres decididos, llenos de fé y de valor heroico, sobresalía la noble figura de Pelayo, duque de Cantabria. Perteneciente á la real familia goda, como hijo de Favla, y tan valiente como generoso, disfrutó siempre de grande y merecido ascendiente entre los suyos; pero donde su popularidad creció hasta rayar en idolatría fué

en la sangrienta jornada del Guadalete, donde al frente del escogido cuerpo de los *españoles*, que mandaba, realizó tales prodigios de valor que excitaron la envidia de los mismos vencedores.

La misteriosa fascinación que este notable génio de la guerra ejercía sobre todos sus compañeros, dió lugar á que estos le proclamasen su caudillo, y jurasen por la cruz del Salvador del Mundo morir antes que abandonar el espinoso camino de la reconstitución de la patria, mostrado por su animoso jefe. Este juramento no tardó mucho tiempo en sellarse con sangre de valientes y afirmarse con una importante victoria obtenida sobre los fanáticos defensores de la *media luna*.

A poco de hallarse Pelayo con los suyos refugiados en Asturias, y sin haber aún terminado su organización y armamento, el recién formado *ejército de la fe* se vió rudamente atacado por fuerzas considerablemente superiores en número y en instrucción militar, mandadas por el intrépido Alkamah, teniente del Emir. Pelayo dando muestras de su

gran habilidad y notable talento estratégico, dejó que los musulmanes penetraran sin resistencia en el estrecho valle de Auseba; y cayendo entonces repentinamente sobre ellos desde las asperezas que le dominan y profunda cueva de *Covadonga*, que emboscado con sus fuerzas ocupaba, les derrotó tan completamente que aún se ignora si alguno pudo salvarse del general naufragio.

El traidor D. Oppas, que acompañaba á los árabes, fué hecho prisionero y allí mismo pagó con la vida el horrendo crimen de lesa nación por él cometido en el Guadalete. La sacrosanta bandera de la cruz, despues de los horribles desastres sufridos, obtuvo el primer triunfo, en cuya memoria se instituyó el santuario de la *Virgen de Covadonga*, que aún hoy se venera; por más que este precioso monumento de gloria nacional, como el de las ruinas de Numancia y otros mil que en nuestra patria se hallan á cada paso, permanezca en el más deplorable abandono. ®

Libre Asturias de árabes en el año 719 y aclamado rey el mismo Pelayo, tuvo su cuna

en aquel limitado territorio el primer reino cristiano, que ensanchándose progresivamente había de llegar á constituir la potente nacionalidad española, con el tiempo señora de dos mundos.

Diez y nueve años duró el próspero y feliz reinado del héroe de *Covadonga*, que al morir en 737 dejaba á su hijo Favila la pingüe herencia de su naciente reino, fuertemente consolidado y robustecido ya.

A los dos años escasos de gobernar Favila pereció en una cacería; y la libre elección del pueblo llamó á regir sus destinos á Alfonso, yerno de Pelayo y como él duque de Cantabria.

Deseando el nuevo rey ensanchar sus reducidos dominios, traspasó las montañas de Galicia y logró apoderarse de Lugo, Orense y Tuy. Además sometió las principales ciudades de la Lusitania meridional, y en sus atrevidas correrías llegó á dominar toda la ancha zona comprendida entre Zamora, Salamanca y Segovia. Sus brillantes hechos de armas y lo tosco y bravío de sus

soldados causaban terror y espanto á los árabes, que le apellidaron *el matador de hombres*: al par que su noble afán por el brillo de la religión del crucificado le valió el sobre nombre de «El Católico.»

Quando el año 756 dejaba de existir este célebre monarca, el en otro tiempo reducido reino de Asturias se extendía ya por todo el Pirineo, aunque no de una manera estable; legando el rey *Católico* á sus sucesores un trono ensanchado y consolidado que constituía el luminoso faro que alumbraba las risueñas esperanzas de los cristianos, quienes en aquellos momentos veían con placer cómo se emancipaba del Oriente la España musulmana, que había venido á constituir el *Emirato* independiente de Córdoba.

Su hijo Fruela, que le sucedió en el trono, empañó en parte el luciente brillo de las glorias de su padre y retardó por algun tiempo la coronación del suntuoso edificio nacional; pues con su carácter duro en demasia, dió lugar á que se le rebelasen los vascones y gallegos, engendrando en tan críticos momentos una lucha intestina sumamente per-

judicial á los altos intereses de la patria y de la religion.

A pesar de esta fatal contrariedad, los astures derrotaron á los árabes en *Pontumun* (Puente de Eume, Galicia) y les mataron algunos millares de hombres, obligando á Abderrahman á firmar un tratado de paz.

Al mismo tiempo consiguió Fruela reprimir la sublevación de los vascos y gallegos, en memoria de cuyos triunfos edificó la capital de Oviedo.

La austera severidad de este monarca y la extraordinaria dureza de su carácter le atrajeron la enemistad del clero y el odio del pueblo que solo queria á su hermano Vimarano. Esto irritó doblemente su irascible carácter y entonces cometió el horrible crimen de asesinar á su dicho hermano; fratricidio que expió con la vida que á estocadas le arrancaron en Cangas de Tineo los nobles justamente irritados y conjurados en su contra.

El reino de Asturias continuó engrandeciéndose prodigiosamente bajo el gobierno de los sucesores de Fruela; sobresaliendo

entre estos por sus importantes conquistas Alfonso II *el Casto*, su primo Ramiro y el hijo de este, Ordoño. El primero tomó el título de rey de Oviedo, y el año 801, causó á los árabes una espantosa derrota en *Lutos* (Lugo). Mas tarde penetró en la Lusitania, y en el tiempo de su glorioso reinado, que duró casi medio siglo, marchando siempre de victoria en victoria, extendió los límites de su reino hasta las mismas márgenes del Tajo. El reinado de Ramiro fué corto y tempestuoso; pero los brillantes hechos de armas que durante él se realizaron le colmaron de gloria y aumentaron su creciente poderío. A este monarca disputaron sucesivamente la corona los condes Nepasiano, Aldroito y Piniolo, pero los tres fueron vencidos en buena lid, robusteciendo así el rey su autoridad. El año 843 desembarcaron en la Coruña los Normandos que llevaron el espanto y la desolacion por aquellas costas y países inmediatos; Ramiro corrió en su busca y despues de una sangrienta batalla los derrotó completamente y destruyó sus naves. Al poco tiempo obtuvo sobre Abderrahman

II, dos importantes victorias que pusieron á raya las irrupciones de los moros en el territorio cristiano.

El año 850 murió Ramiro, sucediéndole en el trono su hijo Ordoño, digno heredero no solo de la corona sino del heroico valor y las altas virtudes de su padre. Inauguró su reinado reprimiendo una fuerte insurreccion de la Vizcaya y en seguida marchó contra los agarenos que mandados por el valiente Muzá-ben-Zeyad le aguardaban en un monte de la Rioja llamado *Laturce*. Tremenda fué la lucha: por ambas partes se realizaron notables prodigios de valor; pero al fin la victoria, disputada con tenaz empeño, con horrible encarnizamiento, se decidió en favor de los cristianos que pasaron por encima de los cadáveres de 10,000 enemigos tendidos sobre el ensangrentado campo de batalla. El activo y valiente Ordoño aprovechando sabiamente las ventajas de tan señalado triunfo, sin descansar un momento llevó sus vencedoras huestes hasta las márgenes del Duero, donde derrotó al Wali Zeid-ben-Cassim y se apoderó de varias poblaciones de importancia.

A poco tiempo invadió la Lusitania, y mientras los asturianos de allende el Pirineo talaban las tierras musulmanas hasta el Ebro, las invencibles tropas de Ordoño llegaban á las puertas de Lisboa, arrasaban á Coimbra y derrotaban nuevamente á los Normandos, arribados por segunda vez á nuestras costas. (Año 863.)

Tan fuertemente llegaron á impresionar á los árabes los repetidos y notables triunfos de los cristianos, que se vieron precisados á publicar *la guerra santa*; y obligando á todos los hombres útiles á tomar las armas, reunieron un numerosísimo ejército, á cuyo frente se puso el mismo Emir Mahomed, para invadir nuevamente la Galicia. A pesar de tan poderosos elementos de guerra, bastó con que encontrasen atrincherados en las montañas á los valientes soldados de Ordoño, para que, los árabes temiendo nuevas y más sensibles derrotas, se retirasen vergonzosamente al interior de sus dominios.

El 866 falleció Ordoño I dejando su reino engrosado en una tercera parte, y por doquiera temido y respetado.

Aquella microscópica monarquía que con solo un puñado de valientes fundara en los ríscos de *Covadonga* el inmortal Pelayo, había ido adquiriendo tan creciente desarrollo que en poco más de un siglo de existencia levantaba su triunfante enseña frente á frente al poder agareno que contaba innumerables combatientes y que al otro lado del Estrecho tenía una inagotable reserva de feroces y sanguinarios auxiliares.

Semejantes prodigios solo pueden realizarse merced al acendrado patriotismo y al irresistible esfuerzo que siempre distinguiera á los nobles hijos del pueblo español.

CAPITULO XII

Reconquista Pirenaica.—Reino de Sobrarbe.—Heroicidades de los Vascos.—Batalla de Roncesvalles.—Condado de Barcelona.—Hazafias de los catalanes.

En tanto que se realizaban los culminantes hechos extractados en el anterior capítulo, allá en el N. O. y S. de los Pirineos, refugio como Asturias de aquella reducida parte del pueblo hispano-godo que rechazaba con enérgica fiereza la idea de la sumisión al conquistador poder de los sectarios de Mahoma, tenía su principal origen la *Reconquista Pirenaica* y se echaban por aquellos valientes obreros de la independencia nacional, los sólidos cimientos de nuevos Estados cristianos que andando el tiempo habían de ser el azote de los enemigos de nuestra patria.

No hay datos completamente exactos de la fecha en que tales Estados principiaron á constituirse, pero puede asegurarse que simultaneamente con el reino de Asturias tuvo su origen el de *Sobrarbe*, cuna de los de Navarra y Aragon, y que un poco mas tarde se formó el *Condado de Barcelona*, dando principio á la Reconquista de Cataluña.

Cuando la avasalladora planta de los vendedores del Guadalete se enseñoreaba de casi todo el territorio español, un reducido número de cristianos acaudillados por Garcia Jimenez, buscaba su amparo en las elevadas cumbres del alto Aragon y se refugiaba en la *Cueva de San Juan de la Peña* imitando el proceder de Pelayo y los astures en la de *Covadonga*.

En el primer tercio del siglo VIII ya esta reducida porcion de valientes habia formado el pequeño reino de *Sobrarbe*, cuya capital fué *Ainsa* y del cual formó parte el *Condado de Rivagorza*, pequeña parte de la provincia de Huesca confinante con Cataluña y Francia, que tuvo por capital á *Benabarre*.

El esforzado Garcia Jimenez, primer sobe-

rano de este naciente reino, llevó á cabo frecuentes cuanto atrevidas y afortunadas expediciones hácia el interior de los dominios musulmanes. Merced á ellas, á costa de innumerables sacrificios y realizando inverosímiles prodigios de valor heróico, consiguió ir poco á poco ensanchando los limites de su pequeño reino desde los Pirineos hasta el Ebro, apoderándose ademas de la importante ciudad de Pamplona que el año 750 defendió heroicamente del impetuoso ataque de los árabes.

En incesante lucha con los defensores del korán, consiguió innumerables victorias el esforzado fundador del Estado de *Sobrarbe*, reino que mas tarde habia de refundirse en el de Navarra y constituir una importantísima parte de la nacionalidad española.

Cuando el año 758 falleció Garcia Jimenez legando la corona á su hijo Inigo Garcés Arista, ya su reinado se extendia por todo el territorio vasco-navarro y una gran parte de Aragon.

En tanto que el orbe entero presenciaba con indescriptible asombro el grandioso es-

pectáculo de la resurreccion del pueblo godo hispano, de aquella noble y heroica raza que ahogada en sangre y envuelta en el negro velo de una infame traicion, cayó en una sola batalla para despues levantarse mas pujante y valerosa que en sus mejores dias de gloria, les heroicos vascos, esos eternos é indómitos guardadores de las fronteras Piriñáicas, probaban una vez mas el irresistible empuje de que siempre hicieran poderoso alarde.

El Wali de Zaragoza Ben-Alrabi, enemigo irreconciliable del Emir Abderrahman, imploró contra su señor el apoyo de Carlo-Magno, emperador de los francos. Este poderoso rey, intentando aprovecharse de la magnífica coyuntura que en esta ocasion se le presentaba para estender por el rico suelo hispano su ya dilatado y floreciente imperio, reunió un fuerte y aguerrido ejército y lo dividió en dos cuerpos, encargando al uno flanquease los desfiladeros del Pirineo Oriental; mientras que él mismo, puesto al frente del otro, penetraba por las revueltas gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin detenerse un momento, y arrollando cuanto á su paso halla, el intrépido Carlo-Magno avanza hasta Pamplona y se pone á la vista de Zaragoza donde se le une su otro cuerpo de ejército que habia penetrado por Cataluña y devastado en su destructora marcha una gran parte de aquel fértil territorio.

Puesto Carlo-Magno al frente de todo su ejército expedicionario y acometido por todas partes por los cristianos, espera en vano que el Wali se le incorpore con sus fuerzas segun lo anteriormente pactado: sin dar lugar á esta reconcentracion, el pais en masa se levanta airado contra aquellos sanguinarios conquistadores, que al fin se vieron obligados á retroceder á Francia. En su peligrosa marcha de retroceso tomaron todos juntos la misma direccion que á Carlo-Magno condujo á Zaragoza, teniendo que internarse en los estrechos desfiladeros de Roncesvalles, donde la mayor parte de aquellos aguerridos soldados habian de encontrar su ignorada tumba.

No desconocia el fiero conquistador de los

Sajones el indómito carácter de los *Escaldunaes*. ni tampoco ignoraba la derrota que en no lejanos tiempos sufriera en aquellos mismos sitios el valiente Abdelmelek-ben-Coltan. Precisamente por eso creyó prudente adoptar en su marcha las debidas precauciones: colocó á la vanguardia una fuerte division exploradora; puso en el centro las inmensas riquezas acumuladas en su correría, y cubrió la retaguardia con el resto del ejército; no habiendo cometido en la colocacion de las fuerzas otra falta estratégica que la de interponer mucho espacio entre los dos cuerpos principales, lo cual dislocaba la unidad de su marcha.

Apenas el grueso de este poderoso ejército hubo penetrado en los angostos pasos de Ibañeta víéronse simultáneamente su vanguardia, retaguardia y flancos acometidos con irresistible furia por los intrépidos vascos, quienes lanzando desde las empinadas crestas que ocupaban enormes trozos de roca que cual aplastadora avalancha caian sobre los francos, llevaban á sus compactas filas la muerte, el espanto y la confusion

más indescriptibles. La sorpresa y el temor enerva á los soldados de Carlo-Magno: en muy pocos momentos se agotan todas las fuerzas haciendo totalmente imposible una resistencia tan temeraria cuanto inútil; ya no hay quien siquiera intente oponerse al fuerte choque de aquellos montañeses que despues de desordenar al aguerrido ejército, se lanzan como fieras sobre sus destrozados restos, haciendo en ellos una espantosa carnicería. Allí, nadando en un río de sangre humana quedan bagajes y riquezas; allí encuentra su triste sepultura la inmarcesible gloria del orgulloso vencedor de tantos pueblos.

Esta señaladísima victoria, una de los más importantes que registran los enriquecidos anales de nuestra independencia nacional, tuvo lugar el año 778 bajo el reinado de Inigo Garcés Arista; y á pesar del mucho tiempo trascurrido desde entonces hasta ahora, su glorioso recuerdo se ha conservado de generacion en generacion como un precioso monumento que ha de pasar á la posteridad. Aun hoy, en un bellissimo canto

de guerra que los vascongados titulan *Altavizaren Cantua*, recuerdan los nobles y esforzados descendientes de aquellos invencibles héroes la célebre batalla de Roncesvalles.

Inmediatamente despues de tener lugar tan glorioso hecho de armas, recobraron los vascos todo el terreno perdido y todas las riquezas arrebatadas; continuando además el progresivo ensanche de sus dominios hasta el año 783 que muerto Iñigo Garcés Arista le sucedió en el trono su hermano Fortuño Garcés, quien engrandeció nuevamente su reino derrotando á Hixem I y reconquistando á Pámlona.

A la muerte de este rey, acaecida el año 804, pasó la corona á Sancho Garcés, quien rechazó enérgicamente una fuerte invasion del rey franco de Aquitania Ludovico Pio, hijo de Carlo-Magno. Durante este reinado figuró ya Jimen Aznar, el primer *Conde de Aragon*, que mencionan las Crónicas.

Jimeno Iñiguez I heredó en 826 el trono de Sancho Garcés, y á su muerte, acaecida diez años más tarde, pasó á regirlo Iñigo

Jimenez, quien durante los veinte y dos años de su reinado luchó heroicamente con los árabes, ensanchando más y más los límites de su territorio en términos que al morir este rey el año 858, dejando la corona á su hermano García I Jimenez, su reino era á la sazón tan poderoso como el de Asturias.

Mientras tanto los belicosos catalanes que en los amargos dias de horrible prueba en que dió principio la *Reconquista Pirenáica*, formaran el núcleo de resistencia que fué la cuna del *Condado de Barcelona*, habiar continuado luchando con sin igual heroísmo. Repetidas veces lograron rechazar victoriosamente á los árabes que intentaban atravesar sus montañas y penetrar en las Galias; y al mismo tiempo habian ensanchado su territorio, apoderándose sucesivamente de Narbona, Gerona, Lérida, Huesca y Barcelona.

Despues de horribles y desesperadas luchas volvieron todas estas plazas á caer en poder de los árabes; pero á principios del siglo IX lograron nuevamente los catalanes apoderarse de casi todo su territorio y Norte de Aragon; sometiendo el año 801 á Bar-

celona que sufrió antes ocho meses de riguroso asedio y una porcion de parciales asaltos.

Entonces Ludovico Pio, aliado de los catalanes, instituyó la *Marca hispánica* compuesta de los Pirineos Orientales en una y otra de sus verticales, y formando un *Condado* con relativa dependencia de Francia; pero á mediados del siglo IX aquellos valientes montañeses, cuyo indómito valor no habia nacido para inclinarse ante el yugo extranjero, se alzaron contra los francos y compraron con su sangre generosa la tan deseada independencia por la cual llevaban cerca de siglo y medio de noble, heróica y no interrumpida lucha.

CAPITULO XIV

Reyes de Leon.—Grandes triunfos de los cristianos.—Gloriosas batallas de Simancas y Talavera.—Heróica defensa de Zamora.

Heredado el trono asturiano por Alfonso III, inauguró éste su reinado apoderándose de Coria y Salamanca; y acometiendo despues con irresistible furia á los Wálies de la frontera, en varios combates todos á cual más gloriosos para las armas cristianas, les inutilizó toda la caballería y les hizo una horrible matanza (Año 868).

A los tres años, deseando el previsor Alfonso evitar á todo trance que el valor de los cristianos se malgastase en luchas intestinas que tanto habian dificultado, y podian dificultar aún, la salvadora obra de la Recon-

celona que sufrió antes ocho meses de riguroso asedio y una porcion de parciales asaltos.

Entonces Ludovico Pio, aliado de los catalanes, instituyó la *Marca hispánica* compuesta de los Pirineos Orientales en una y otra de sus verticales, y formando un *Condado* con relativa dependencia de Francia; pero á mediados del siglo IX aquellos valientes montañeses, cuyo indómito valor no habia nacido para inclinarse ante el yugo extranjero, se alzaron contra los francos y compraron con su sangre generosa la tan deseada independencia por la cual llevaban cerca de siglo y medio de noble, heróica y no interrumpida lucha.

CAPITULO XIV

Reyes de Leon.—Grandes triunfos de los cristianos.—Gloriosas batallas de Simancas y Talavera.—Heróica defensa de Zamora.

Heredado el trono asturiano por Alfonso III, inauguró éste su reinado apoderándose de Coria y Salamanca; y acometiendo despues con irresistible furia á los Wálies de la frontera, en varios combates todos á cual más gloriosos para las armas cristianas, les inutilizó toda la caballería y les hizo una horrible matanza (Año 868).

A los tres años, deseando el previsor Alfonso evitar á todo trance que el valor de los cristianos se malgastase en luchas intestinas que tanto habian dificultado, y podian dificultar aún, la salvadora obra de la Recon-

quista, dió una noble prueba de su generoso patriotismo reconociendo á García Garcés como soberano independiente del reino de Navarra.

Corrieron los tiempos y al llegar el año 873 el temerario Emir Almondhir, á quien devoraba el impaciente deseo de vengar sus anteriores desastres, reunió un fuerte y escogido ejército á cuyo frente penetró en el territorio leonés; pero bien pronto las tranquilas aguas del caudaloso Cea, que riega los floridos campos de Sahagun, enrojecieron sus límpidas corrientes con la sangre en abundancia vertida por los caballeros musulimes de Córdoba, Sevilla, Mérida y Toledo.

Tres años más tarde toma el valiente Alfonso la ofensiva y rechaza victoriosamente á sus contrarios, empujándolos hasta los límites meridionales de la Lusitania. En su triunfante marcha pobló de cristianos á Coimbra, Oporto, Vico, Lamego y otras importantes poblaciones hasta entonces ocupadas por los sarracenos; incorporando además á su en extremo floreciente reino las de Zamora, Toro,

Simancas y algunas otras bañadas por el Pisuerga y el Duero.

Tras la sensible quanto sangrienta derrota sufrida en Aybar por los cristianos de Afranc el año 883, vino la tregua que el Emir Adallah solicitó de Alfonso y éste le concedió; pero ella no fué suficiente á dominar el ardiente fanatismo del general moro Abul-Kassin que la rompió. Este guerrero cuya impaciente fiebre por luchar con los cristianos le enloquecía hasta el extremo de olvidar sus propios deberes de acatamiento á superiores órdenes, reunió un ejército de 60,000 hombres, escogidos entre una muchedumbre feroz y allegadiza, sedienta de sangre y hambrienta de riquezas cristianas. Al frente de estas poderosas falanges, ávidas de lucha y exterminio, penetró el moro con devastadora furia en los dominios de Alfonso; arrollando quanto á su paso se oponía llegó á colocar sus reales delante de los muros de Zamora; pero entonces el rey cristiano, escandalizado al ver tanta osadía y furioso como un león, corre al combate, y al librar éste se hartó de sangre y de matanza y escarmentó duramente al atrevido moro. (Año 901).

Nueve años más tarde, ciñendo una corona de inmarcesible gloria bajaba á la tumba este valiente monarca que en sus treinta felicísimas expediciones habia ensanchado considerablemente los límites de su reino é inundado de sangre sarracena los feraces campos que fueron mudos testigos de sus inmortales triunfos.

A la muerte de Alfonso, el desmedido afán de absoluto mando predominante en sus tres hijos mayores, García, Ordoño y Fruela, dió lugar á la antipatriótica division de su reino en tres; tomando el primero el de Leon, el segundo el de Galicia, y el Señorío de Asturias el tercero.

A pesar de esta separacion, altamente impolitica y en aquellos críticos momentos sumamente perjudicial á la unidad de pensamiento y de accion que se necesitaba para batir á los feroces enemigos de la patria y de la cristiandad, el nuevo rey de Leon, apénas coronado, midió sus armas con el moro en los campos de Talavera donde alcanzó una señaladísima victoria.

En 914 falleció García, y al abarcar su hermano Ordoño las dos coronas quedó felizmente unificado por segunda vez el reino que solo el torpe sentimiento de la ambicion personal habia momentáneamente dividido. Desde entonces se conoce en la historia con el nombre de reino de Leon, cuya capital continuó siendo la ciudad de este nombre.

Deseando Ordoño continuar con ventaja la reconquistadora obra bajo tan favorables auspicios iniciada por sus heróicos antecesores, devastó el territorio de Mérida, se corrió por la comarca de Castilla conocida bajo el nombre de *campos de los godos*, y aunque en 918 vióse obligado á levantar el cerco de Talavera, ante la aproximacion de Abderrahman III con un ejército de 80,000 combatientes, al siguiente año alcanzó sobre este mismo ejército árabe en San Esteban de Gormaz una victoria tan completa que, segun testimonio de un acreditado cronista, muy pocos sarracenos quedaron para contar el fatal desastre sufrido allí por ellos.

Tres años más tarde, unido á García de

Navarra, libró el rey de Leon en Val-de-Junquera, entre Pamplona y Estella, una sangrienta batalla, en la cual despues de correr á torrentes la sangre de los cristianos, mezclada con la de los árabes, y de realizarse por unos y otros notables prodigios de valor héroe, tuvieron al fin los primeros que ceder á la superioridad numérica de los segundos. El navarro tomó con usura en los desfiladeros del Roncal la revancha de aquella enorme pérdida; mientras que Ordoño, rehecho al amparo de sus Estados, organizó en 923 una nueva expedición que salvando las fronteras y marchando de victoria en victoria, atravesó el territorio árabe con una audacia tal que, según asegura el obispo Sampiro, condujo á los defensores de la fé católica hasta una jornada de Córdoba.

En el mes de Enero del año 924 falleció este incansable campeón de la patria y del catolicismo, siendo su cadáver el primero que halló sepultura en la suntuosa catedral de Leon.

Sin ningún interés para la patria los cortos reinados de Fruela II y Alfonso IV, apelli-

dado *el Monje* porque el año 930 se retiró á un convento despues de abdicar la corona en su hermano Ramiro II, pasaremos á extractar los hechos más culminantes del reinado de éste.

Apenas Ramiro vió consolidado su trono, al principio combatido por una guerra civil que el nuevo monarca sofocó en muy breve término, se internó en el territorio árabe, y en el corto espacio de dos años alcanzó la conquista de Madrid, batió en las márgenes del Duero á los musulmanes aragoneses, y con la victoria sobre ellos obtenida obligó al gobernador de Zaragoza á que se le hiciese su tributario.

Al siguiente año, esto es, en 933, corre en auxilio del conde de Castilla Fernán González, que se hallaba fuertemente asediado por las numerosas y aguerridas huestes de Al-mudhaffar, y atacando á estas en las cercanías de Osuna, logran los cristianos un nuevo é importante triunfo, causan al enemigo innumerables pérdidas, y le cojen algunos miles de prisioneros.

Nuevas y afortunadas correrías aumentan

prodigiosamente la merecida fama del aguerrido monarca leonés. Desesperado entonces el Emir proclama *la guerra santa*;—á este supremo llamamiento acude toda la España musulmana, formando un numerosísimo ejército á cuyo frente se pusieron el mismo rey Abderrahman y el Príncipe Almudhaffar.

Corria el mes de Abril del año 938 cuando el fuerte y denodado ejército, cuyo objetivo eran las dilatadas llanuras de Salamanca, pasaba sin resistencia el Duero, haciendo en el floreciente suelo que pisaba *los estragos de las tempestades* (dice la crónica) y llegando hasta circunvalar la codiciada plaza de Zamora. Cuando las operaciones del sitio iban ya muy adelantadas, supo el Emir que Ramiro se acercaba para combatirle; y dejando entonces solo 20,000 hombres para continuar el emprendido asedio de Zamora, marchó con las demas tropas al encuentro de los cristianos. Allá cerca de Simancas, en la florida region que marca la confluencia del Pisuerga y del Duero, se encontraron ambos ejércitos, y despues de dos dias empleados en los preparativos del combate se libró allí mismo la más

sangrienta é importante batalla que desde Guadalete hasta entonces habia tenido lugar entre moros y cristianos.

Los esforzados sarracenos pelearon, como siempre, con un entusiasmo y un valor dignos de mejor causa. Abderrahman, Almudhaffar y Aben Almed, confundiéndose con sus soldados, realizaron notables y heroicas hazañas haciendo frecuente y poderoso alarde de un valor personal que rayaba en temeridad. Los fanáticos árabes morian matando; pero todo en vano: "no habia fuerza humana (dice la misma crónica árabe) que pudiera resistir al admirable esfuerzo del Rey Radmir (Ramiro) con sus caballos armados de hierro que rompián y atropellaban cuanto se les ponía delante."

Cuando las sombras de la noche obligando á suspender el encarnizado combate, vinieron á echar su negro manto sobre el fúnebre espectáculo representado en aquel extenso campo sembrado de cadáveres y despojos, ya la brillante aureola de la gloria iluminaba el tostado rostro de los defensores de la fé católica.

En aquel ensangrentado campo, entre impacientes dudas y temores, pasaron la noche moros y cristianos, descansando los vivos sobre los amontonados muertos. Aguardaban con febril impaciencia los cristianos la llegada del crepúsculo matutino que había de alumbrar el último acto de aquel sangriento drama cuyo desenlace era el mas señalado triunfo para ellos; pero los destrozados restos del ejército sarraceno no se atrevieron á arrostrar de nuevo los terribles embates de la caballería cristiana, cuyo justo temor les obligó á retirarse precipitadamente á Zamora, dejando en el campo sus cadáveres, sus riquezas y gran número de prisioneros y armas.

En el glásis de las fortificaciones de Zamora se renovó el combate el memorable día 5 de Agosto de 939; y aunque los pocos defensores con que la plaza contaba lucharon con inimitable arrojo y causaron á los sitiadores tantas víctimas, que con sus mismos cadáveres rellenaron los fosos para el asalto de la fortaleza, allí, sucumbiendo ante el excesivo número de sus contrarios, murieron como

buenos todos aquellos dignos sucesores de los héroes de Numancia.

Cayó al fin aquella infortunada plaza en poder del sarraceno; pero cuando esto tuvo lugar ya no había dentro del recinto trazado por los derruidos muros, ni uno solo de sus heroicos defensores.

Al saber Ramiro esta catástrofe marchó sobre la vencida plaza, que muy en breve logró rescatar de sus verdugos, poniendo á estos en precipitada fuga.

La resplandeciente corona de gloria que adornaba la frente de Ramiro perdió uno de sus mejores diamantes con la sorpresa sufrida en San Esteban de Gormaz la cual le ocasionó muy sensibles pérdidas; pero despues de una tregua empleada en fundar y repoblar varias ciudades de Castilla y de Leon, llegó el año 949 en que tuvo lugar la sangrienta batalla de Talavera donde murieron 12,000 moros y se afianzó sobre bases sólidas el triunfo de las armas cristianas.

El 5 de Enero del siguiente año el esforzado Ramiro, coronado de laureles y bendecido por sus pueblos y por la cristiandad

entera que admiraba su heroico valor y altas virtudes cívicas, bajaba á la tumba dejando en la historia paginas tan imperecederas que nunca desaparecerán del dorado libro de la fama.



CAPÍTULO XV

Reinos de Sobrarbe y de Navarra.—Condados de Castilla, Aragon y Barcelona.

El rey de Sobrarbe García I Jimenez resistió en 858 con singular valor aunque con desgracia, una fuerte incursión musulmana acaudillada por el feroz Muza, quien saqueó varias importantes ciudades de aquel reino; pero aliado García con el asturiano Ordoño I supo tomar venganza de tales hechos derrotando al engreido árabe, á quien ambos aliados arrebataron la importante plaza de Abelda.

Su sobrino y sucesor García II, aliado á su vez con Alfonso III, logró en 867 señaladas victorias sobre los árabes, de cuyo poder rescató á su hijo Fortuño, quien á su

muerte, acaecida en 886, le reemplazó en el trono.

Fortuño II es el último de los soberanos de Sobrarbe mencionados por las crónicas; pues al abdicar este la corona en su hermano Sancho García (Año 905) ya su reino aparecía refundido en el de Navarra, considerablemente aumentado por la incorporación del condado aragonés, verificada á la muerte del conde Fortun Jimenez, por virtud del casamiento de la hija y heredera de éste Doña Urraca con el soberano de aquel Estado García II.

Las dos poderosas piedras angulares que por entonces servían de base á la penosa reconstrucción del suntuoso edificio de la patria, eran los reinos de León y de Navarra; pues aunque los condados de Barcelona y de Castilla, gracias al potente esfuerzo de sus denodados habitantes, contribuían poderosamente á la salvadora obra de la Reconquista, rechazando victoriosamente las agresiones musulmanas y ensanchando de día en día los límites de sus respectivos territorios, la relativa independencia en que vivían no era ciertamente la más favorable para la rápida coronación del edificio en cuyo levantamiento trabajaba con inquebrantable fé y con inimitable ardor toda la España cristiana. Si los esfuerzos de todos los defensores de la patria y de la religion hubiesen obedecido á una sola voz, como obedecían á un solo pensamiento, bien puede asegurarse que la titánica lucha que por espacio de ocho siglos inundó de sangre nuestros campos, apenas hubiera contado algunos lustros de existencia. La miserable ambición de unos pocos sacrificó el patriotismo de la gran masa del pueblo cristiano, quien por tan largo espacio de tiempo vióse obligado á sufrir el cruel azote de la desastrosa guerra que en el sacrosanto altar de la patria inmoló tantos millares de inocentes víctimas.

Continuando nuestra penosa narración sin entrar en apreciaciones que de los mismos hechos se desprenden, cumple á nuestro deber manifestar que Sancho García, apellidado *Abarca*, conquistó á *Nágera* y *Tudela* extendiendo su territorio hasta los límites de Aragón. En la defensa de Pamplona destro-

zó completamente á los árabes; y aunque, unido con el rey de Leon, sufrió el lamentable desastre de Val-de-Junquera, bien pronto supo vengarlo en la señalada victoria obtenida en el Roncal, con la que salvó su reino, fuertemente amenazado por las destructoras huestes del valiente Abderrahman III.

Sancho II García, apellidado el *temblon* á consecuencia de la enfermedad nerviosa que padecía, sucedió á su padre en el trono de Navarra, (Año 970); y aliado con el conde de Castilla García Fernandez, luchó con varia fortuna contra los musulmanes; sin que lograrse evitar, no obstante sus poderosos esfuerzos, que la importante capital de su reino (Pamplona) cayese en poder del bravo moro Almanzor, quien por entonces amenazaba con pujante brio inutilizar por completo la obra de los denodados cristianos.

Fallecido este monarca el año 999, ocupó el trono su hijo Sancho III García, quien por la gran extension que dió á sus dominios y los altos hechos que en más de treinta años de glorioso mando realizara, mereció el epi-

teto de *El Grande y el Mayor*, con que la Historia le designa.

En este reinado tuvo lugar la sangrienta y gloriosísima batalla de *Calatañazor*, librada contra los moros por las huestes de Navarra y las del condado de Castilla, unidas á las de Leon; de cuyo notable hecho de armas hablaremos al tratar de la monarquía leonesa, en aquella época poderoso centro de operaciones militares contra los árabes.

Por esta misma época se verificó tambien la incorporacion del condado de Castilla al floreciente reino de Navarra.

Lamentables disensiones de familia, originadas por la ciega ambicion de mando, dieron lugar á que la gloria de Sancho *El Mayor* perdiese gran parte de su brillo, sacrificando á sus soldados en una estéril y antipatriótica lucha civil sostenida con el rey de Leon; y estas mismas causas motivaron en la época del fallecimiento de aquel soberano (Año 1035) la completa desmembracion de su reinado, dividido por sus hijos en cuatro partes, completamente independientes entre si.

Esta fatal separacion fué altamente perjudicial á las armas cristianas, que desde entonces más se esgrimieron en horribles contiendas intestinas, las cuales no quisiéramos ver registradas en los ensangrentados anales de nuestra heroica Historia nacional, que combatiendo contra el enemigo comun de la patria y de la religion.

Los raudales de sangre inútilmente vertida durante aquella larga série de fratricidas luchas, no dejaban á los estenuados ejércitos cristianos fuerzas ni tiempo suficientes á continuar sosteniendo la guerra contra los infieles, á quienes unicamente el soberano del reducido reino de Navarra, Sancho IV, causó algunas derrotas durante su glorioso reinado que floreció desde el año 1054 hasta el 1076. En esta última fecha fué este valiente monarca villana y traidoramente asesinado por un su hermano bastardo que le arrojó desde la cumbre del monte Peñalen. Con él pereció la independenciam de Navarra, cuyo reino quedó, en su mayor parte, incorporado al de Aragon.

Unidos Aragon y Navarra bajo el cetro

de Sancho Ramirez, desde el año 1080 al 1089 consiguió este monarca una larga y no interrumpida série de notables triunfos sobre los moros de Zaragoza y Huesca, á quienes tomó importantes poblaciones, hasta que en el sitio de la ciudad últimamente nombrada murió de un flechazo.

Su hijo Pedro I heredó la corona y mantuvo el asedio de Huesca hasta que despues de haber derrotado nuevamente á los reyes árabes de Zaragoza, Lérida, Tortosa y Dénia unidos, se apoderó en 1096 de aquella importante plaza, en la cual estableció la capital del doble reino de Aragon y Navarra.

Despues se internó hácia Zaragoza, y en 1101 conquistó á Barbastro, que habia vuelto á caer en poder de los musulmanes.

A los tres años de este último hecho falleció Pedro I dejando su reino, considerablemente aumentado á su hermano *El Batallador*, cuyos gloriosos hechos merecen le consagremos más adelante un capitulo aparte.

Mientras tanto el condado de Barcelona, regido por la familia Berenguer, habia realizado en 1090 la gloriosa conquista de Tar-

ragona y en 1148 y 49 habíase apoderado de Tortosa, Fraga y Lérida, arrancando además á los moros una no pequeña parte de sus dominios en Aragon.

!Cuánta sangre habian costado estas conquistas! ¡Qué de proezas se realizaron en ellas!



XVI

Reinos de Castilla y de Leon.—Horrible decadencia de la monarquía cristiana.—Nuevas luchas.—Nuevos triunfos.—Victoria de Calatañazor.—Almanzor.—El Gid.—Sangrientas victorias hasta la famosa batalla de Alarcos.

Ordoño III ocupó en 950 el trono de su heroico padre, viéndose obligado á reprimir enérgicamente una fuerte conspiracion de su hermano Sancho, rey de Navarra y de su suegro el conde de Castilla Fernan Gonzalez, confabulados para arrancarle la corona. Despues de deshacer esta maquiavélica conjuracion se internó en Portugal, y en 954 llegó hasta apoderarse de Lisboa.

Recónciliado despues con su citado suegro, batieron juntos al poderoso Abderrahman III que habia invadido la Castilla y que despues de vencido por los aliados cristianos, vióse obligado á ajustar paces con el monarca leonés.

ragona y en 1148 y 49 habíase apoderado de Tortosa, Fraga y Lérida, arrancando además á los moros una no pequeña parte de sus dominios en Aragon.

!Cuánta sangre habian costado estas conquistas! ¡Qué de proezas se realizaron en ellas!



XVI

Reinos de Castilla y de Leon.—Horrible decadencia de la monarquía cristiana.—Nuevas luchas.—Nuevos triunfos.—Victoria de Calatañazor.—Almanzor.—El Gid.—Sangrientas victorias hasta la famosa batalla de Alarcos.

Ordoño III ocupó en 950 el trono de su heroico padre, viéndose obligado á reprimir enérgicamente una fuerte conspiracion de su hermano Sancho, rey de Navarra y de su suegro el conde de Castilla Fernan Gonzalez, confabulados para arrancarle la corona. Despues de deshacer esta maquiavélica conjuracion se internó en Portugal, y en 954 llegó hasta apoderarse de Lisboa.

Recónciliado despues con su citado suegro, batieron juntos al poderoso Abderrahman III que habia invadido la Castilla y que despues de vencido por los aliados cristianos, vióse obligado á ajustar paces con el monarca leonés.

Muerto éste el año 955, sangrientas guerras civiles, promovidas por la miserable y criminal ambición de los diversos miembros de la familia real, enrojecieron el suelo cristiano dando lugar á que el indómito guerrero Almanzor, primer ministro del afeminado Hixem II, y en realidad el verdadero Emir del entonces poderoso imperio cordobés, llevase á cabo devastadoras incursiones que redujeron al último extremo de su fatal y horrible decadencia al en otro tiempo floreciente reino de Leon.

Corria el año 994 cuando el atribulado monarca leonés Bermudo II, apellidado el *Gotoso* á causa de la enfermedad que padecía, habíase visto obligado á refugiarse en Oviedo, huyendo del atrevido caudillo musulman, quien deseando asestar el último golpe á la moribunda monarquía cristiana, plantó sus reales sobre Leon. Esta fuerte plaza, mandada por el valiente conde Guillermo Gonzalez, resistió el sitio hasta el último extremo, realizando sus heroicos defensores las más increíbles proezas. El esforzado conde, después de hallarse gravemente herido y casi

moribundo ya, se hizo conducir á la brecha, donde después de un desesperado combate murió como bueno. Niños, mugeres, ancianos, cuantos sobrevivieron á los horrores del asedio, fueron allí mismo pasados á cuchillo por orden del inclemente Almanzor, dueño ya de toda aquella importante parte del territorio cristiano, el cual quedó sin un solo defensor; pues los pocos leoneses que pudieron escapar de tan desastrosa catástrofe buscaron su refugio en las inaccesibles rocas asturianas, como si los siglos hubieran pasado en vano y como si toda la sangre desde Pelayo hasta entonces derramada en el sacrosanto altar de la patria, hubiera sido infructuosamente vertida.

Desde aquella azarosa época hasta el año 999, en que murió Bermudo, todos los años al entrar la primavera, el ejército musulman pasaba las fronteras como un terremoto y destruía cuanto á su paso hallaba.

A la muerte de Bermudo heredó la corona su hijo Alfonso V, quien encontró su reino en el más lamentable estado y próximo á desaparecer ante los dobles estragos causa-

dos en él por las civiles contiendas y por los repetidos y notables triunfos de Almanzor.

No era por cierto más lisonjera la situación que en tan críticos momentos atravesaban los Estados cristianos de Navarra y Castilla, lo que obligó á los tres amenazados soberanos á deponer antiguas y lamentables rencillas en pró del interés comun que los ligaba. Conocieron al fin, aunque algo tarde por desgracia para los abatidos pueblos, que solo la más estrecha y cordial union podia salvarlos del general naufragio que les amenazaba; y Alfonso V al frente de los denodados asturianos, Sancho el Mayor á la cabeza de los heroicos Navarros, y Sancho García con los valientes castellanos, determinaron salir al encuentro del audaz Almanzor y batirlo, salvando asi los amenazados intereses de la cristiandad ó pereciendo en la demanda.

Reunidas todas las fuerzas se dirigieron hacia las fuentes del Duero, entre Soria y Coruña del Conde, no léjos de los ruinas de la inmortal Numancia, y en 6 de Agosto del año 1002, acamparon en *Kalat-al-Nossor* (Calatañazor). Al poco tiempo llegaron allí

los musulmanes; y avistados ambos ejércitos, empeñóse la lucha con sin igual furia por ambas partes. El historiador árabe dice que «los cristianos, con sus caballos cubiertos de hierro, peleaban como hambrientos lobos, y sus caudillos estaban siempre allí donde más arreciaba la pelea; que Almanzor revolvía acá y allá su fogoso corcel, que semejaba un hambriento leopardo, y que con su caballería andaluza se metía por entre los bizarros escuadrones de Castilla, fuertemente irritado al admirar la resistencia y *el bárbaro valor de los cristianos.*» Terrible fué el combate, mejor dicho, la carnicería, que solo cesó ya bien entrada la noche, cuando Almanzor, cubierto de heridas, vió que la mayor parte de su ejército y la flor de sus caudillos yacían por tierra. Entonces, protegido por las nocturnas sombras, abandonó el campo que fuera sepultura de sus glorias y tesoros, y repasó el Duero.

El dolor que le causara su inesperada y desastrosa derrota le llevó al sepulcro á los tres dias despuss de esta famosa batalla, ó sea el 9 de Agosto de 1002. Con él sucum-

bió la gloria del imperio musulmico; inaugurándose entónces una nueva y feliz era para la España cristiana.

Alfonso V recuperó inmediatamente la mayor parte de sus Estados; reedificó la antigua capital de su reino, destrozada por Almanzor; reunió en ella un Concilio en el que se establecieron *los buenos fueros de Leon*, y por último despues de muchas victorias pasó el Duero y asedió la plaza de Vico, en cuyo sitio murió de un flechazo el año 1027.

Su hijo Bermudo III heredó su valor, su constancia y sus virtudes; pero otra vez la ruin ambicion dió lugar á que Fernando de Castilla, y el rey de Navarra le declarasen la guerra que ocasionó su muerte, acaecida en el sangriento combate de Tamara, cerca de Carrion de los Condes, en el mes de Junio de 1037, donde sucumbió á los golpes de lanza que personalmente le asestaron aquellos dos soberanos.

El trágico fin de Bermudo no dejó de traer beneficiosas consecuencias; pues que inmediatamente el conde de Castilla, Fernando, se hizo proclamar rey de Leon; verificando

asi la union de las dos coronas y estendiendo de esta manera el principio de unidad nacional tan necesario al desenvolvimiento de la noble causa de la patria y de la religion.

Grandes mejoras introdujo en los reinos este soberano que principió por captarse el amor de sus pueblos y terminó por arrojar á los moros de todas las ciudades y castillos de la Lusitania y de Castilla la Nueva. El año 1060 hizo su tributario al rey moro de Toledo, y en 1062, en guerra contra el Emir, arrolló cuanto se le puso delante desde Estremadura hasta Sevilla. Dos años mas tarde penetró en la antigua *Celtiberia*, y en su atrevida escursion llegó hasta los mismos muros de Valencia, cuya importante plaza no cayó en su poder porque una penosa enfermedad le obligó á retirarse á Leon donde murió el 24 de Diciembre de 1065.

Bajo su vigoroso cetro, los reinos cristianos de Leon y de Castilla adquirieron gran preponderancia, y su fecundo reinado preparó la gloria de los siguientes. Con justicia, pues, llama la historia Fernando el *Magno*

al que fué uno de los mas gloriosos principes que la España cuenta.

Para que su gloria no fuese completa, este monarca poco ántes de su fallecimiento, sin duda por una fatal condescendencia á los ruegos de su esposa, ó tal vez cediendo á las exigencias de aquella época feudal, cometió la torpeza de disponer que á su muerte volvieran á separarse las dos coronas que tan felizmente habian ceñido sus cienes, y que sus Estados se dividieran en cinco partes, una para cada uno de sus hijos.

Como lógica é inevitable consecuencia de este funesto pensamiento vino despues la lucha civil que nuevamente enrojeció con sangre cristiana nuestros campos: ella retardó el definitivo triunfo de *la Cruz* sobre *la Media luna* y acarreó una porcion de desastres que terminaron el 6 de Octubre de 1072 con la muerte de Sancho II, villanamente asesinado por el traidor Bellido Delfos.

Entónces Alfonso VI fué por fortuna aclamado rey de Castilla y de Leon; y despues de prestar en manos del *Cid* el reiterado jura-

mento que la nobleza castellana le exigiera en el templo de Santa Gadea de Burgos, protestando ante el sacrosanto altar no haber tenido parte en el asesinato de D. Sancho, logró reconstruir nuevamente el reino unido que en mal hora dividiera su difunto padre.

Libre el nuevo monarca de desórdenes y luchas interiores, dedicóse con tenaz y decidido empeño á la reconquista del territorio ocupado por los árabes. Bajó los dilatados pliegues de su gloriosa bandera vinieron á agruparse muchos esforzados caudillos de Navarra, Aragon y Francia; y apoderándose con tan importante refuerzo de todo el país comprendido entre Talavera y Madrid, llegó al punto de sus miras, asentando sus reales sobre Toledo, la plaza mas fuerte que en España contaba el islamismo. Tras un largo y porfiado asedio, el 25 de Mayo de 1085 entraba Alfonso en esta capital, cuya importante conquista resonó en toda la cristiandad con entusiasta júbilo.

Desde entonces la gloriosa obra iniciada por Pelayo en Covadonga no retrocedió ni un

solo paso, por mas que llegasen para ella amargos dias de terrible prueba.

Aprovechando Alfonso el entusiasmo que en los cristianos produjera la reconquista de Toledo, invadió luego los dominios árabes en Córdoba y Sevilla, cuyo rey Alben-Abed, aterrado ante el imponente empuje de los defensores de la fé católica, llamó en su auxilio á los *Almoravides* de Africa. A pesar de este importante refuerzo fueron vencidos los árabes en Mérida y Badajoz.

Hízose al fin la paz y el rey Alfonso contrajo matrimonio con la hermosa *Zaida*, hija del monarca sevillano, la cual despues de abjurar la religion de sus mayores, sentóse en el trono de Castilla con el nombre de Isabel.

De este matrimonio nació el príncipe Sancho, que muy niño aún pereció en la sangrienta batalla de Uclés juntamente con su ayo el conde García Cabrera y seis caballeros mas que le custodiaban. Allí sucumbió tambien á manos de los feroces *Almoravides*, una gran parte de la nobleza castellana; mas no por eso se extinguió el belicoso ar-

dor del valiente Alfonso, quien por el contrario, haciéndose superior á sus años y dolencias, aún conservó espíritu bastante para emprender una nueva y gloriosa campaña contra los infieles, al fin de la cual bajó al sepulcro en 1109.

Durante esta brillante época de nuestra incomparable Historia floreció un esforzado caballero, cuyos relevantes hechos constituyen una rica página del imperecedero libro de las glorias españolas. Rodrigo Diaz de Vivar, llamado por los árabes *El Cid Campeador*, fué sin duda alguna el mas acabado tipo del cumplido caballero y denodado caudillo de la Edad Media. Sobresaliendo entre todos los valientes guerreros cristianos de Aragon, Leon y Castilla, conquistó á Calahorra; dió á Sancho II el triunfo en la célebre batalla de Golpejar, y exigió á Alfonso VI el famoso juramento de Santa Gadea que mas tarde motivó su destierro de la corte: en constante lucha con los árabes y á pesar de su justo resentimiento con el rey de Leon y Castilla, y de su enemistad con el de Aragon como campeón de los hijos de Sancho

Peñalen, y con el conde de Barcelona Ramon Berenguer por ser fratricida, llegó en 1094 a conquistar á Valencia, que gobernó durante el resto de su vida, resistiendo denodadamente los furiosos ataques de sus enemigos, que solo pudieron recobrarla tres años despues de su muerte, acaecida en 1099.

Heredada la corona castellana por Doña Urraca, hija del conquistador de Toledo, aquella señora, por desgracia no muy severa en sus costumbres y casada sin ningun cariño, y solo por razon de Estado, con Alfonso El Batallador, reinó desde el año 1109 al 1126, sin que en su reinado, agitado por incasantes y sangrientas turbulencias, tuviese lugar otro hecho notable que el apretado cerco puesto por los árabes en 1110 á la referida plaza de Toledo que salvó heroicamente su esforzado gobernador Alvar Yañez, quien rechazó á los moros con notables pérdidas.

Muerta Doña Urraca ocupó el trono su hijo Alfonso VII quien con su talento y dulzura calmó en el reino la efervescencia que de-

jara su madre, y se preparó á hacer á los infieles una guerra sin tregua ni cuartel.

Era el año 1138 y amenazaban los moros acabar de una vez con los reinos cristianos. Alfonso reúne entonces las milicias de Segovia, Avila, Osma, Salamanca Zamora, y ciudad Rodrigo, al frente de las cuales penetra á sangre y fuego en la poética region andaluza regida por los hijos del Profeta.

Durante los años de 1139 42 y 43 realizó sangrientas y afortunadas expediciones que le condujeron á las puertas de Córdoba, Carmona y Sevilla.

En 1147 Alfonso, ya emperador, enarboló el estandarte de la *guerra santa*, y seguido de un fuerte y numeroso ejército marchó contra Almeria, madriguera de piratas que infectaba el Mediterráneo. A los dos meses de sitio se apoderó de esta plaza, y en 1156 tomó posesion de varias poblaciones de Sierra Morena. Al siguiente año se colmó de laureles en el puente de Almuradiel, y poco tiempo despues murió de una fiebre violenta, á los diez y nueve años de continuos combates y señalados triunfos.

Sancho III le sucedió en el trono (año 1158) y llevó muy poco tiempo el cetro de Castilla.

Vinieron nuevas turbulencias interiores que terminaron felizmente con la menor edad de Alfonso VII y la toma de Cuenca verificada en 1177. El VII Alfonso demostró entonces á sus pueblos que no desmerecía del elevado renombre de sus antecesores. Topos los años pisaba las fronteras musulmanes con la fiebre del leon hambriento, llegando en alas de sus triunfos hasta las mismas playas del Atlántico. En 1184, ardiendo en férvido entusiasmo llevado hasta la exageracion, escribió desde Algeciras al emperador Yacub una arrogante carta de desafio. Enfurecido el moro convocó á todas las triquis del Magrel y desembarcando en Algeciras, sediento de sangre y de venganza, se dirigió contra su retador.

Ambas huestes se encontraron en los campos de Alarcos el 19 de Julio de 1195, donde se libró la mas horrorosa batalla que hasta entonces habia tenido lugar durante la prolongada y sangrienta lucha de la Reconquista. Las fuerzas cristianas eran muy superio-

res en número á las de su feroz adversario, y el rey de Castilla, valiente hasta la temeridad, cometió la gravísima falta de no aguardar la llegada de importantes refuerzos que de Leon, Aragon y Navarra esperaba; provocando el desigual combate contra el parecer de sus mas entendidos capitanes. Al principio el heróico valor de los cristianos inclinó de su parte la victoria y llegó á romper en varios puntos la linea enemiga; pero apoyada y reforzada ésta por numerosas fuerzas de refresco, contra ellas se estrellaron todos los poderosos esfuerzos de los valientes soldados de Alfonso. Horrible fué la matanza, espantosa la carniceria. Las Ordenes militares, combatiendo en primera linea, perdieron casi toda su gente, y 20,000 castellanos quedaron exánimes en aquel extenso campo de batalla convertido en un lago de sangre. Alfonso con las reliquias de su destrozado ejército se retiró á Toledo lamentando su fogosa imprevision y sintiendo en su atribulada conciencia el peso abrumador de tantas víctimas inmoladas en defensa de la mas justa de todas las causas.

ALERE FLANMAM  
VERITATIS

CAPITULO XVII

Engrandecimiento de Aragon y Cataluña.—Decadencia de Navarra.—Emancipacion de Portugal.

En 1104 tomó posesion del trono de Aragon y Navarra el célebre Alfonso I, quien por sus brillantes campañas mereció el epíteto de *el Batallador*.

Desavenido este con su esposa Doña Urraca, heredera del trono de Castilla, vióse obligado á sostener guerra con los castellanos partidarios de su reina, y con los gallegos que lo eran del niño Alfonso, hijo de Doña Urraca, hasta que divorciado en 1114 regresó á sus Estados de Aragon para continuar la lucha contra los moros.

Abandonando entonces la region montañesa de Aragon que constituyera su pequeño reino, se dirigió á Zaragoza, cuya importante plaza conquistó en 1118, despues de

ocho meses de rigoroso asedio y de vencer delante de sus fuertes muros á los *Almoravides* que acudieron en auxilio de la sitiada ciudad. Establecida en ella por *el Batallador* la capital de su reino, persiguió tenazmente á los árabes en su retirada hasta cerca de Valencia; apoderándose de Tarazona, Borja, Calatayud, Mequinenza y casi todo el territorio que hoy lleva el nombre de Aragon. Reunidos contra él todos los dispersos moros de Aragon, Cataluña y Valencia le derrotaron en el sitio de Fraga, donde se supone murió (Año 1134.)

Su fallecimiento sin sucesion directa promovió la guerra civil, alentada y sostenida por los diversos pretendientes á la corona, y dió lugar á que aprovechándose de tan lamentables discordias el antiguo reino de Navarra enarbolase la bandera de la independencia, llegando á emanciparse de Aragon del cual habia dependido con gloria durante el largo espacio de cincuenta y ocho años, transcurridos desde la muerte de Sancho Peñalen. ¡Fatal destino el de todos aquellos heroicos pueblos de la *Reconquista*, que en el crítico

período reconstituyente que atravesaban, envueltos en incesante lucha contra los infieles, á la muerte de cada monarca habian de ver comprometidos sus más altos intereses en fratricidas contiendas que una criminal ambicion fomentaba y que mermando las filas de los defensores de sus derechos, tendian al fraccionamiento de sus dominios, cuando tan necesarias eran la comun fraternidad y la más estrecha y cordial union!

Casi al mismo tiempo que tales hechos se realizaban, tenía lugar la completa independencia del condado de Portugal, cuya separacion del reino de Castilla tuvo su origen en la célebre batalla de *Ouirique*, ganada en 1139 por los portugueses á los moros. Fué tal la gloria en este brillante hecho de armas alcanzada por el valiente caudillo portugués Alfonso Enriquez, que sobre el mismo campo de batalla fué por sus heroicas tropas proclamado rey; proclamacion que en 1145 sancionaron solemnemente las Córtes de Lamego, dictando además varias leyes para la gobernacion de la naciente monarquia portuguesa como reino independiente.

Esta separacion, lo mismo que la de Navarra y otras que en diferentes épocas de nuestra historia se realizaron, debemos condenarlas, porque eran hasta cierto punto ilógicas entre pueblos que tenian las mismas gloriosas tradiciones, las mismas necesidades y los mismos intereses de nacionalidad, y porque además tales disgregaciones solo aprovechaban al enemigo comun á quien prestaban poderosas armas; pero ellas demuestran el puro y noble sentimiento de la independencia llevado hasta la exageracion por los españoles de todas las edades; sentimiento que como muy sabiamente dice un profundo y concienzudo historiador *es noble hasta en sus extravíos*, bajo cuyo punto de vista merece nuestro aplauso, como seguramente merecerá el de todos aquellos hombres imparciales que sepan hacer la merecida justicia á las heroicas virtudes de los pueblos que no dudaron en sacrificarse rechazando con enérgica fiereza toda extraña dominacion.

Proclamado rey de Aragon Ramiro II *el Monje*, conocido por este nombre por ser Abad de Sahagun, obtuvo dispensa del Papa

para contraer matrimonio con Doña Inés de Poitiers, de quien tuvo una hija llamada Petronila, en la cual abdicó la corona el año 1137, retirándose nuevamente al claustro donde murió diez años más tarde.

Dos años escasos contaba la Doña Petronila cuando su padre abdicó en ella el cetro aragonés y estipuló su matrimonio con el conde de Barcelona Ramon Berenguer IV; acertado enlace que preparó la union de ambos Estados, verificada en 1162 á la muerte del Berenguer y abdicacion de Doña Petronila en favor de su hijo, Alfonso II *el Casto*.

Una vez en el trono este noble soberano de Aragon y Cataluña, tuvo la feliz ocurrencia de ajustar paces con el rey de Navarra Sancho *el Sabio*; y dedicando todas sus fuerzas y recursos á combatir á los árabes, les conquistó en 1171 la ciudad de Teruel y obligó al rey moro de Valencia á aumentar el tributo que le pagaba. Lamentables causas, completamente ajenas á su voluntad, dieron lugar al rompimiento de la tregua por parte del navarro, de quien rechazó una fuerte invasion, obligándole á hacer nuevas paces. En

1177, auxiliando al rey de Castilla en el asedio de Cuenca, obtuvo señalados triunfos y libró á su reino del feudo que al castellano satisfacía.

Muerto Alfonso en 1186 pasó la corona á su hijo Pedro II, cuyos cinco primeros años de reinado fueron sumamente agitados por las graves diferencias que tuviera con su madre á quien apoyaban algunos cortesanos.

Entre tanto el reino de Navarra regido por Sancho VI, hijo y sucesor de García Ramirez IV, habia progresado notablemente, conquistándose su rey los merecidos títulos de *el Sabio* y *el Valiente* que, justificó hasta su muerte, acaecida en 1194.

Desgraciadamente su hijo Sancho VII, apellidado *el Fuerte* y *el Retraido*, no siguió el saludable ejemplo de su padre; sino que por el contrario, con sus continuas guerras al rey de Aragon y su estúpida marcha al Africa, verificada en 1199 con objeto al parecer, de enlazarse con una hija del rey de Marruecos, dió lugar á la desmembracion de su territorio, perdiendo la Guipúzcoa y Alava de que se apoderó el rey de Castilla.

¡Qué triste es el contemplar cómo pueblos valientes, hasta el heroísmo, sufridos hasta la resignación, pagan injustamente las faltas cometidas por sus imbéciles é indignos gobernantes!

Mientras la heroica Navarra decaía tanto que se hallaba á punto de perecer por completo, el naciente reino de Portugal, no obstante su aislamiento y sus lamentables diferencias con Castilla y con el Pontífice, conseguía bajo el paternal cetro de Alfonso I arrancar á los moros el dominio de las importantes plazas de Lisboa y Santaren; consolidándose fuerte y poderosamente y engrandeciéndose su territorio á costa de los árabes durante el reinado de Sancho I (*el padre de la patria*) que en 1185 heredó la corona de aquel, ciñendo con ella sus sienas hasta el año 1211 en que justamente llorado por sus pueblos bajó al sepulcro.

Con semejantes soberanos los pueblos que nacieron grandes, crecen, se desarrollan y se hacen dignos del respeto y admiración de los demás.

#### CAPITULO XVIII.

Gran cruzada cristiana.—Triunfo de Las Navas de Tolosa.—Conquista de Baeza, Córdoba, Jaen, Sevilla, Jerez, provincia de Cádiz, Baleares y Valencia.—Decadencia musulmana.

Impaciente Alfonso por vengar la sensible derrota de Alarcos, ordenó en 1210 á los esforzados caballeros de Calatrava que entrasen a sangre y fuego por los dominios moros de Jaen, Baeza y Andújar. A la primavera siguiente, su hijo Fernando, con mayor número de aguerridas tropas repitió aquellas sangrientas expediciones que introdujeron el espanto y la confusión en el campo agáreno. Mientras tanto el mismo rey cristiano, puesto al frente de las veteranas milicias de Castilla la Nueva, destruía é incendiaba una gran parte del reino de Murcia.

Determina entonces el almohade hacer un prodigioso esfuerzo para derrocar de una vez

¡Qué triste es el contemplar cómo pueblos valientes, hasta el heroísmo, sufridos hasta la resignación, pagan injustamente las faltas cometidas por sus imbéciles é indignos gobernantes!

Mientras la heroica Navarra decaía tanto que se hallaba á punto de perecer por completo, el naciente reino de Portugal, no obstante su aislamiento y sus lamentables diferencias con Castilla y con el Pontífice, conseguía bajo el paternal cetro de Alfonso I arrancar á los moros el dominio de las importantes plazas de Lisboa y Santaren; consolidándose fuerte y poderosamente y engrandeciéndose su territorio á costa de los árabes durante el reinado de Sancho I (*el padre de la patria*) que en 1185 heredó la corona de aquel, ciñendo con ella sus sienes hasta el año 1211 en que justamente llorado por sus pueblos bajó al sepulcro.

Con semejantes soberanos los pueblos que nacieron grandes, crecen, se desarrollan y se hacen dignos del respeto y admiración de los demás.

#### CAPITULO XVIII.

Gran cruzada cristiana.—Triunfo de Las Navas de Tolosa.—Conquista de Baeza, Córdoba, Jaen, Sevilla, Jerez, provincia de Cádiz, Baleares y Valencia.—Decadencia musulmana.

Impaciente Alfonso por vengar la sensible derrota de Alarcos, ordenó en 1210 á los esforzados caballeros de Calatrava que entrasen a sangre y fuego por los dominios moros de Jaen, Baeza y Andújar. A la primavera siguiente, su hijo Fernando, con mayor número de aguerridas tropas repitió aquellas sangrientas expediciones que introdujeron el espanto y la confusión en el campo agáreno. Mientras tanto el mismo rey cristiano, puesto al frente de las veteranas milicias de Castilla la Nueva, destruía é incendiaba una gran parte del reino de Murcia.

Determina entonces el almohade hacer un prodigioso esfuerzo para derrocar de una vez

á su terrible adversario; y predicando *la guerra santa* conmueve al Africa entera. Los moradores de Mequinez, de Fez y de Marruecos, los pastores de Sahara, los dispersos habitantes de las risueñas orillas del Moluca y de las inmensas llanuras de la Etiopia, todos en confuso tropel acuden á cobijarse bajo las banderas de Aben-Jacob, quien con tan poderosos refuerzos, unidos á las tribus berberiscas y á los voluntarios que habia ya en España, formó el ejército más numeroso que jamás pisara los floridos campos de la heroica Península ibérica.

A la cabeza de tan formidables legiones salió el mismo emperador de Marruecos el día 15 de Febrero de 1211. Desembarcando en las arenosas playas de Tarifa se dirigió á Sevilla donde procedió á dividir su ejército en cinco grandes cuerpos, cuya operacion terminó el 1.º de Julio del referido año.

El 14 del mismo mes se puso en marcha, llegando hasta las inmediaciones de Salvatierra, cuya importante fortaleza sitió.

Al ver el Rey de Castilla la asoladora tormenta que amenazaba descargar sobre sus

abatidos pueblos, hace tambien un supremo llamamiento á la atribulada cristiandad. A su elocuente voz derrama el Papa el tesoro de sus indulgencias en favor de los que acudiesen á la lucha contra los infieles. Hallan estos ecos profunda resonancia en todos los ámbitos del mundo cristiano, y los reyes de Italia, Francia y Alemania envian poderosos auxilios que pasando los Pirineos llegan á Toledo el 27 de Mayo de 1212. A los pocos dias Alfonso y Pedro II de Aragon, que se habian reunido en Cuenca, salen á campaña al frente de todos los hombres útiles para tomar las armas, definitivamente resueltos á morir ó vencer (21 de Junio.)

Al tercer día de marcha llegaron los *crúzados* á Malagon, pueblo distante catorce leguas de Toledo y que se hallaba ocupado por los musulmanes, quienes se retiraron á una eminencia fortificada, donde atacados y vencidos por los cristianos fueron todos pasados á cuchillo.

Tomada por asalto Calatrava, los extranjeros auxiliares pretestaron en esta plaza no poder resistir los fortisimos calores de la es-

tacion, y abandonaron cobardemente la campaña, retirándose camino de Francia.

Poco importaba esta miserable defeccion cuando los invencibles hijos de la heroica patria del Cid y de Pelayo se bastaban á sí propios para llevar adelante su atrevida y noble empresa, y cuando D. Sancho de Navarra, oyendo la elocuente voz del patriotismo, habia llegado á Alarcos al frente de la esforzada y valiente nobleza de su reino y de algunos aguerridos batallones, formados por lo más florido de sus indómitos montañeses.

Reunidos los tres soberanos se dirigieron á Salvatierra, que habia caido en poder de los agarenos; y cuando el dia 12 de Julio llegó el ejército cristiano al puerto de Almuradiel, ya este se hallaba ocupado por numerosas fuerzas de las huestes de Aben-Jacob, quien tenia sentados sus reales en Baeza y cerrados los desfiladeros de Sierra-Morena.

Grandes contrariedades se oponian á la marcha de los heroicos defensores de la fé católica; pero éstos, que no se hallaban resueltos á ceder ante ningun género de obs-

táculos, decidieron seguirla á todo trance, aunque tuvieran que pasar por encima de sus enemigos, fuertemente atrincherados en aquellas inaccesibles montañas.

Afortunadamente se presentó entonces en los reales de Alfonso un pobre pastor ofreciéndose á conducir el ejército por una trocha, de él únicamente conocida, hasta llevarlo á la cumbre de la cordillera. Aceptada su oferta, la cumplió maravillosamente: los *cruzados*, conducidos por tan experto guía, llegaron á un hermoso llano capaz de contener á todo su ejército, y donde la naturaleza y el arte habian agotado todos los recursos para disponer un incomparable campo de batalla. Esta inmensa planicie era la de *Las Navas de Tolosa*, en la cual el 14 de Julio plantó sus tiendas el ejército cristiano, con indecible sorpresa de los moros que jamás pudieran esperar allí: Aquel mismo dia presentó el Emir la batalla; pero necesitando los confederados reponerse de sus pasadas fatigas, esquivaron el choque hasta el 16; en cuyo memorable dia se dispusieron á luchar con su acostumbrado júbilo y entusiasmo.

Terrible, desastrosa, incomparablemente encarnizada fué aquella sangrienta batalla en la cual árabes y cristianos jugaban el todo por el todo; como que de su resultado dependía el triunfo de la cristiandad entera ó el de los sectarios de Mahoma, el predominio, quizá universal, de una ú otra creencia religiosa. Todos lucharon con feroz encarnizamiento, todos con heroísmo insuperable: los tres soberanos católicos y el mismo Emir Aben-Jacob realizaron personalmente grandes prodigios de temerario valor. Cuando estaban engolfados en lo más récio de la pelea; cuando el polvo y la sangre cubria á los combatientes de ambos ejércitos, llegó un momento supremo en que los caudillos andaluces y sus denodadas tropas, no pudiendo resistir el desesperado empuje de los cristianos, volvieron bridas y salieron huyendo del combate. Entonces los *almohades*, árabes y demás tribus africanas, viendo que todo el peso de la batalla cargaba sobre ellos y que no habia fuerzas humanas, capaces de resistir á los defensores de la fé, principiaron a desordenarse y huir, convir-

tiéndose el combate en un degüello general de aquella inmensa morisma. Todavía la guardia negra del Emperador se mantenía firme, resistiendo con valor heroico las repetidas cargas de toda la caballería confederada; pero despues de inauditos esfuerzos, aquella muralla de picas, valiente hasta la temeridad, resignada hasta el sacrificio, fué deshecha por el rey de Navarra que introdujo la más espantosa matanza en sus compactas filas. Entonces el atribulado Mahomed vióse obligado á huir á rienda suelta, mientras que sus infelices soldados eran alcanzados y muertos por todas partes; 200,000 moros quedaron tendidos sobre aquellas lomas y barrancos, y 25,000 cristianos salvaron con su sangre generosa la independencia de su patria y la noble causa de la cristiandad, grandemente comprometida en aquella gloriosísima batalla.

Desde aquella memorable jornada, la guerra tomó un aspecto sumamente favorable á las armas cristianas, que pocos días despues conquistaron varias poblaciones importantes, obligando á los moros á retirarse, en com-

pleta dispersion, al centro de sus cada vez más reducidos y amenazados dominios.

Dos años despues de tan señalada victoria, que valió al rey castellano el sobrenombre de *el de las Navas* y que la iglesia conmemora con *el triunfo de la Santa Cruz*, Alfonso bajó al sepulcro dejando mortalmente herido el poder *almohade* (6 de Octubre 1214.)

Sin importancia para la patria los efimeros reinados de sus sucesores D. Enrique, Doña Berenguela y Alfonso IX, pasaremos á ocuparnos de la monarquia del célebre Fernando III, *el Santo*, quien en 1230 realizó la venturosa y definitiva union de Leon y Castilla.

Este brillante reinado lo inauguró Fernando haciendo tributario de su corona al rey moro de Valencia; llevando sus victoriosas armas á las estensas llanuras andaluzas, que assoló durante el largo espacio de diez años; conquistando á Baeza, Córdoba y Jaen; é imponiendo fuertes tributos á Granada y Murcia.

Dueño ya de casi todo lo más principal de

la antigua *Bética*, y apoyado por una escuadrilla improvisada en las costas vizcainas, al mando de Ramon Bonifaz, primer almirante que en Castilla hubo, se apoderó en 1248 de la importante plaza de Sevilla, á cuya sumision siguió la de todo el estenso territorio bañado por el Guadalquivir, calculándose en medio millon el número de los moros que tuvieron necesidad de abandonar sus hogares huyendo de las triunfantes armas de Castilla.

El incansable monarca cristiano empleó los dos años siguientes en la conquista de las importantes plazas de Jerez, Arcos, Medina Sidonia, Rota y San Lúcar, que arrebató á los moros despues de obstinados y sangrientos combates en que los heroicos defensores del catolicismo supieron colmarse de gloria y esplendor. Poseido de ardiente fé y con ilimitado entusiasmo concibió entonces el atrevido proyecto de pasar al Africa, para perseguir hasta en su misma cuna á los descendientes del intrépido Tarik. Cuando tan audaz empresa estaba á punto de realizarse, y ya el almirante Bonifaz habia alcanzado

una señalada victoria naval sobre la armada africana en el Estrecho, la fatal muerte de Fernando, ocurrida en la nueva corte de Sevilla el día 30 de Mayo de 1252, disipó la furiosa tempestad que amenazaba al Africa y puso fin á uno de los más gloriosos reinados de la Edad Media, en el cual concluye el primer periodo de la noble y patriótica obra nacional comenzada por Pelayo cinco siglos antes.

Al brillante resultado obtenido sobre los moros en aquellos cincuenta años contribuyó poderosamente el valiente rey de Aragon y Cataluña D. Jaime *el Conquistador*, que en 1228 arrancó á los árabes el dominio de las islas Baleares, y diez años más tarde el de Valencia y todos los pueblos de la ribera del Júcar; mientras que el soberano de Navarra Teobaldo I, pasaba á Tierra Santa, tomando parte en la Santa Cruzada, y á su regreso introducía en su Estado útiles reformas que ayudaban al desarrollo y felicidad de su pueblo.

Toda la España católica habia luchado con tanto ardor y entusiasta fé, que á mediados

del siglo XIII los dominios musulmanes que un dia se extendieron por toda la Peninsula ibérica, quedaban reducidos á los pequeños-reinos de Granada y Murcia, y aún éstos rendian homenaje á los reyes cristianos.

Tan grandiosos y sorprendentes resultados solo se pueden obtener por aquellos esforzados pueblos que saben luchar hasta conseguir la victoria ó morir en defensa de sus sagrados derechos.

CAPITULO XIX

Castilla: Alfonso el Sabio.—Sancho el Bravo.—Guzman El Bueno.—Fernando el Emplazado.—Alfonso XI.—Batalla del Salado.—Aragon: Pedro el Grande.—Expedicion á Oriente.—Roger de Flor y Berenguer de Entenza.—Conquistas de Sicilia y Cerdeña.—Victorias en Grecia y Turquía.—Jaimel el Justiciero.

A Fernando III *el Santo* sucedió en el trono su hijo Alfonso X, apellidado *el Sabio* por sus grandes conocimientos, por cierto muy superiores á su época. Entre las notables obras que su fecundo talento legó á la posteridad merecen especial mencion "Las Tablas Astronómicas," llamadas *Alfonsinas*, "Las Querellas" y el famoso "Código de las Siete Partidas," ancha base sobre la cual descansa nuestra moderna legislacion. A él se atribuye tambien la fundacion del idioma castellano, ó romance, que por disposicion suya llegó á establecerse en 1260, sustituyendo

yendo al latin en todos los documentos públicos.

Bajo el punto de vista del engrandecimiento nacional por medio de la gloria de las armas, no fué, por desgracia, este reinado tan fecundo como fuera de desear; pues en los treinta años que duró no llegó á producir ningun acontecimiento notable. Por el contrario, la desastrosa guerra civil, alimentada y sostenida por el infante D. Sancho, hizo correr inútilmente mucha sangre fratricida y disminuyó en parte el elevado prestigio del reino castellano.

Muerto el rey en 1284, despues de su primogénito D. Fernando *de la Cerda*, que falleció en 1275, ocupó el trono su segundo hijo Sancho IV. Coronado éste el dia 30 de Abril de 1284, aunque no fué un gran rey ocupó con dignidad el sόlio de Castilla, toda vez que su indomable valor, universalmente reconocido, le conquistó los honoríficos renombres de *El Fuerte* y *el Bravo*.

Apenas sentado en el trono marchó contra el rey de Marruecos, cuya armada destrozó en las costas africanas.

Las pretensiones que á la corona tenían sus primos los hijos del difunto D. Fernando *de la Cerda*, fuertemente apoyados por una gran porción de aquella turbulenta nobleza mal avenida siempre con todos los poderes que intentaban dominar su insensato orgullo, sublevaron en contra de Sancho la mayor parte de su reino; pero tan formidable rebelion fué inmediatamente reprimida por el rey, quien poco despues (en 1292) acometió nuevamente á los sarracenos, conquistó á Tarifa y realizó una gloriosa expedicion á Tánger.

Durante este reinado tuvo lugar uno de esos episodios, horriblemente sublimes, en que tanto abunda nuestra noble historia, y que por sí solas bastan á demostrar hasta dónde llegan la lealtad y heroismo que se anidan en los esforzados pechos españoles; nos referimos al incomparable y cruento sacrificio que en el sacrosanto altar de la patria se impuso á sí mismo el inmortal Guzman *el Bueno*; sacrificio justamente grabado con caracteres indelebles en el inmortal libro de la fama, y que ni el trascurso de los

siglos ni la ingratitude de los hombres han sido, ni serán jamás, suficientes á borrar de la memoria de todas las generaciones.

Sucedió que el infante D. Juan, hermano menor de Sancho IV, se sublevó contra éste queriendo sostener la posesion de Sevilla y Badajoz que en mal hora su padre Alfonso *el Sabio* le dejara, cuyo legado fué muy oportuna y sabiamente anulado por las Cortes. El rebelde D. Juan fué vencido y puesto en prision en la que permaneció cuatro años; pero logrando fugarse marchó á Marruecos, donde ultrajando á su patria y pisoteando la fé de sus juramentos religiosos el ambicioso infante pidió al emperador marroqui auxilio contra su propio hermano y rey. Concedido que le fué y puesto al frente de numerosas fuerzas agarenas, sitió á Tarifa cuya fortaleza mandaba el valiente Alonso Perez de Guzman.

Rechazado enérgicamente en varios ataques, el rebelde y pertinaz D. Juan adquirió la plena seguridad de que mientras alentara el bizarro gobernador cristiano era materialmente imposible conseguir la toma de la co-

diciada plaza. Como único medio de intimidar á Guzman se valió del infame ardid de apoderarse de un hijo de aquel, niño de corta edad, manifestando entonces á su atribulado padre que si no le rendía la fortaleza, allí mismo, en su presencia, asesinaría á la infeliz criatura. Augustosa, terrible era la situación del afligido padre, teniendo que luchar con los naturales instintos de su corazón, herido en su más delicada fibra; pero anteponiendo á todo otro sentimiento el de la patria, y ensordeciendo á todo grito que no fuera el de su delicado deber como gobernador de la asediada fortaleza, aceptó el sacrificio antes que sucumbir á la vil traición que el sanguinario infante le propusiera. El patrio venció al padre, quien transfigurado por el patriotismo y vomitando por entre sus marchitos lábios una lluvia de ardiente lava, se asomó á la muralla, y con acento firme y arrogante cuanto amargo, dirigió al infame D. Juan estas elocuentísimas palabras: «No tengo más que un hijo, si tuviera más á todos los sacrificaría gustoso por mi religion y por mi patria; así, ¡bárbaro D. Juan! Si en

ese campo falta cuchilla para inmolarse la inocente víctima, ahí va mi acero!... Y desnudando su espada se la arrojó desde el muro, en cuya cúspide presencié con espartana firmeza el horrible asesinato de su hijo, inmediatamente despedazado por aquella insaciable fiera.

.....  
No hay plumas ni pinceles suficientes á describir con sus naturales colores una acción que cual esta traspasa los umbrales del heroísmo y de la abnegación. Ella valió á Guzman el apellido de *el Bueno*, y resonando en España y en Marruecos, quitó á los musulmanes y al traidor y sanguinario infante el deseo de repetir sus ataques contra una plaza que tan incomparable defensor contara.

Esto acontecía en 1294, en cuyo año el valiente D. Sancho corrió casi todo el reino de Granada, infundiendo el terror y el espanto en los musulmanes, conquistando á Quesada y Alcaudete y obligando á Muhamad IV á encerrarse despavorido en la capital.

El 26 de Abril de 1295 bajó al sepulcro es-

te esclarecido monarca que en los once años que duró su agitado y turbulento reinado supo desplegar las grandes condiciones que le adornaron en vida y que aún después de muerto le reconocieron hasta sus mismos enemigos.

Su hijo Fernando IV que le sucedió en el trono, vió su reinado devorado por la guerra civil que promovieron varios individuos de su familia apoyados por la nobleza; y cuando en 1312 falleció al espirar el término de treinta días que los hermanos Carvajales le señalaron de vida en el momento de ser injustamente arrojados por orden de aquel desde la Peña de Martos, (por esta razón se llama el *Emplazado*) no habia conseguido otros resultados contra los moros que la toma de Gibraltar, verificada en 1309, en cuyo heroico sitio murió el célebre Guzman *El Bueno*.

Muerto Fernando IV pasó la corona de Castilla á ornar las sienes de su hijo Alfonso XI, que contaba poco más de un año de edad cuando en 7 de Setiembre de 1312 fué proclamado rey. En los trece años que duró la

regencia sufrió el heroico y noble pueblo castellano toda clase de tribulaciones, originadas por la insaciable ambicion de los bandos que con feroz encarnizamiento se disputaban el poder; pero una vez declarada la mayor edad del rey, éste, si bien como hombre tuvo extravios amorosos altamente funestos á su reino, como capitán legó á su patria imperecederos recuerdos de inmarcesible gloria.

En 1329 salió á campaña, corrió y taló las tierras de la frontera granadina apoderándose de Teba y terminando su campaña por obligar al rey de Granada á declararse vasallo y tributario del de Castilla.

Por aquella época los Merinitas del Magreb habian alcanzado tan importante poderio que amenazaban renovar las sorprendentes maravillas de los Almoravides y de los Almohades. A principios del año 1333 Ad-delmelek, hijo del Emir Abul-Hasen, pasó á España al frente de 7,000 caballos y ocupó á Algeciras y Gibraltar, aumentando considerablemente su invasor ejército. El denodado Alfonso pudo únicamente reunir una peque-

ña hueste, con la cual derrotó á los moros en Lebrija, matándoles 15,000 hombres.

Furioso entonces el Emir predica la *guerra santa*, y en 1339 lleva á las aguas de Algeciras una escuadra de doscientas velas con numerosas tropas de desembarco. Castilla solo podia oponer á la imponente flota musulmana una pequeña armada, en tal mal estado de combate que casi quedaba reducida á la más absoluta impotencia; y aunque entre fuerzas tan desiguales la lucha era materialmente imposible, los cristianos se lanzaron con sin igual denuedo sobre sus feroces enemigos el dia 4 de Abril de 1340. Empeñóse con horrible encarnizamiento el desigual combate, y cuando casi todas las galeras castellanas habian sido echadas á pique, sepultando en las saladas aguas los destrozados cadáveres de sus heroicos defensores; todavía el bizarro Almirante Tenorio se sostenia haciendo frente á cuatro naves enemigas. Tres veces penetraron al abordage los africanos en la galera capitana y otras tantas fueron rechazados, hasta que por fin un Zeneta logró derribar al Almirante, que su-

cumbió heroicamente abrazado á la ensangrentada bandera de Castilla.

Alentados por este triunfo los musulmanes desembarcaron en nuestras costas un poderoso ejército compuesto de 600,000 hombres, al cual se unió en Algeciras el rey moro de Granada Yussuf con todas sus fuerzas disponibles. El dia 30 de Setiembre de 1340 emprendieron todas estas tropas el sitio de Tarifa.

En vista del inminente peligro que nuevamente amenazaba á toda la España cristiana, y á semejanza de lo acontecido en idénticos casos allá por los reinados de los Alfonsos V y VIII, se unieron los reyes de Castilla, Aragon y Portugal, y determinaron salir al encuentro del atrevido árabe. Los moros tenian de su parte la inmensa ventaja del número, cuando ménos cuatro veces mayor que el de los cristianos, pero estos tenian en su apoyo el irresistible fuego patrio que les animaba al considerar que de la derrota ó el triunfo pendian, no solo sus vidas, sino la futura suerte de su heroico pueblo, de su religion, de sus familias y de sus hogares.

Cuando una brillante pléyade de esforzados ciudadanos que luchan por tan altos intereses saben morir por ellos vendiendo caras sus preciosas vidas, no hay fuerza humana, por inconstable que parezca, suficiente á detenerlos en la pendiente del heroísmo y la abnegacion.

Así es que en 30 del siguiente Octubre se libró en las risueñas márgenes del *Salado* aquella importantísima batalla, comparable solo, por sus resultados morales y materiales, á la memorable de las *Navas* de Tolosa. Allí perecieron 200,000 defensores de la *media luna*, y entre los prisioneros figuraron Abu-Amer, hijo de Abul-Hassan y la mejor lanza de su ejército, un sobrino y la esposa del Emir, y muchos otros caudillos de importancia; allí consiguieron las armas cristianas tan decisiva victoria que ella cerró á los moros, para siempre, la entrada en la codiciada Península ibérica.

Al siguiente año (1341) D. Alfonso conquistó á los árabes granadinos las villas de Alcalá la Real, Priego, Benameji, Rute y otras varias fortalezas.

Después sitió á Algeciras, puerta tan funesta para España y que se defendió con obstinada energía durante el largo espacio de tres años. Rindióla al fin el 26 de Marzo, de 1344; y pasando á sitiar nuevamente á Gibraltar, resistió esta plaza un largo y rigoroso asedio. Cuando cansados ya los sitiados moros y sin esperanza alguna de salvacion, pedian capitular, se declaró en el campo cristiano la más asoladora peste que diezmando las filas del ejército sitiador, cambió el aspecto de las cosas. Víctima del contagio sucumbió el 26 de Marzo de 1350 el bizarro monarca que había conquistado en la historia uno de los más distinguidos puestos entre la admirable pléyade de los Alfonsos.

A su muerte las armas españolas eran objeto de la ferviente admiracion de todos los pueblos, que estupefactos contemplaban sus increíbles triunfos; el floreciente reino de Castilla habíase convertido en el terror de la atribulada morisma; y si por un momento apartamos de él la vista para dirigirla á la ya temible monarquía aragonesa, el mas indescriptible asombro se apoderará de nos-

otros al admirar las fabulosas hazañas realizadas durante el reinado de Pedro III, uno de los soberanos más célebres de aquella gloriosa época.

Sucesor de D. Jaime *el Conquistador*, cuyo trono ocupó en 1276, llegó por sus heroicos hechos á ser el monarca mas poderoso de Europa, y el árbitro de la cristiandad.

La sangrienta hecatombe verificada en Palermo el 30 de Marzo de 1282 á que dieron ocasion la horrible tiranía y punibles excesos de los franceses acaudillados por Carlos de Anjou, ofrece á Pedro III un razonable pretexto para la conquista del reino de Sicilia, la cual consiguió con increíble rapidez, persiguiendo al de Anjou hasta el otro lado del Estrecho. Esta conquista le enemistó con la Santa Sede y con la Francia; pero contra todos supo el valiente aragonés luchar y vencer heroicamente. El Papá Martin IV le excomulgó, y Felipe III el *Atrevido* invadió el Aragon á sangre y fuego con un fuerte y poderoso ejército; mas todo esto importaba nada á un corazon tan esforzado como el de Pedro el *Grande*: vencidos los

franceses por tierra y humillado el célebre marino Roger de Laura en un combate naval, el denodado monarca aragonés, que supo despreciar la fanfarrona excomunion del jefe

la Iglesia Católica, logró mantener la integridad de sus Estados, sosteniendo con vigorosa energía y no empañado brillo el lustre de su corona hasta el momento de su muerte, acaecida en 1285.

Mas tarde (en 1303) reinando D. Jaime II, las victoriosas armas catalanas y aragonesas fueron conducidas en triunfo por los bizarros caudillos Roger de Flor y Berenguer de Entenza al Oriente, donde auxiliando al emperador de Constantinopla, llevaron á cabo tan inauditas hazañas que casi sometieron á su dominio todo el imperio, conquistando una fabulosa cuanto merecida celebridad. En Frigia y en el monte Tauro realizaron los españoles increíbles proezas, por las cuales quedó el emperador griego tan altamente agradecido que confirió á Roger la alta dignidad de César, que casi le elevaba al nivel suyo. No le fueron en zaga las llevadas á cabo por el valeroso Berenguer; y cuando

ambos no tenían ya enemigos delante, se fueron juntos á invernar á Galípoli.

Emulando el asqueroso proceder en otro tiempo empleado por los romanos para deshacerse de Viriato, el infame Miguel Paleólogo urdió una miserable intriga que hizo caer en un festin la cabeza del heróico Roger mientras que un fuerte ejército de turcos, griegos y alanos se lanzaba repentinamente sobre los españoles que tranquilos y confiados descansaban en sus cuarteles de invierno.

Ante tan villano proceder, furioso como un leon sediento de sangre y de venganza, Berenguer, al frente de los suyos, se arroja al campo, y rechazando victoriosamente al enemigo llega en alas del triunfo hasta las mismas puertas de Constantinopla. En su atrevida y arrolladora marcha vence y deshace á una poderosa escuadra griega; pero como siempre la excesiva confianza fuera el patrimonio de los valientes, que en su noble corazon jamás pueden albergar la mas pequeña duda respecto á la lealtad de los demás, este denodado caudillo sucumbió vícti-

ma de una infame trama urdida por los pérfidos genoveses, quienes fingiéndose sus amigos le prendieron cuando mas tranquilo y confiado estaba, consiguiendo esta vil traicion lo que no habia podido lograr el multiplicado esfuerzo de 200,000 combatientes.

Mas no por esto sucumbió en aquellas apartadas regiones la causa española, cual los traidores se proponian. Aún se conservaba en pié la importante fortaleza de Galípoli, cuyos muros guardaba el esforzado Bernardo de Rocafort al frente de un reducido número de españoles que por su incomparable valor podian competir con el mas fuerte y denodado ejército. Encerrados en un círculo de hierro, privados de todo auxilio, teniendo en su contra todas las imponentes fuerzas de los dos vastos imperios griego y turco, llegaron entónces aquellos dignos sucesores de los héroes de Sagunto y de Numancia al punto mas culminante y fabuloso del valor sublime y de la resistencia incomparable: un dia acometieron tan furiosamente á la armada muchedumbre que les tenia cercados, que en muy pocas horas mataron hasta 6,000

de á caballo y 20,000 infantes. Al poco tiempo libraron otra importantísima batalla, en la cual derrotaron completamente á las haestes enemigas mandadas por el miserable asesino Paleólogo; y por último fueron tantas y tan notables las heroicas hazañas realizadas por aquel puñado de valientes, que llegaron éstos á hacerse tan temibles é infundir tal terror á los griegos, que al oír el solo nombre de *catalanes* huían despavoridos en el más espantoso desórden.

Doce años de ruda é incesante lucha (de 1302 á 1313) pusieron á los españoles en posesion de la mayor parte de la Grecia, haciéndoles dueños de toda la comarca de Atenas y de la Neopatria, que vinieron á unirse á la corona de Sicilia y mas tarde á la de Aragon.

Tal fué la famosa y memorable expedicion á Grecia y á Turquía, la más atrevida de aquellos heroicos tiempos. Con sobrada razon dice un historiador contemporáneo que: "dificilmente osaría gente de otra nacion emprender una excursion semejante, que nos recuerda la antigua de los 10,000, y que for-

ma uno de los más admirables episodios de la historia de dos pueblos tan afamados por el valor y el esfuerzo de sus naturales, el aragonés y el catalan.»

Algunos años despues (en 1324) reinando aún Jaime II *el Justiciero*, su hijo Alfonso engrandecia los dominios de su padre conquistando la isla de Cerdeña, tenazmente defendida por los *Pisanos*; y cuando en 1348 obtenia el reino, bajo el cetro de Pedro IV, la unidad territorial y política por que tanto habia luchado, los dominios aragoneses eran tan dilatados que constituian una nacion de las más importantes de la Europa y cuyo influjo pesaba extraordinariamente en todas las decisiones del mundo cristiano.

Este es el premio reservado siempre á los pueblos viriles que luchan con teson por su glorioso engrandecimiento.

CAPITULO XX

Castilla y Aragon.—D. Pero el Cruel.—D. Enrique El Bastardo.—D. Juan I.—Guerras con Portugal é Inglaterra.—Batalla de Aljubarrota.—Enrique el Doliente.—D. Juan II.—D. Fernando el de Anquera.—Enrique IV.—La Beltraneja.—Los reyes católicos.—Ultimas derrotas de los moros.—Conquista de Granada.—El Gran Capitan.—Gloriosas campañas de Italia.—Descubrimiento de América.—Fin de la Edad Media.

Muerto el héroe del Salado, su hijo Pedro I apellidado *el Cruel*, quizá con más pasión que justicia, heredó la corona de Castilla, cuando apenas contaba quince años de edad (1350.)

Dotado de un valor extraordinario y de grandes cualidades, en su noble corazón se albergaban los más puros sentimientos de honor y de justicia; pero su carácter duro en demasia y exacerbado desde la infancia con el pernicioso ejemplo que le daban las desavenencias de su familia, y por efecto de las

contrariedades con que tuvo que luchar durante toda su vida, fué la causa de que su reinado llegase á ser sumamente turbulento, y se distinguiese notablemente por los muchos crímenes horrendos durante él perpetrados; crímenes que explican, si no justifican plenamente, el epíteto de *Cruel* con que la historia le señala.

Agena por completo á nuestro propósito la ingrata é inútil tarea de narrar lamentables discordias civiles, á menos que lo imprescindible de la hilacion histórica nos obligue á ello, no estimamos del caso detenernos á detallar las peripecias por que atravesó este reinado, presa de horribles turbulencias que dieron lugar a que resultase estéril, y aun perjudicial para el país, el dominio de un hombre que en otra época y en diferentes circunstancias infaliblemente hubiera sido un gran rey.

Victima de la traicion más infame fué Pedro I vendido en los campos de Montiel (15 de Marzo de 1369) y asesinando vil y cobardemente en 27 del mismo mes por su hermano bastardo D. Enrique de Trastamara, je-

fe reconocido por la turbulenta nobleza del reino que solo medraba con la debilidad de los reyes, no pudiendo por consiguiente, sufrir el dominio de soberanos tan enérgicos como D. Pedro, que no toleraba imposición de nadie.

Por efecto de este horrible crimen pasó entonces la corona de los Alfonsos á ceñir las sienes de Enrique, un bastardo fratricida y usurpador al que Portugal é Inglaterra disputaron el cetro desde 1369 á 1374. Vencidos sus dos poderos rivales, se dedicó D. Enrique á arbitrar recursos con que arrojar á los moros de su último refugio; y cuando ya tenia ultimados los preparativos del plan que habia de conducirle al logro de resultado tan provechoso para la patria y para la cristiandad, le sorprendió la muerte, ocurrida en Mayo de 1379.

Su hijo D. Juan I tenia solo veinte y un años cuando fué llamado á reinar, y alegando pretendidos derechos al trono de Castilla D. Fernando de Portugal, aliado con los ingleses, le declaró la guerra: el belicoso y jóven rey castellano triunfó de los portugue-

ses, con la toma de Almeida y la señalada victoria que el Almirante Sanchez de Tovar alcanzó en Julio de 1381 sobre la armada enemiga.

Ajustadas las paces y casado el soberano de Castilla con Doña Beatriz, hija del portugués, quedó por entonces sofocada la guerra; pero fallecido en 1385 el monarca lusitano, su hijo D. Juan renovó las pretensiones y por consiguiente la lucha que dió lugar á la horrorosa batalla de Aljubarrota, librada el 14 de Agosto del referido año de 1385, en la cual españoles y portugueses lucharon como buenos, quedando la victoria y el campo por los segundos, y ocasionando la sensible enemistad de esos dos pueblos heroicos formados por la naturaleza para constituir un solo y poderoso Estado.

Continuando la lucha con alternado éxito entre una y otra parte, llegó al fin á terminar, cual ambos reinos deseaban, en 1388.

El año 1390 murió el rey D. Juan I, heredando el trono su hijo Enrique III *el Do-* *liente*, ser endeble y enfermizo cuyo funesto reinado sirvió únicamente para empobrecer

el país y debilitarlo en estériles contiendas, si bien en 1400 la escuadra castellana pasó el Estrecho y abordando á las costas africanas coronó su atrevida expedicion tomando á Tetuan y recogiendo un inmenso botin.

En 1406 falleció Enrique III legando la corona á su hijo D. Juan II, que como solo contaba dos años escasos de edad quedó bajo la tutela de su madre Doña Catalina y su tío D. Fernando, llamado despues *el de Antequera*, quien en la sangrienta batalla de la Rábita, librada en 6 de Mayo de 1410 venció á los moros matándoles 15,000 hombres. En 24 de Setiembre del mismo año conquistó el valiente D. Fernando la importante plaza de Antequera, cuyo glorioso hecho de armas fué el origen del sobrenombre con que la historia le señala y su más preciado título para ocupar el trono de Aragon, que en 1412 le fué otorgada en virtud del *Compromiso de Caspe*.

La temprana y lamentable muerte de D. Fernando *el de Antequera*, acaecida en 1416, á la que en breve siguió la de la reina madre, anticipó la funesta mayoría de D. Juan,

declarada por las Córtes cuando apenas éste contaba trece años. Entonces, en vez de gobernar por sí, comenzó el jóven rey á ser gobernado por D. Alvaro de Luna, quien gozó de una privanza que dió lugar á treinta años de lamentables desórdenes sin cuento y ocasionó una mezquina guerra de infamias y banderías que solo tuvo fin en 2 de Junio de 1453 cuando la cabeza del favorito Condestable rodaba en un patibulo. Al año despues (21 de Julio de 1454) falleció el monarca, cuyo reinado no registra mas hecho glorioso que la memorable batalla de la *Higuera*, librada en 1431 contra los moros que recibieron en ella un fuerte y ejemplar escarmiento.

Por muerte de Juan II pasó el trono de Castilla á ser regido por su hijo Enrique IV, cuyos punibles excesos y lamentables desaciertos dieron lugar á que su reinado fuese más turbulento aún que el de su padre; llegando durante él la nobleza al apogeo de su preponderancia sobre la autoridad real. Dominado Enrique, primero por su favorito el marqués de Villena, y despues por D. Bel-

trán de la Cueva, á quien colmó de honores é inmerecidas mercedes, convirtió á la Corte en teatro de los más escandalosos espectáculos, amenguando con ello el decoro de la corona y el prestigio del reino.

Divorciado de su primera mujer Doña Blanca de Navarra, contrajo segundo matrimonio con la infanta Doña Juana, hermana del rey de Portugal, cuya intimidación con Beltrán de la Cueva, traspasando los razonables límites, dió lugar á que la nobleza atribuyese á las estrechas relaciones que entre la reina y el favorito mediaban, el nacimiento de una niña que vió la luz en 1462; suposición que adquiría mayor autoridad en el impedimento físico del rey que sirviera de pretexto para el divorcio con Doña Blanca. Esto dió motivo á que la niña en cuestión fuese desde su nacimiento conocida por *la Beltraneja*, negándose la nobleza á reconocerla como inmediata sucesora al trono.

Por más que los guerreros de Enrique IV consiguieron algunos importantes triunfos sobre los moros llegando hasta los muros de Granada y apoderándose en 1462 de la im-

portante plaza de Gibraltar, los nobles, con razón esta vez, disgustados por el escandaloso procedimiento del monarca y sus favoritos, se declararon en abierta rebelión; haciéndose fuertes en Avila, donde en 1465 tuvo lugar la ceremonia de deponer al rey, despojando á su efigie de todas las insignias de su elevado cargo, declarándole inhábil para seguir ocupando el trono y proclamando en su lugar á su joven hermano D. Alfonso.

Estos hechos ocasionaron la guerra civil entre los nobles y el rey, dando lugar á la sangrienta batalla de Olmedo (1467) y á que los feraces campos de Castilla se enrojecieran nuevamente con sangre de hermanos, malgastada en estériles contiendas. Por fortuna para el país, que anhelaba la paz, murió en 1468 el príncipe Alfonso, á quien la nobleza apoyaba; y la infanta Isabel, dando grandes aunque tempranas muestras de su extraordinario talento se negó á aceptar la corona mientras viviese su hermano, con lo cual terminó la lucha prestándose el rey al reconocimiento de su referida hermana como sucesora al trono, desheredando á *la Beltraneja*.

Casada la infanta, contra la voluntad del rey, con Don Fernando, heredero del trono aragonés, cuyo matrimonio estaba llamado á realizar la venturosa y definitiva union de ambas coronas y á terminar la gloriosa obra de la reconstitucion de la patria y la unidad nacional, tuvo entónces Enrique un pretexto para revocar su anterior acuerdo, volviendo á la *Beltraneja* su pretendido derecho y buscando para sostenerlo el apoyo del rey de Portugal, á quien ofreció la mano de su hija. Pero muerto el monarca en 1474, fué proclamada reina la infanta Isabel y derrotado el portugués con los partidarios de la *Beltraneja* en la batalla de Toro (1479) donde triunfó D. Fernando esposo de la jóven soberana, que por virtud de este hecho quedó en completa posesion de su corona.

En el mismo año, 1479, tomó D. Fernando posesion del trono aragonés, por fallecimiento de su padre Juan II, quedando ya definitivamente unidas las dos coronas llamadas á recoger y consolidar todas las preciosas conquistas realizadas en España por el valor de los pueblos y el progreso de la civilizacion,

durante el largo y agitadoísimo trascurso de los guerreros siglos de la Edad Media; aumentando además de una manera fabulosa el riquísimo caudal de gloria y esplendor adquirido por tantas y tantas generaciones de héroes y mártires.

Con la renuncia de la *Beltraneja* á sus aspiraciones al trono de Castilla terminaron felizmente las diferencias con Portugal, diferencias que jamás debieron existir entre pueblos hermanos y que solo la criminal ambicion de soberanos indignos fomentara. Al mismo tiempo las Córtes de Toledo deslindaron en 1480 los respectivos derechos de Fernando é Isabel para el gobierno de los reinos que habian unido, organizando una especie de dualismo gubernamental que armonizando los más opuestos intereses en nada perjudicaba á la gloriosa unidad de gobierno, de territorio y de religion que se buscaba; pensamiento capital que sirvió de base á la monarquía eminentemente nacional fundada por aquellos esclarecidos soberanos que más tarde habian de apellidarse *los Católicos*.

Grandes eran los obstáculos que la desme-

dida ambicion de la inquieta nobleza por una parte, y el poder de los moros por otra, oponian á la completa realizacion del vasto plan de los régios consortes, pero éstos, con medidas hábiles y conciliadoras unas veces, y con disposiciones enérgicas las más, consiguieron poner coto á la destructora anarquía que devoraba al país, terminando de una vez con el total abatimiento de los árabes y dominando por completo la arbitraria jurisdiccion de los nobles que con sus fueros, privilegios, inmunidades y riquezas, habian hasta entónces mantenido á la Nacion constantemente agitada.

Desde un principio dedizáronse los reyes con tenaz empeño á realizar el bello ideal de la expulsion de los moros, iniciando desde luego la cruenta guerra cuyo primer hecho notable fué la toma de Zahara, verificada en 1º de Marzo de 1482.

Despues de inauditos esfuerzos realizados por cristianos y musulmanes y de haber corrido á torrentes la heróica sangre de unos y otros, consiguieron los primeros las importantes conquistas de Alhama, Loja, Málaga,

Baza, Almeria, Guadix, y, en una palabra, de casi todo el reino de Granada; llegando en 1491 hasta plantar el estandarte de la Gruz frente á los muros de la hermosa capital de Estado musulman, último aunque importante baluarte de los atribulados defensores de la *media luna*.

Emprendido entónces por las invencibles huestes de Fernando é Isabel el ataque á la casi inespugnable fortaleza, libráronse con indescriptible pujanza varios combates parciales, en los que los esforzados caballeros Gonzalo de Córdoba, Pulgar, Garcilaso y otros mil héroes que tan merecido renombre llegaron al fin á conquistar, realizaron las más fabulosas hazañas. Un terrible y devorador incendio destruyó el campamento cristiano, y entónces se procedió á levantar la ciudad que le sustituyó, denominada *Santa Fé*, como simbólica amenazaba de que el asedio no cesaria, por obstinada que fuese la resistencia, hasta conseguir la rendicion de la plaza. Con efecto, al cabo de nueve meses llegó el memorable dia 2 de Enero de 1492 en que capituló Granada, entrando en ella

los vencedores reyes cristianos que con tan gloriosa conquista pusieron fin á la dominacion musulmana en la Peninsula, despues de cerca de ocho siglos de gigantescas luchas, cuya primera etapa comenzó en el tremendo desastre del Guadalete, horrorosamente vengado con la expulsion de los intrépidos vencedores en aquella batalla inolvidable.

El mismo año dictaron los reyes su célebre *edicto contra los judíos*, obligando á éstos á renegar de su religion y bautizarse ó abandonar el pais; medida altamente impolítica, porque dió lugar á que más de dos millones de brazos sumamente útiles á la agricultura, á las artes y al comercio, emigrasen al Africa. Este decreto y el establecimiento del odioso tribunal de la Inquicicion son los dos únicos lunares que en parte deslucen el esplendor de la gloriosa monarquia de Fernando é Isabel; pero hay que hacer á estos soberanos la justicia de considerar que ambas medidas les fueron impuestas por la avasalladora corriente del intolerante espíritu de aquella época y constituyeron en concepto de aquel fanatizado pueblo el más elevado timbre de

los reyes que á ellos debieron el título de *Católicos*, otorgado por el Papa Inocencio VIII.

Aunque sumamente dilatado ya el floreciente reino unido de Castilla y Aragon, aún parecia reducido para contener en sus límites a inmarcesible gloria militar de sus esforzados campeones, llamados á influir poderosamente en los destinos de todos los pueblos del orbe; pero pronto asistiremos á nuevas guerras que harán universal la fama de los valientes soldados españoles.

Formada en 31 de Marzo de 1495 la *Santa Liga* entre España, Austria, Roma, Milan y Venecia, contra el ambicioso rey de Francia Carlos VIII, usurpador del reino de Nápoles, marchó á Italia el esforzado Gonzalo Fernandez de Córdoba, célebre caudillo que en las guerras de Portugal y Granada habia logrado conquistar un elevado y merecido renombre. Al frente de un reducido cuerpo de ejército, cuyo mando le confió la reina Isabel, llegó á Mesina el 24 de Mayo del referido año.

Comenzó Gonzalo sus operaciones de

campaña en la montañosa Calabria, y después de apoderarse de varias ciudades importantes tomó á Santa Agatha, y Seminara, haciéndose por último dueño de casi toda la Calabria, quedando únicamente bajo el mando de Carlos VIII las formidables plazas de Gaeta y Tarento, cuando las tropas españolas, llamadas por el Papa, corrieron á combatir á Ostia, de la cual se apoderaron en muy pocas horas, entrando triunfantes en Roma en los primeros días del mes de Octubre de 1496. Así terminó esta famosa expedición á Italia que colmó de gloria á los pocos españoles que en ella tomaron parte y que valió á Gonzalo el honroso apodo de *El Gran Capitan*.

Regresado éste á España se distinguió extraordinariamente á principios del año 1500 combatiendo contra los feroces moriscos de las Alpujarras, sublevados por efecto de la intolerable tiranía con ellos ejercida por los despóticos mandarines de aquella época.

Haciendose preciso el regreso del Gran Capitan á Italia, llegó su gloria al más incomparable colmo con las señaladas victorias de

Seminara y Ceriñola, la completa derrota de los franceses arrojados por él de toda la comarca italiana, y la total incorporacion del reino de Nápoles á la monarquía española, cuyo importantísimo hecho tuvo lugar en 1504.

Fabulosa prosperidad é incomparable predominio habia llegado á alcanzar el venturoso reino de los *Catolicos* monarcas, tanto por las importantes hazañas realizadas por sus guerreros, cuanto por el feliz descubrimiento de las Américas, realizado por el célebre Cristóbal Colon, protegido por la reina Isabel, en los años de 1492 y 96, por Américo Vespucio, siguiendo las huellas del marino genovés, en 1499, y por el mismo Colon en 1502, cuando en 1504 murió su antigua protectora la magnánima Isabel que en Medina del Campo bajó al sepulcro llorada del sus pueblos y admirada de la Europa entera, legando la corona á su hija Doña Juana y ordenando que su esposo D. Fernando desempeñase la regencia hasta que el príncipe D. Carlos, hijo de Doña Juana y del archiduque de Austria cumplierse veinte años.

Aquí termina el reinado de los reyes Católicos y la brillantísima época conocida en la historia por la Edad Media. Si esta fué sumamente gloriosa para las armas españolas, no lo es ménos la siguiente que vamos á narrar en los capítulos sucesivos.

CAPITULO XXI

EDAD MODERNA.

Dinastía austriaca.—Felipe el Hermoso.—Regencias de D. Fernando y los Cardenales Cisneros y Adriano.—Gloriosa expedición al Africa.—Conquista de Navarra.—Engrandecimientos en América y Nápoles.—Cárlos I.—Los Comuneros.—Batalla de Pavia.—Triunfos en Italia.—Victorias en Africa.—Felipe II.—Batallas de San Quintín y Gravelines.—Combate naval de Lepanto.—Insurrección de los Países-Bajos.—Anexión de Portugal y Filipinas.—Muerte de las libertades aragonesas.

Como no es posible determinar, con matemática exactitud el instante preciso en que termina la *Edad Media* y principia la *Moderna*, toda vez que semejante transición no fué, ni pudo ser, obra de un momento dado, sino consecuencia lógica de varias causas que influyendo poderosamente en la rápida marcha del progreso, hicieron entrar al género humano en un nuevo y florido camino de brillantes adelantos, resulta que diferentes autores han sostenido diversas opiniones

Aquí termina el reinado de los reyes Católicos y la brillantísima época conocida en la historia por la Edad Media. Si esta fué sumamente gloriosa para las armas españolas, no lo es ménos la siguiente que vamos á narrar en los capítulos sucesivos.

CAPITULO XXI

EDAD MODERNA.

Dinastía austriaca.—Felipe el Hermoso.—Regencias de D. Fernando y los Cardenales Cisneros y Adriano.—Gloriosa expedición al Africa.—Conquista de Navarra.—Engrandecimientos en América y Nápoles.—Cárlos I.—Los Comuneros.—Batalla de Pavia.—Triunfos en Italia.—Victorias en Africa.—Felipe II.—Batallas de San Quintín y Gravelines.—Combate naval de Lepanto.—Insurrección de los Países-Bajos.—Anexión de Portugal y Filipinas.—Muerte de las libertades aragonesas.

Como no es posible determinar, con matemática exactitud el instante preciso en que termina la *Edad Media* y principia la *Moderna*, toda vez que semejante transición no fué, ni pudo ser, obra de un momento dado, sino consecuencia lógica de varias causas que influyendo poderosamente en la rápida marcha del progreso, hicieron entrar al género humano en un nuevo y florido camino de brillantes adelantos, resulta que diferentes autores han sostenido diversas opiniones

al establecer la division entre una y otra de las referidas épocas. De todas estas opiniones aceptamos nosotros, como la más fundada segun nuestro criterio, la que hace arrancar la *Edad Moderna* de la muerte de Isabel la *Católica*, acaecida en 26 de Noviembre de 1504, segun dejamos consignado al final del capítulo precedente. Partiendo, pues, de esta fecha continuaremos extractando los hechos más notables que resultan en las brillantes páginas del inmortal libro de las glorias españolas.

El fallecimiento de la *Católica* Isabel dió lugar á que las Córtes de Toro proclamasen en 1506 como reyes de España á Doña Juana, hija primogénita de los *Católicos*, y á su esposo D. Felipe el *Hermoso*, y como sucesor de estos á su hijo el principe D. Carlos; debiendo no obstante el rey viudo D. Fernando conservar la regencia, segun lo dispuesto por Doña Isabel en su testamento y como consecuencia de la incapacidad de Doña Juana y de la ausencia de su esposo, á la sazón en Flandes.

Al regresar éste, apoyado por una gran

parte de la inquieta nobleza, que no podía sobrellevar el carácter enérgico de D. Fernando, reclamó el gobierno de Castilla, que su suegro, el regente, le entregó retirándose á sus Estados de Aragon.

Con el advenimiento de Felipe I (el *Hermoso*) al trono de Castilla se inició en España la *dinastía austriaca*, si bien este reinado fué sumamente corto; pues á los dos meses de dar principio falleció Felipe, y agravada notablemente por tan hondo sentimiento la demencia padecida por su viuda Doña Juana, fué D. Fernando nuevamente llamado por aquella parte de la nobleza que seguia las inspiraciones del Cardenal Jimenez de Cisneros á ocupar la regencia del reino.

En 1507 dió principio este segundo periodo de la regencia de D. Fernando; periodo tan glorioso para las armas españolas que durante él (en 1509) se incorporaron á nuestras posesiones del reino de Nápoles las ciudades de la Calabria cuyo dominio tuvieron hasta entonces los venecianos, contra quienes el Papa Julio II habia organizado la cé-

lebre *Liga de Cambray*, mientras que el Cardenal Cisneros, ayudado por el valiente Pedro Navarro, realizaba una gloriosa expedición al Africa que dió por resultado la conquista de Oran y la sumisión al pendón cristiano de las importantes ciudades de Trípoli Argel, Túnez y Tlemecen.

En la misma época el regente D. Fernando formó con el Papa Julio II *La Liga Santa* contra los franceses, cuya inmediata consecuencia fué la conquista de Navarra, realizada por el Duque de Alba en 1515, con la cual quedó definitivamente consolidada la unidad nacional, obra gigantesca en la que se habían empleado tantos y tan poderosos esfuerzos, y por la que tantos arroyos de sangre española habían corrido en los campos de la patria.

En 1516 falleció en Madrigalejo (Cáceres) D. Fernando, á quien la historia hace señalada justicia por sus grandes talentos y hábil política, que empleó en colocar á España á la cabeza de las Naciones europeas; si bien nunca le perdonará la cruel ingratitud usada por él contra Cristóbal Colon y Gon-

zalo de Córdoba, los dos personajes mas célebres de su reinado, los que más contribuyeron á la gloria y esplendor de su corona y á quienes dejó morir en el más completo abandono, en el mas lamentable olvido, el primero en Valladolid y el segundo en Córdoba, por mas que los inmortales hechos realizados por estos esclarecidos varones vivirán eternamente en la memoria de todos los buenos españoles.

Al morir el rey *Católico* dejó por universal heredero de todos sus Estados á su nieto D. Carlos de Austria, disponiendo que el Cardenal Cisneros los gobernase hasta que dicho príncipe viniese á España y saliera de la menor edad.

Durante la breve regencia del Gran Cardenal, el destronado rey de Navarra Juan de Albret, fuertemente apoyado por los franceses, hizo una tentativa para recuperar su perdido trono; pero el esforzado capitán Villalva, al frente de un denodado cuerpo de tropas aragonesas y castellanias, rechazó al Pretendiente. Mientras tanto el ejército expedicionario de Argel, mandado por Diego

de Vera, sufría lamentables aunque honrosas derrotas combatiendo contra el terrible y sanguinario Barbaroja (1516 y 17).

Pocos meses despues (el 8 de Noviembre del último año citado) el principe D. Carlos desembarcaba en las costas españolas, y el famoso conquistador de Oran exhalaba su postrer suspiro.

Escasos diez y siete años de edad contaba Carlos I cuando en 1517 tomó posesion del trono de sus abuelos los reyes *Católicos*, siendo recibido por el país con marcada prevención á causa de su origen extranjero.

Poco despues de haberse ceñido la corona de Castilla fué llamado á ocupar el trono imperial de Alemania, para cuya toma de posesion solicitó y obtuvo de las Córtes españolas un cuantioso subsidio, infringiendo con ello las leyes del país y empleando la seducción y la violencia para arrancar á los Procuradores el don solicitado. Conseguido su objeto partió en 1520 para Alemania, encomendando la regencia de Castilla al Cardenal Adriano de Utrech, su antiguo ayo.

El general descontento producido por los

abusos de Carlos, de su regente y de los *flamencos* que les rodeaban, los cuales asaltando los más altos puestos del Estado trataban á la heroica nacion española como país de conquista, dió lugar á la guerra llamada *de las Comunidades*, promovida por las ciudades mas importantes del reino, que se confederaron para defender en el campo de batalla sus pisoteados fueros ó inmunidades.

Iniciada la lucha, Segovia y Zamora castigaron de muerte la cobardía ó deslealtad de sus Procuradores; la primera de estas ciudades resistió heroicamente el impetuoso ataque del ejército realista, y Medina del Campo fué entregada á las llamas por los soldados del emperador-rey.

No por esto decayó en lo más mínimo el animoso entusiasmo de los defensores del pueblo, que se hallaban resueltos á morir antes que tolerar por más tiempo las horribles demasías, los incalificables atropellos de que eran inocentes víctimas. Y tal vez hubieran conseguido con la fuerza de su derecho y el empuje de su cívico valor, imponerse á los déspotas austriacos si no hu-

bieran sido cruelmente engañados por una gran parte de la nobleza que les apoyaba en sus legítimas pretensiones, y que envolviéndolos en las redes de una vil traición les dejó abandonados pasándose al campo realista; lo que motivó que en la sangrienta batalla de Villalar, librada el 23 de Abril de 1521 sucumbieran los heroicos *Comuneros* y con ellos las libertades castellanas que quedaron sepultadas en aquel ensangrentado campo. Sus valientes caudillos Padilla, Bravo y Maldonado fueron decapitados; Acuña, el intrépido Obispo de Zamora, ahorcado de una almena del Castillo de Simancas; y aunque la esforzada viuda de Padilla, Doña Juana Pacheco, resistió con enérgico tesón y valor incomparable en Toledo, sucumbió igualmente, quedando completamente ahogada en sangre la patriótica insurrección popular.

En Valencia y Mallorca tuvo también lugar por aquel entonces un movimiento, marcadamente socialista, de la asociación ó *Hermanidad* de las clases trabajadoras contra la nobleza; y vencido, como en Villalar el pue-

blo por la superioridad de las tropas, con estos dos triunfos creció el orgullo del monarca y sus secuaces, se consolidó fuertemente el fiero despotismo de la corona, y se forjaron las cadenas que por más de tres siglos, habían de oprimir al denodado pueblo español.

Tales fueron los primeros hechos de Carlos I de España y V de Alemania; hechos en alto grado lamentables, que tuvieron su compensación en las heroicas conquistas del poderoso imperio mexicano y el no menos rico del Perú, realizadas, la primera por Hernán Cortés en 1519 y la segunda por Francisco Pizarro y Diego de Almagro en 1521, las cuales por su importancia capital merecen les dediquemos un capítulo aparte.

También en 1520 fueron descubiertas las Islas Marianas y Filipinas por el valiente marino portugués Fernando Magallanes, que á la sazón se hallaba al servicio de España; y muerto éste en su gloriosa expedición, le reemplazó en el mando el célebre vizcaíno Juan Sebastián Elcano, quien continuando su viage dobló el *Cabo de Buena Esperan-*

za, siendo el primero que dió la vuelta al mundo. La rivalidad existente entre Carlos I de España y Francisco I de Francia, pretendiente también al trono alemán; la desmedida ambición personal de ambos soberanos, que respectivamente aspiraban á una absoluta preponderancia en Europa, y la disputada posesión del Milanésado y *Ducado de Borgoña*, produjeron entre España y Francia una formidable lucha que por espacio de veinte y ocho años habia de envolver á una gran parte de los pueblos europeos.

Ardiendo en impacientes deseos de venir á las manos, el monarca francés halló un pretexto auxiliando á Juan de Albret, que intentaba recobrar su perdido trono de Navarra; pero el ejército invasor, que procedente de las antiguas Galias pisó el heroico suelo vasco-navarro en 1521, sufrió la misma suerte que el mandado en otro tiempo por el valiente Carlomagno, siendo totalmente batido por los españoles en la reñida batalla de las Navas de Esquiroz (30 de Junio de 1521) y obligado á repasar los Pirineos en completa dispersion.

Mientras tanto, las tropas imperiales se apoderaron del ducado de Milan, (1522) y tres años más tarde, los denodados españoles, acaudillados por el marqués de Pescara, conseguían en la célebre batalla de Pavia (24 de Febrero de 1525) uno de sus más señalados triunfos, derrotando completamente á los franceses, matándoles 10,000 hombres de infantería y la flor de su nobleza, haciendo prisionero á su rey y conduciendo á éste á Madrid, donde suscribió un tratado que por entonces puso á la guerra un término que no tuvo otro carácter que el de una corta tregua; pues Francisco I en el momento que se vió en libertad rompió el pacto y se unió á la *Liga Clementina*, organizada por el Papa Clemente VII contra el emperador, lanzándose nuevamente á la lucha sediento de venganza.

Esta segunda guerra presentó á los valientes españoles ocasión de enriquecer el cuantioso caudal de sus inmarcesibles glorias; pues llegaron aquellos hasta apoderarse de Roma, (28 de Mayo de 1527) hacer prisionero al Pontífice y obligar a la *Liga* á decla-

rarse impotente para continuar la lucha que terminó en 1529 por efecto de la *paz de Cambray*.

Aún no estaba la Europa repuesta del indescriptible asombro que tales hechos le causarían, cuando el terrible pirata Barbaroja, apoderado de los Estados bérberiscos y fuertemente apoyado por la Turquía, principió á inspirar serios temores á toda la Europa cristiana. Entonces los españoles corrieron al Africa, deseosos de medir las armas con las del formidable coloso, y al llegar al Africa derrotaron en 1525 al intrépido Barbaroja: restablecieron á Muley Asan, como feudatario de España, en el trono de Tunez, y salvaron nuevamente la comprometida causa de la cristiandad.

Poco escrupuloso Francisco I en la observancia de los tratados, rompió en 1536, por tercera vez, las hostilidades contra Carlos, aprovechándose de la invasion de éste en Hungría para rechazar á Soliman *El Magnífico*; pero nuevamente vencidos los franceses en varios combates parciales, terminó en 1538 la campaña, por intervencion del

Papa Paulo III, que ajustó entre ambos contendidores la tregua de diez años llamada de *Niza*.

En 1540 estalló la formidable rebelion de Gante, que Carlos consiguió reprimir; y al año siguiente dispuso el emperador una nueva expedicion al Africa, que llegó á desgraciarse al ser la armada española destruida por una horrorosa tempestad.

Renovada en 1543 la guerra con Francia, apoyaban á Francisco I Soliman *el Magnífico* y Barbaroja, y á Carlos V Enrique VIII de Inglaterra. Solo dos años duró esta, que indudablemente hubiera sido muy desastrosa para la Francia, no obstante el triunfo de sus armas en la sangrienta batalla de *Cerisoles*, (21 de Mayo de 1544) á no haber ocurrido el levantamiento del partido protestante de Alemania, que obligó al emperador á ajustar el 16 de Octubre de 1544 con el prisionero de Pavia la *paz de Crispy*, por éste solicitada.

Entonces Carlos V corrió á combatir á los protestantes alemanes, á quienes despues de una larga y cruenta lucha en que los espa-

ñoles se distinguieron admirablemente, derrotó por completo el año 1547 en la batalla de Muhlberg.

Cansado el emperador de su azarosa vida, durante la cual la conquista de tantos laureles había desangrado á España, abdicó en 25 de Octubre de 1555 la corona de Alemania en favor de su hermano Fernando, y la de España en su hijo Felipe; retirándose al Monasterio de Yuste, donde permaneció hasta el 21 de Setiembre de 1558 que bajó al sepulcro dejando á la nacion aniquilada bajo el peso de sus glorias militares, empobrecida por tantas campañas y aherrojada por el fiero despotismo de sus mandarines; pero admirada, y con razon temida del mundo entero que contemplaba estático su deslumbrante é irresistible poderío.

Y esta admiracion y este temor eran muy naturales; porque bajo el punto de vista de la preponderancia por medio de las armas, España á la abdicacion de Carlos I constituía el más vasto imperio de todo el Universo. Además de sus dominios en la Península, tenia los de *Nápoles, Sicilia, Cerdeña,*

*Milanesado, Rosellon, Franco-Condado y Paisés-Bajos, en Europa, Túnez, Oran, Islas de Cabo Verde, Fernando Póo y Santa Elena* en Africa, y las ricas y dilatadas posesiones del *Nuevo Mundo*. Territorios tan extensos justificaban la frase de que *el sol no se ponía en los dominios españoles*.

Tal era el reino cuya corona heredara Felipe II, el político más sagaz de su siglo, quien desde el momento en que empuñó el cetro de su padre, determinó sacar el más ventajoso partido de los poderosos recursos que en su mano tenia, aspirando á conseguir aún mayor preponderancia en los destinos de la Europa entera.

En breve tuvo el nuevo rey de España una brillante ocasion de probar sus aptitudes, el incomparable valor de sus aguerridas tropas y los grandes talentos de sus esclarecidos capitanes; pues coaligados en su contra el soberano de Francia, Enrique II, y el papa Paulo IV, que anhelaban arrancar al trono de Castilla el dominio de Nápoles y de la Lombardia, las armas españolas acaudilladas por el Duque de Alba, penetraron en los

Estados Pontificios, donde en alas del triunfo llegaron hasta las puertas de Roma, obligando al atribulado Papa á solicitar un armisticio; en tanto que los franceses eran victoriosamente rechazados de Nápoles y completamente derrotados por el Duque de Savoia en la memorable batalla de *San Quintin*, librada el 11 de Agosto de 1557, en conmemoracion de cuya gran victoria se construyó por orden de Felipe II el magnífico monasterio del Escorial, dedicando el templo á San Lorenzo, por ser este el dia en que se verificó el combate.

Tan renombrado hecho de armas dejó consternados á los franceses, de quienes se separó el Papa, temeroso de perder sus Estados, firmando la paz con España.

Después de una nueva lucha con Inglaterra y Francia, y triunfantes los españoles en la renombrada batalla de *Gravelines*, se estipuló á primero de Abril de 1559 el tratado de *Chateau Cambresis*, que puso feliz término á una sangrienta guerra de medio siglo entre España y Francia; cuyo tratado fué sumamente ventajoso para nuestra pa-

tria y dió origen al matrimonio de Felipe II con la princesa Isabel, hija de Enrique II.

En 1564 la escuadra española derrotó á los piratas turcos, hizo levantar el sitio que el rey de Argel habia puesto á nuestras plazas en Africa, y se apoderó del *Peñon de Velez*.

El incomparable rigorismo de las medidas adoptadas por Felipe II para cortar la propagacion de las doctrinas luteranas en los *Paises-Bajos*, hizo que en 1567 estallase en aquellas apartadas provincias una imponente insurreccion, y para sofocarla fué enviado el Duque de Alba con plenos poderes de Felipe. Torrentes de sangre inundaron el poético suelo de aquel bello país en los seis años que duró el despótico gobierno del Duque; (1568 á 73) los principales caudillos de la rebelion fueron decapitados ó proscritos, y el movimiento insurreccional quedó por el pronto sofocado volviendo los insurgentes á prestar obediencia al soberano español. Este determinó entónces, con muy buen acuerdo y mejor juicio, cambiar de política, sustituyendo con la persuacion y los medios sua-

tes, el terrorismo empleado por el Duque de Alba, á quien sucedió en el gobierno de aquellos países el esclarecido D. Luis de Requesens.

Sublevados igualmente en 1568 los vejados y oprimidos moriscos que aún quedaban en España, se refugiaron en las espesuras de las *Alpujarras*, donde por espacio de tres años sostuvieron una horrible y desesperada lucha que terminó D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos I y enviado por Felipe II para sofocar la rebelion, lo que al fin consiguió sometiendo á los vencidos á las más duras condiciones.

Mientras tanto la Turquía con el engrandecimiento de sus Estados, los señalados triunfos de sus armas y la importante conquista de la Isla de *Chipre*, llegó á alarmar profundamente á toda la cristiandad que otra vez veía sus intereses altamente comprometidos: España corrió á salvarlos, como ya lo hiciera en otras ocasiones, y entrando Felipe en la *Liga* formada por el Pontífice Pío V y Venecia contra los turcos, se apostó una numerosa escuadra cuyo mando fué con-

go de Juan de Austria, quien en el combate naval del *Golfo de Lepanto* adquirió el día 7 de Octubre de 1571 tan señalado triunfo que derrotando completamente la poderosa flota turca, anonadó para siempre el predominio marítimo de la Turquía. Tan importante victoria colmó de merecida fama el esclarecido nombre de D. Juan de Austria y el no ménos ilustre del verdadero héroe de ella D. Alvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz; pero nos costó muy sensibles pérdidas, entre ellas la de un brazo del inmortal Cervantes que allí peleaba como simple soldado. La armada turca perdió en el combate 160 galeras; tuvo 30,000 muertos, 10,000 prisioneros y 12,000 cautivos, que de remeros le servían.

Renovada la lucha con los Países-Bajos, D. Luis de Requesens obtuvo muy notables triunfos sobre los sublevados que acaudillaba Guillermo de Orange; pero falleció en 1576 sin haber conseguido su completa dominacion, lo cual no es de extrañar tratándose de pueblos que como aquellos defendian con temerario valor la independenciam de su

los a; la santidad de sus hogares. Duque de sus principios religiosos. Igual resacaado consiguieron los sucesores de Requesens D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio: el primero falleció en 1578 sin obtener el definitivo resultado que se propusiera, y el segundo se cubrió de gloria en los combates, pero no pudo evitar en 1579 la pérdida de las provincias que hoy forman el reino de Holanda, ni en 1588 el horroroso desastre sufrido en las aguas holandesas por nuestra escuadra, llamada la *Invencible*.

En tanto que el ciego fanatismo de Felipe II y la refinada crueldad de sus favoritos daban lugar á que perdiésemos á Flandes, el heroico valor de los denodados tercios españoles, acaudillados por el Duque de Alba, nos hacia en 1580 dueños del dilatado y floreciente reino de Portugal, que con sus extensas é importantes posesiones en Asia, Africa y América del Sur, pasó á formar parte integrante de la poderosa monarquía española, la cual con este nuevo engrandecimiento y la adquisición de las Islas *Filipinas* veía compensadas sus desmembracio-

go de Morres-Ba' los misioneros de la  
a este litoral de una manera z, Tri-  
di' hngta. el dist

o mismo tiempo nuestras tropas manda-  
m por el Duque de Parma, obtenian muy  
notables triunfos en Francia, y resonaban  
por todos los ámbitos del mundo los écos de  
las glorias españolas; glorias empañadas úni-  
camente por el sanguinario despotismo de  
Felipe II, quien con el pretexto de perseguir  
á su antiguo favorito Antonio Perez, hollaba  
los fueros de Aragon y heria en la más deli-  
cada fibra el corazon de los valientes y lea-  
les aragoneses, cuyas libertades hizo el dós-  
pota caer envueltas en la ensangrentada ca-  
beza de Lanuza.

En 1598 bajó al sepulcro este monarca,  
dejando á su hijo Felipe III completamente  
consolidado el poder absoluto del trono, en-  
grandecido el pais, y aumentadas las glorias  
nacionales; pero ahogadas en sangre las sa-  
crosantas libertades españolas, cuyo explen-  
dente sol alumbraba únicamente en el he-  
roico suelo catalan y vasco-navarro.

226

las... de sus... res... de  
 cipios religio... dal...  
 tanq... las suce... esus D.  
 o: el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

ALERE FLANMAN VERITATIS

CAPITULO XXII

Conquistas de México y el Perú.

Ofrecimos en el anterior capitulo dedicar uno especial al importante asunto que sirve de epigrafe al presente, y vamos á cumplir nuestra promesa para lo cual tenemos necesidad de retroceder á los primeros años del reinado de Carlos I.

Siendo Velazquez gobernador de la isla de Cuba y creyendo éste, con sobrado fundamento, que segun los cálculos de Cristóbal Colon debía existir al Oeste de sus dominios un gran continente, organizó en 1517 una expedicion exploradora que puesta á las órdenes de Juan de Grijalva descubrió la costa mexicana por el lado de Tabasco; pero no pudiendo, ó no sabiendo los expedicionarios hacer hincapié en la tierra nuevamente descubierta, regresaron á Cuba con notable dis-

247

go... de Mor... os...  
 á este rei... na manera  
 di... ndos... pres... el dist...  
 c... do... un hidalgo extremeño nacido  
 en... el año 1485, famoso galantea...  
 or y afortunado corredor de aventuras, del  
 ingenio fácil, de ilimitada ambicion y cu...  
 colosal grandeza de pensamientos y asp...  
 ciones no cabia en el reducido territorio pue...  
 bano. Aburrido por no tener poderosos la so...  
 migos con quienes luchar ni fuertes obstac...  
 los que vencer, vivia completamente reti...  
 do con su hermosísima esposa Doña Cata...  
 da Juarez entregado por completo al culti...  
 de sus inmensas posesiones, cuando recib...  
 de Velazquez el nombramiento de capitane...  
 general con el honroso encargo de descubrir...  
 y conquistar á nombre del rey de España el...  
 fértil y rico suelo entrevisto por Grijalva.  
 Entonces Cortés rebosando de entusiasta jú...  
 bilo procedió á la eleccion de la gente que  
 debía acompañarle y con fabulosa rapidez  
 hizo todos sus preparativos de marcha, des...  
 confiando, y con razon, de Velazquez quien  
 temiendo que las glorias que el extremeño

tas... la santidad de sus... res Duque de  
 cipios religio... a qual resacado  
 cion. Venc... las suce... la po... esens D.  
 e Cortés los innumerables n... o: el  
 ue se le presentaron, el 10 de Febrero  
 1519 se hizo á la mar con rumbo á la costa  
 Yucatan, llevando diez navíos de ochenta  
 an toneladas y un bergantín. Su pequeño  
 Ofrec... to constaba de ciento diez marineros,  
 uno esp... tos cincuenta y tres soldados de in-  
 ye de el... teria, entre ellos treinta y dos ballesteros  
 plir n... ece arcabuceros, doscientos indios cuba-  
 necesi... y diez y seis hombres montados, con diez  
 del r... y diez y seis hombres montados, con diez  
 Si... ciones pedreros y cuatro falconetes.  
 Er... Costeando siempre en la direccion del  
 mer... este, reconocieron los expedicionarios la  
 Col... provincia de Yucatan, y entrando en el rio  
 un... *Tabasco* rechazaron á los indios que desde  
 su margen derecha trataban de impedir el  
 desembarco. Para conseguir éste tuvieron  
 los españoles necesidad de combatir en un  
 terreno pantanosó, en el cual se hundian  
 hasta los muslos; pero vencidos al fin los in-  
 dios y puestos en precipitada fuga, tomaron  
 los de Cortés posesion de *Tabasco*, capital

go de de Mor... os... na manera  
 a este rei... na manera  
 di... indos... se lisa... el desl...  
 e... d... as que quinientos hombres de e  
 ron a cuarenta mil que se movian en un  
 den táctico relativamente bueno y que peo  
 leaban con temerario valor é insuperable  
 rojo, cuyas señaladas victorias hicieron que  
 Cortés dueño de aquella importante parte pue  
 dilatado imperio mexicano. la so-  
 Demostrando entonces el conquistador que  
 relevantes condiciones de hábil político pero  
 tado de una nobleza de sentimientos hu por  
 nitarios, poco comunes á los conquistador que  
 de todos los pueblos y de todas las épocas  
 logró atraerse á los vencidos naturales que  
 pais, convirtiéndolos de encarnizados ena  
 amigos que eran, en fervientes y activos auto  
 xiliares. Cortés para aprovecharse con ra  
 pidez de las ventajas obtenidas, se embarcó  
 nuevamente con rumbo á San Juan de Ulúa,  
 donde á poco de llegar se le presentaron dos  
 enviados de Moctezuma, emperador de Mé-  
 xico, llevándole ricos presentes y rogándole  
 de parte de su señor que no se internase stá-

los... santidad de sus... que de  
 cipios religio... dal rosado  
 nombre de suce... espa... esens D.  
 ariá a visitarle... o: el  
 Prosiguiendo su marcha se alio con  
 fuertes tribus de *Zempoala* y *Guabistlan*,  
 do la ciudad de Veracruz para que sir-  
 de punto de apoyo á sus operaciones y  
 Ofrec... guardo á su escuadra. Inmediatamen-  
 uno esp... municó á los expedicionarios que le  
 ve de ep... pañaban su firme é invariable resolu-  
 plir n... a de penetrar en el seno del guerrero im-  
 necesi... o mexicano; túrbanse ellos ante la mag-  
 del re... tud de tan colosal y temeraria empresa,  
 Si... yo anuncio recibieron con marcadas mues-  
 Cr ba... as de profundo y general disgusto; y opi-  
 men... ando casi todos en contra de su jefe, mues-  
 Col... ran deseos de regresar desde luego á Cuba.  
 un... Rechazó Cortés esta idea, apostrofando du-  
 UNIVE... ramente á sus sostenedores, y entonces prin-  
 cipio á germinar entre éstos una imponente  
 insurreccion que amenazaba tomar muy sé-  
 rias proporciones; pero el esclarecido caudi-  
 llo que habia nacido para dominar las situa-  
 ciones difíciles, supo triunfar de esta, toman-

go... de Mor... los... na  
 a este rei... na manera  
 ft... ndos... en sa... el dis...  
 c... do ó dejars... sesinar impu...  
 terrorizados entonces los soldad... en  
 deslumbrados por la mágica influencia... el  
 Cortés ejerciera sobre ellos, solo pensaron...  
 hacerse dignos de tan esclarecido ge... que  
 siguiendo ciegamente su inspiracion... pue-  
 diciendo sin réplica su mandatos y... la so-  
 do hasta morir á su lado.  
 Aprovechándose el caudillo español... que  
 buena disposicion de sus tropas, rev... pero  
 pequeño ejército, compuesto únicame... s, por  
 400 *Campoales* y 400 *Tamenes* (habi... que  
 de la costa que se habian hecho sus al... des-  
 y se internó en el imperio mexicano... que  
 zando ásperas cordilleras, donde carecie... ru-  
 de todo elemento sufrieron los invasores g... to  
 des privaciones y horribles penalidades;... s  
 ro sin que ninguno de ellos exhalase la...  
 mínima queja ni diese la menor prueba...  
 disgusto. Al llegar á la provincia de Zo...  
 tan, su cacique, á pesar de ser muy ami...  
 de Moctezuma, les recibió amistosame... ta

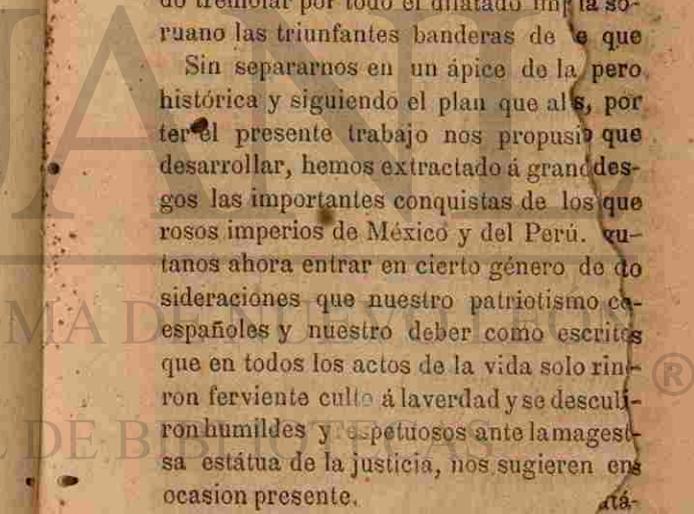
las... de sus... Duque de  
 cipios religio... cual resacado  
 cun... suce... imper... esus D.  
 sus numerosos habitantes, a... o: el  
 guerra, detuvieron por un momento  
 sos del reducido ejército invasor; pero en  
 empeñadísimas batallas fueron vencidos  
 Flaxcaltecas, tornándose en fervorosos  
 Ofrec... de los españoles, á quienes creían  
 uno esp... el Sol y de cuyo irresistible empuje  
 ve de... ban la rendición de su temible enemi-  
 plir n... poderoso imperio mexicano.  
 necesi... onarcha de un puñado de hombres por  
 del... tro de un imperio que tenía en pie de  
 Si... ya 200,000 hombres regularmente or-  
 Crba... zados y que se batían con singular bra-  
 mer... ai, con feroz encarnizamiento; la triun-  
 Col... ita entrada de Cortés en la capital (verifi-  
 un... da al 8 de Noviembre de 1519); la prisión  
 Moctezuma; la célebre batalla de Otum-  
 librada el 8 de Junio de 1520 en que el  
 lucido ejército de Cortés, venció á todas  
 s fuerzas mexicanas reunidas, que varios  
 h... storiadores de gran nota hacen subir al  
 losiderable número de los 200,000 hombres

go... de Mor... los... a  
 ... a este... na manera  
 ... ndos... en a... el dist...  
 ... de... los hubiera... tentizado.  
 ... os Hernan Cortés se elevó al m...  
 alto pedestal del suntuoso templo de la fan...  
 y aunque víctima de la cobarde traicion y...  
 la envidia miserable, ultrajado y meno...  
 ciado por aquellos que tanto le debían...  
 rió como Gonzalo de Córdoba, olvid...  
 un oscuro rincón de España (Castil...  
 la Sierra) el 2 de Diciembre de 1547, pero  
 clarecida memoria vivirá eternamente...  
 ta con letras de oro en el libro inmorta...  
 de se registran las inmarcesibles glori...  
 pañolas.  
 Pocos años despues de verificarse la...  
 quista de México, se realizó con igual...  
 tuna la de los inmensos y ricos dominios...  
 Perú, extraordinaria empresa, cuyos pr...  
 cipales héroes fueron Francisco Pizarro,  
 tural de Trujillo (Extremadura) hijo del...  
 pitán Gonzalo Pizarro que tanto se dist...  
 guiera en las campañas de Italia, y Die...  
 de Almagro. Era Pizarro un hombre de...  
 ta

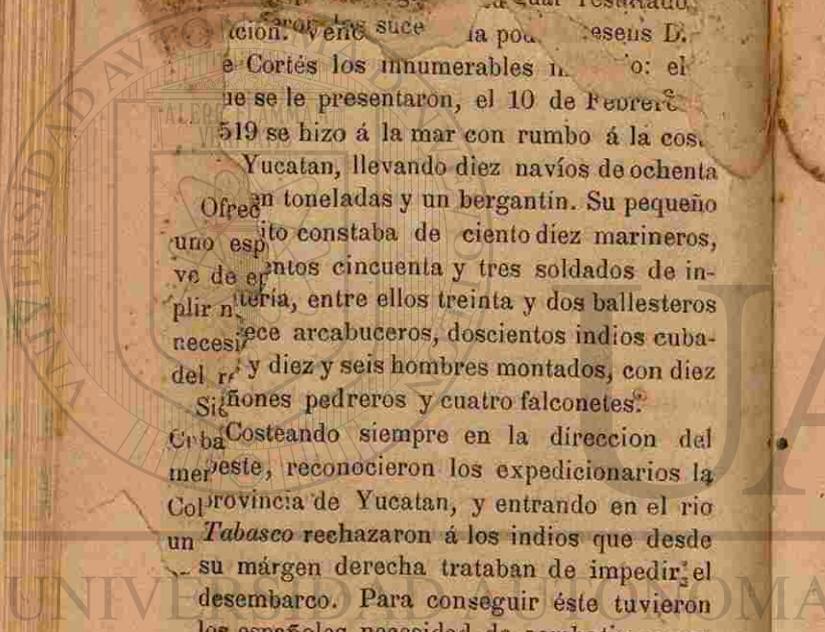
...santidad de sus...ces. Duque de  
 ...cipios religio... dal resuado  
 ...vivo conduci... suce... pro... asens D.  
 ...da la fuerza con que en Marzo...o: el  
 ...ntarcó Pizarro en Panamá dirigiéndose  
 ...ur con ánimo de conquistar el mayor impe-  
 ...del mundo. Despues de mil azares, de  
 Ofrec...bles penalidades, cuya sola narracion  
 uno esp...ra y estremece, el intrépido estreme-  
 ve de esp...zó á reconocer las dilatadas costas pe-  
 plir n...as, hecho lo cual regresó á España á fin  
 necesi...ficitar del emperador algunos recursos  
 del r...ecesitaba para la realizacion de sus gi-  
 Si...scos planes. Obtenidos algunos, aun-  
 Cr...ba... muy reducidos auxilios y nombrado cam-  
 men...n general y adelantado de las tierras que  
 Col...diera descubrir, en 1528 se embarcó nue-  
 un...amente con rumbo al Perú, llevando cien-  
 cuarenta y cuatro soldados de infantería  
 treinta y seis de caballería.  
 Llegado al punto de su destino y desem-  
 arcado en él, inició la campaña en el mes  
 de Noviembre de 1532, derrotando en el pri-  
 er encuentro á los peruanos á quienes ma-  
 los



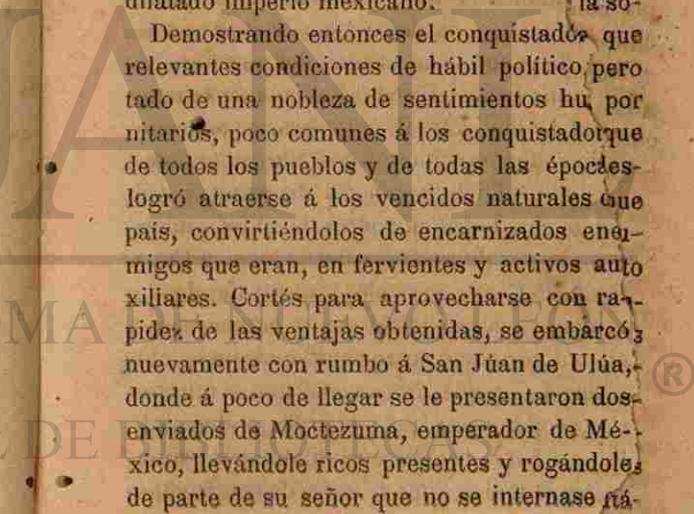
go... de M... los...  
 ...a este... na manera  
 ...ndos... los... el dis...  
 ... de... aito suelo, que vencidos estore  
 ...ar esfuerzo en sucesivos combates, en en  
 breve espacio de tiempo se hicieron du el  
 los españoles de los extensos dominios de  
 componian aquella comarca, fundand... que  
 ma y otras colonias importantes y pue-  
 do tremolar por todo el dilatado imp... la so-  
 ruano las triunfantes banderas de e que  
 Sin separarnos en un ápice de la pero  
 histórica y siguiendo el plan que al... por  
 ter el presente trabajo nos propusió que  
 desarrollar, hemos extractado á grand des-  
 gos las importantes conquistas de los que  
 rosos imperios de México y del Perú. Cu-  
 tantos ahora entrar en cierto género de co-  
 sideraciones que nuestro patriotismo co-  
 españoles y nuestro deber como escritos  
 que en todos los actos de la vida solo rin-  
 ron ferviente culto á la verdad y se descubi-  
 ron humildes y respetuosos ante la magest-  
 sa estatua de la justicia, nos sugieren ens  
 ocasion presente.  
 atá



...sentimental de sus... Duque de  
 cipios, religio... dal resaca  
 cion. Venó suce... la p... eseus D.  
 e Cortés los innumerables n...: el  
 ne se le presentaron, el 10 de Febreró  
 519 se hizo á la mar con rumbo á la cos.  
 Yucatan, llevando diez navíos de ochenta  
 an toneladas y un bergantin. Su pequeño  
 Ofrec... to constaba de ciento diez marineros,  
 uno esp... tos cincuenta y tres soldados de in-  
 ve de... teria, entre ellos treinta y dos ballesteros  
 plir n... ece arcabuceros, doscientos indios cuba-  
 necesi... y diez y seis hombres montados, con diez  
 del r... ñones pedreros y cuatro falconetes.  
 Si... Costeando siempre en la direccion del  
 Crba... este, reconocieron los expedicionarios la  
 me... provincia de Yucatan, y entrando en el rio  
 Col... *Tabasco* rechazaron á los indios que desde  
 un... su márgen derecha trataban de impedir el  
 desembarco. Para conseguir este tuvieron  
 los españoles necesidad de combatir en un  
 terreno pantanosó, en el cual se hundian  
 hasta los muslos; pero vencidos al fin los in-  
 dios y puestos en precipitada fuga, tomaron  
 los de Cortés posesion de *Tabasco*, capital



go... de Mor... los...  
 ... á este... na manera  
 ... ndos... se l... el dis...  
 ... de... que quinientos hombres de le  
 ... a cuarenta mil que se movian en tan  
 ... den táctico relativamente bueno y que p... el  
 ... leaban con temerario valor é insuperable  
 ... rojo, cuyas señaladas victorias hicieron que  
 Cortés dueño de aquella importante parte pue-  
 dilatado imperio mexicano. ... la so-  
 Demostrando entonces el conquistador que  
 relevantes condiciones de hábil político, pero  
 tado de una nobleza de sentimientos hu... por  
 nitarios, poco comunes á los conquistador que  
 de todos los pueblos y de todas las épocas  
 logró atraerse á los vencidos naturales que  
 pais, convirtiéndolos de encarnizados ené-  
 migos que eran, en fervientes y activos auto-  
 xillares. Cortés para aprovecharse con ra-  
 pidez de las ventajas obtenidas, se embarcó  
 nuevamente con rumbo á San Juan de Ulúa,  
 donde á poco de llegar se le presentaron dos-  
 enviados de Moctezuma, emperador de Mé-  
 xico, llevándole ricos presentes y rogándole  
 de parte de su señor que no se internase trá-



las... de su... Duque de  
... religio... dal resonado  
... de suce... España... esens D.  
... a visitarle... o: el

Prosiguiendo su marcha se alio con  
... tribes de *Zempoala* y *Guiabistan*,  
... la ciudad de Veracruz para que sir-

de punto de apoyo á sus operaciones y  
... guardo á su escuadra. Inmediatamen-  
... uno esp... unió á los expedicionarios que le  
... vo de esp... ñaban su firme é invariable resolu-  
... plir n... de penetrar en el seno del guerrero im-  
... necesi... o mexicano; túrbanse ellos ante la mag-  
... del re... ud de tan colosal y temeraria empresa,

Sic... yo anuncio recibieron con marcadas mues-  
... Erba... as de profundo y general disgusto; y opi-  
... mer... ando casi todos en contra de su jefe, mues-  
... Col... ran deseos de regresar desde luego á Cuba.

un... Rechazó Cortés esta idea, apostrofando du-  
... ramente á sus sostenedores, y entonces prin-  
... cipio á germinar entre éstos una imponente  
... insurreccion que amenazaba tomar muy sé-  
... rias proporciones; pero el esclarecido caudi-

llo que había nacido para dominar las situa-  
... ones difíciles, supo triunfar de esta, toman-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

go... de Mor... los... a  
... a este... na manera  
... ndos... en su... Al dist  
... de... do ó dejars... sesinar impu

terrorizados entonces los soldad  
... deslumbrados por la mágica influencia  
Cortés ejerciera sobre ellos, solo pensaron  
... hacerse dignos de tan esclarecido ge  
... siguiendo ciegamente su inspiracione  
... diciendo sin réplica su mandatos y  
... do hasta morir á su lado.

Aprovechándose el caudillo español  
buena disposicion de sus tropas, rev  
pequeño ejército, compuesto únicame  
400 *Campoales* y 400 *Tamenes* (habi  
de la costa que se habían hecho sus al  
y se internó en el imperio mexicano,  
zando ásperas cordilleras, donde careció  
de todo elemento sufrieron los invasores g  
des privaciones y horribles penalidades;  
ro sin que ninguno de ellos exhalase la n  
mínima queja ni diese la menor prueba  
disgusto. Al llegar á la provincia de Zo  
tan, su cacique, á pesar de ser muy ami  
de Moctezuma, les recibió amistosame  
atá



...presentación de sus ... res. Dique de  
 ... cipios religio ... dal rosado.  
 ... sucesos imper ... asens D.  
 ... sus numerosos habitantes, a ... o: el  
 guerra, detuvieron por un momento  
 ... sos del reducido ejército invasor; pero en  
 ... empeñadísimas batallas fueron vencidos  
 ... tlaxcaltecas, tornandose en fervorosos  
 Ofrec ... de los españoles, á quienes creían  
 uno esp ... el Sol y de cuyo irresistible empuje  
 ve de el ... ban la rendicion de su temible enemi-  
 plir n ... poderoso imperio mexicano.  
 necesi ... onarcha de un puñado de hombres por  
 del r ... ctro de un imperio que tenia en pie de  
 Si ... a 200,000 hombres regularmente or-  
 Crba ... azados y que se batian con singular bra-  
 me ... ai, con feroz encarnizamiento; la triun-  
 Col ... ite entrada de Cortés en la capital (verifi-  
 un ... da el 8 de Noviembre de 1519); la prision  
 ... Moctezuma, la célebre batalla de Otum-  
 ... librada el 8 de Junio de 1520 en que el  
 ... lucido ejército de Cortés, venció á todas  
 ... s fuerzas mexicanas reunidas, que varios  
 ... storiadores de gran nota hacen subir al  
 ... losiderable número de los 200,000 hombres

go ... de Mor ... los ... a  
 ... á este ... na manera  
 ... ndos ... en a ... el dis  
 ... de ... los hubiera ... entizado.  
 ... os Hernan Cortés se elevó al m ... en  
 ... lto pedestal del suntuoso templo de la fan ... el  
 y aunque víctima de la cobarde traicion y ... de  
 la envidia miserable, ultrajado y meno ... que  
 ciado por aquellos que tanto le debían ... pue-  
 rió como Gonzalo de Córdoba, olvid ... la so-  
 un oscuro rincon de España (Castil ... e que  
 la Sierra) el 2 de Diciembre de 1547, ... pero  
 clarecida memoria vivirá eternamente ... s, por  
 ta con letras de oro en el libro inmorta ... que  
 de se registran las inmarcesibles glori ... des-  
 pañolas.  
 Pocos años despues de verificarse la ... que  
 quista de México, se realizó con igual ... ru-  
 tuna la de los inmensos y ricos dominios ... to  
 Perú, extraordinaria empresa, cuyos pr ... s  
 cipales héroes fueron Francisco Pizarro, ... s  
 tural de Trujillo (Extremadura) hijo del ...  
 pitan Gonzalo Pizarro que tanto se dist ...  
 guiera en las campañas de Italia, y Die ...  
 de Almagro. Era Pizarro un hombre de ...  
 ... atá

226  
... de sus ... Duque de  
... cipios religio ... dal resacado  
... suce ... pro ... asens D.  
... vno conduci ... ciento doc ... o: el  
... da la fuerza con que en Marzo  
... embarcó Pizarro en Panamá dirigiéndose  
... ur con ánimo de conquistar el mayor impe-  
... del mundo. Despues de mil azares, de  
Ofrecóbles penalidades, cuya sola narracion  
uno esp<sup>ra</sup> y estremece, el intrépido estreme-  
ve de esp<sup>ra</sup> a reconocer las dilatadas costas pe-  
plir n<sup>as</sup>, hecho lo cual regresó á España á fin  
neces<sup>o</sup> licitar del emperador algunos recursos  
del r<sup>o</sup> necesitaba para la realizacion de sus gi-  
Si<sup>ug</sup>scos planes. Obtenidos algunos, aun-  
Crba<sup>o</sup> muy reducidos auxilios y nombrado cam-  
mer<sup>o</sup> en general y adelantado de las tierras que  
Col<sup>o</sup> hiera descubrir, en 1528 se embarcó nue-  
un<sup>o</sup>amente con rumbo al Perú, llevando cien-  
cuarenta y cuatro soldados de infanteria  
treinta y seis de caballeria.  
Llegado al punto de su destino y desem-  
arcado en él, inició la campaña en el mes  
de Noviembre de 1532, derrotando en el pri-  
er encuentro á los peruanos á quienes ma-  
los

227  
go de ... los ... a  
... a este ... na maneta  
... ndos ... los ... el dist<sup>o</sup>  
... de ... o suelo, que vencidos esto fe  
... esfuerzo en sucesivos combates, en en  
breve espacio de tiempo se hicieron ducl  
los españoles de los extensos dominios de  
componian aquella comarca, fundand<sup>o</sup> que  
ma y otras colonias importantes y pue-  
do tremolar por todo el dilatado imp<sup>o</sup> la so-  
ruano las triunfantes banderas de e que  
Sin separarnos en un ápice de la pero  
histórica y siguiendo el plan que al<sup>o</sup>, por  
ter el presente trabajo nos propusio que  
desarrollar, hemos extractado á grand<sup>o</sup> des-  
gos las importantes conquistas de los que  
rosos imperios de México y del Perú. Vu-  
tanos ahora entrar en cierto género de co-  
sideraciones que nuestro patriotismo co-  
españoles y nuestro deber como escritos  
que en todos los actos de la vida solo rin-  
ron ferviente culto á la verdad y se descul-  
ron humildes y respetuosos ante la magest-  
sa estatua de la justicia, nos sugieren en<sup>o</sup>  
ocasion presente.  
atá

...santidad de sus... res. Duque de  
 cipios, religio... dal resarado.  
 ...n pueblo ha suce... ante y... esens D.  
 ...enece á nuestra heroica raza... o: el  
 ...venas circula nuestra misma sangre.

...pues, extraño, que hallándonos conten-  
 ... su seno, tomemos una parte muy ac-  
 Ofrec... sus pesares y en sus alegrías, llegan-  
 uno esp... es hasta confundirnos con él en ten-  
 ve de e... y aspiraciones. Por eso mismo nos  
 plir n... el ver cómo al tratar ciertas cuestio-  
 necesi... inmensa mayoría de este pueblo sen-  
 del r... esprendiéndose de rancias é infunda-  
 Si... ocupaciones, sabe hacer al esclareciii  
 Cuba... mbre español la merecida justicia; as-  
 mer... nos es altamente sensible y doloroso  
 Col... como alguna que otra vez sucede, es-  
 un... ries qué solo la más crasa ignorancia ó la  
 ...lidad más refinada pueden inventar cuan-  
 se trata de anatematizar la dominacion  
 ...añola en América.

En los anales de la historia del mundo en-  
 ...co no se registra conquista alguna más hu-  
 ...sanitaria, más civilizadora, más provechosa-  
 ...los útil para el pueblo conquistado, que la

...go de J. Mor... los m... las sup... a-  
 ... á este re... na maneta...  
 ... todos... armasa... el disl...  
 ... d... anófagas, lotoragas y cazadte

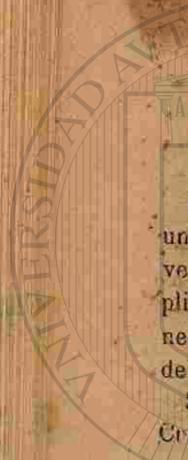
...ne vivian en la mas degradante esclavian  
 impuesta por sus emperadores y caciques el  
 no concedian á sus *vasallos* ningun derde-  
 sobre su propieda l ni sobre su persona que  
 disponian de ellos indiferentemente p pue-  
 caza, para la guerra, ó para el *sacrifi* la so-  
 les tenian tan oprimidos que segun la que  
 de un historiador de aquellos tiempos pero  
 mian un hueco les parecia que el *reys*, por  
 cia *merced*, porque fuera de esto les to que  
 lo que habian de comer y lo demás se des-  
 taban. Y á este pueblo degradado, en que  
 do por la servidumbre fuéronle aplicadgu-  
 instrucciones de la magnánima Isabel, to  
 decia á Ovando refiriéndose á los ind-  
 "Que sean tan libres como mis *sibdis*  
 españoles; que se les paguen regulares so  
 rios por su trabajo como personas libi-  
 como lo son, y no como *siervos*. Encontrar  
 un pueblo fanátizado por aquella bárbara  
 sangrienta idolatría indigena que celesta-

las... la santidad de sus... Duque de  
 propios religio... cual resacaado  
 es y por la suce... doctrina... esens D.  
 limitada a la practica grosera... o: el  
 s repugnantes: y este estúpido fanatismo  
 por los españoles reemplazado con la sa-  
 moral del Evangelio, con la salvadora  
 na del Redentor del Mundo, sábia-  
 Ofrec... difundida en estas dilatadas regiones  
 uno esp... brillante pléyade de evangelizadores  
 vo de er... escepcion alguna fueron en este pais  
 plir n... comparable modelo de sacerdotes, de  
 neces... oos y de hombres notables durante todo  
 del r... uo XVI; que derramaron por todos los  
 Si... gos de estos apartados y hasta entonces  
 Crba... los territorios, los supremos bienes de la  
 mer... azacion y del progreso. A sus poderosos  
 Col... uerzos se debe que la raza india, conside-  
 un... la como nociva y sacrificada en sangrien-  
 s hecatombes por pueblos que blasonan de  
 as civilizados y liberales que el español, se  
 onserve aqui, se aprovechen sus útiles ser-  
 cios, se le haya sacado de la miserable ab-  
 eccion, del estúpido embrutecimiento en que  
 los... era, y se le haya elevado al nivel que en

go de la Mor... los... a camp... a  
 a este rei... na manera...  
 di... indos... por esa... el dist...  
 da... primeros años... la conquista...  
 que en 1553 se erigiera en México en  
 Universidad literaria como la de Salamanca  
 y en 1551 otra igual en Lima, capital de  
 Perú. Ese mismo interés tan fecundo que  
 la instruccion popular ocasionó que pue-  
 entonces hasta el año 1816 floreciera la so-  
 México tres mil seiscientos ochenta e que  
 esclarecidos escritores, entre ellos pero  
 seis mugeres, que aparecen biografías, por  
 la Biblioteca publicada el último año, que  
 por el Dr. D. José Mariano Beristain des-  
 Souza.

Y si hay, por desgracia, algun ser tu-  
 norante ó malévolo que ponga en duda to-  
 inmensos beneficios que este pais debe a  
 dominacion española, para salir de su er-  
 no tiene necesidad de recurrir á extra-  
 fuentes ni consultar extranjeros autores.  
 mese la molestia de hojear un documento  
 cial, salido de las oficinas del actual Gobi-  
 no Mexicano, (El proyecto de Ley orga-  
 ata

...presentación de sus... Duque de  
 ...cipios religio... cual resacado.  
 ...e una dec. suce... D. ... asens D.  
 ...n el mes de Abril último) y ... o: el  
 ...consignadas las siguientes apreciaciones.  
 ...Treinta años despues de efectuada la con-  
 ...se erigia por real cédula la Univer-  
 ...e México, pero ya antes, y muy re-  
 ...Ofrec... todavía aquel memorable aconteci-  
 ...uno esp... habíanse fundado varias escuelas,  
 ...ve de el... por religiosos, y algunas de las cua-  
 ...plir n... ecieron singular proteccion por parte  
 ...neces... or D. Antonio de Mendoza. El inol-  
 ...del r... ue fray Pedro de Gante, cuya soliciud  
 ...Si... or de los indios le ha valido una glo-  
 ...Cr... ba... precedera entre los bienhechores de  
 ...mer... a... nidad, fundó en 1529, es decir, ocho  
 ...Col... despues de ocupado México por las ar-  
 ...un... españolas, una escuela de primeras le-  
 ...para los indios en el sitio en que más  
 ...e se estableció el colegio de San Juan de  
 ...lan. En 1524 los franciscanos levanta-  
 ...el convento de Santiago Tlatelolco, y  
 ...ques, el primer virey de la Nueva espa-  
 ...los... ndaba labrar allí un colegio para edu-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

h

go... de Mor... los...  
 ...a este... na manera  
 ...ndos... ró... el dis  
 ...de... de Santa Cr... legando á re  
 ...acien discipulos á quienes se ense  
 ...ba latin, lógica y filosofía."  
 ...«Largo seria enumerar las diversas di-  
 ...siciones dictadas por el gobierno espa... que  
 ...aquella época, favoreciendo la ense... pue-  
 ...sin que olvidara en obra de tamaña... la so-  
 ...dencia la educacion de la mujer... e que  
 ...prueba la escuela que despues fué co... pero  
 ...con el nombre de Colegio de Niñas... s, por  
 ...origen remonta á los tiempos primit... que  
 ...la colonia y que subsistió hasta n... des-  
 ...dias. Las leyes de Indias manifiestan... que  
 ...damente los altos fines religiosos y po... tu-  
 ...que el gobierno de la metrópoli se pro... to  
 ...realizar, recomendando entre otras c...  
 ...que se enseñase la lengua castellana á... s  
 ...indigenas, y proveyendo por medio de...  
 ...instruccion al porvenir, tanto de los nate...  
 ...les como de los hijos de los europeos...  
 ...con el nombre de mestizos formaban ya u...  
 ...parte considerable de la poblacion.» atá



®

las... santidad de sus... res. Duque de  
 cipios religio... al resacado.  
 de... los suce... Españ... esens D.  
 ando tan alta... como merecida... o: el  
 evacion de miras de varios de los gof...  
 de la metrópoli, termina esta parte de su  
 nado escrito con el siguiente significati-

rafo:  
 Ofrecida ligera reseña que antecede se viene  
 uno esp... miento que la instrucion pública  
 ve de e... n constante progreso durante el  
 plir n... colonial, desde los primeros años  
 necesi... eron á la conquista, hasta la época  
 del r... se inició la guerra de insurrección y  
 Si... sumó la indepenca: en los tres siglos  
 Urb... ró aquel periodo, no es difícil distin-  
 mer... a influencia monacal y jesuítica por  
 Col... o de los conventos de religiosos y cole-  
 un... de la compañía; la influencia propia-  
 te clerical por el establecimiento de se-  
 arios en varias ciudades del país, y la  
 p... onderancia del elemento civil por la  
 ion directa del Gobierno en los últimos  
 ps del régimen vireinal.  
 h... dicho nos releva del improbo trabajo

go... de Mo... los... a...  
 a este per... na manera  
 ni... ndos... vechosa... el dist...  
 c... de... inacion en él de nuestros ante-  
 dores. No defenderiamos hoy su régimen  
 colonial, porque lo hallamos muy léjos del  
 ideal político de la época presente; ni conde-  
 namos la independencía mexicana, porque  
 este sentimiento muy natural á todos los pue-  
 blos que se hallan en aptitud de ejercer la so-  
 beranía, es para nosotros tan respetable que  
 hasta en sus extravíos lo aplaudimos; pero  
 por muchas concesiones que hagamos, por  
 democrata y avanzado que sea el criterio que  
 nos inspire, no podemos desconocer, ni des-  
 conocerá nadie sin faltar á la justicia, que  
 esa misma dominacion española, que algu-  
 nos censuran sin razon ó sin conocimiento  
 de lo que fué; ese régimen colonial que aun-  
 que parezca duro, era el solo adaptable á las  
 circunstancias en que la necesidad lo impu-  
 so, fueron de inmejorables resultados prácti-  
 cos. A ellos debe el pueblo mexicano el ha-  
 berse colocado en las brillantes condiciones  
 en que hoy se halla para figurar en el catá-





220  
tas de su continuad de su aran nue Duque de  
empres religioas de las clu. l'esecado  
nieran emprendido si los destinos de sus pañ  
hubieran estado en manos de otro monarc  
que no se llamase Felipe II, tenian á nuestro  
pais en una triste situacion, que por des-  
gracia debia empeorarse considerablemen-  
te en los tres sucesivos reinados de la ca-  
za de Austria, de cuyos hechos nos vamos á  
ocupar.

En 13 de Setiembre de 1598 entró á rei-  
nar Felipe III, apellidado despues el *Pací-  
fico* por la paz que hizo con Inglaterra y con  
los Estados de Flandes. Su reinado no ofre-  
ce nada de notable. En 1609 fueron expul-  
sados de España cerca de un millon de mo-  
ros que aun quedaban habitando en nuestro  
rico suelo, cuya medida ha sido ensalzada  
por algunos historiadores y censurada por  
otros; nosotros nos adherimos á esta última  
epinion, porque no vemos motivo razonable  
que justifique la expulsion de aquellos hom-  
bres sumamente útiles á la agricultura, al  
comercio y á las artes, los cuales vivian en  
pacífica obediencia á las leyes del país.

217  
go de. Por parte de los u. d. r. a. n. a.  
a este reinado de una manera favora  
fundándose en que durante el disfrutó la  
cion de los inmensos bienes de la paz que  
tanto anhelaba, y vió resplandecer la justi-  
cia.

El 31 de Mayo de 1621 falleció el rey, de-  
jando por sucesor á su hijo Felipe IV, el  
cual no sabemos hasta qué punto mereció el  
dictado de *Grande*, con que le engalanan al-  
gunos historiadores.

Inauguróse este reinado con la guerra que  
tuvimos que sostener en la *Valtelina* (dila-  
tado valle situado en el país de los *Grisones*,  
que se extiende de Norte á Oriente en el Mi-  
lanesado, y que poseiamos desde el año  
1615) contra la Francia, Savoya y Venecia,  
confederadas para arrancarnos el dominio  
de aquel territorio; pero despues de repeti-  
dos combates en que nuestras armas lleva-  
ron la mejor parte, se firmó á principios de  
1626 el tratado de Monzon, que puso térmi-  
no á la lucha; siendo la *Valtelina* restituida  
á los *Grisones* bajo la garantía de España y  
Francia.

En el mismo año, el célebre Marqués de Medina Sidonia había logrado escarmentar duramente á los ingleses que desembarcaron en Cádiz, causándoles grandes pérdidas y obligándoles á reembarcarse.

Encendida nuevamente la guerra en los Países Bajos y confederados los holandeses con el rey de Dinamarca, enviaron contra España una escuadra de treinta buques que en las aguas de Gibraltar fué derrotada por la nuestra al mando del esclarecido D. Rodrigo de Toledo; mientras que el valiente conde de Heredia Spínola conseguía una señalada victoria con la importante toma de la plaza de Breda.

Muerto en Setiembre de 1630 este esclarecido general, la guerra tomó para nuestras armas un desfavorable aspecto: luchóse con feroz encarnizamiento, y nuestros soldados realizaron innumerables proezas; pero nuestra estrella principiaba á eclipsarse, hasta llegar el caso de ocultarse por completo tras de las espesas nubes en que venia envuelta la furiosa tempestad que la historia conoce bajo el nombre de batalla de Rocroy, librada

el 3 de Marzo de 1643. Allí fué completamente derrotada por el Duque de Engen nuestra caballería, y segun Rocquancourt: "cuando la temible infantería española, formando un solo cuerpo con una batería de ocho cañones en el centro del derrotado ejército, estaba impasible ante el inminente peligro que le amenazaba, parecia un muro de bronce en medio de un edificio destruido." Su heroica resistencia fué la de soldados que defendían y tenían empeño en conservar su gloriosa reputacion de ocho siglos.

Para vencerla tuvo el general francés necesidad de hacer uso de sus reservas, y solo despues de haber perdido á su heroico jefe, el Duque de Fuentes, y mas de la mitad de la fuerza, se retiraron las tropas españolas; "pero se retiraron, dice el conde de Clonard, como un leon herido, con marcial continente é imponiendo á sus vencedores." "Aquella fué uno de los primeros para su gloria, pero tambien el último de la existencia de nuestra vieja infantería.

El enemigo supo aprovecharse de aquella victoria, y aunque nuestras tropas continua-

ron batiéndose con su acostumbrado va-  
entusiasmo, triunfando en varios encuentros  
y colmándose de gloria en la célebre batalla  
de Valenciennes, fuimos derrotados en la de  
de las Dunas, que ocasionó la pérdida de in-  
finidad de plazas y dió lugar á que en 1659  
se firmase la paz del *Bidasoa*, ó de los *Pi-  
rineos* por la que España perdió muchas de  
las posesiones que hasta entonces dominara.

Las despóticas medidas adoptadas por el  
conde-duque de Olivares, favorito de Felipe  
IV y hombre sumamente funesto para los  
destinos de nuestro heroico pueblo, dieron  
lugar en 1640 á la sublevacion del Princi-  
pado Catalan, al que apoyaban los franceses,  
y del reino de Portugal que acaudillado por  
el Duque de Braganza proclamó su independen-  
cia,

Despues de una horrible lucha entre her-  
manos, fueron los catalanes vencidos por la  
fuerte superioridad de las armas de Castilla,  
y cayeron entre cadáveres y escombros las  
libertades catalanas. Más felices los portu-  
gueses vencieron á los soldados de Felipe  
IV y consiguieron sacudir el ominoso yu-

go de la despótica casa de Austria, con cu-  
y hecho si lograron su independenciam, per-  
dieron una gran parte de su preponderancia  
europea y de sus aspiraciones á futuro en-  
grandecimiento; pues como muy sabia y oportu-  
namente, dice el citado conde de Clonard,  
“aquella separacion fué igualmente fatal para  
portugueses y castellanos; por ambos  
pueblos se habian roto las leyes de la natu-  
raleza, los dos debian renunciar al elevado  
rango que les pertenecia en las grandes na-  
cionalidades.

El 6 de Junio de 1665 se libró la sangrien-  
ta batalla de Villaviciosa en que vencidos  
los españoles por el poderoso ejército lusita-  
no que mandaba Marialva, quedó affan-  
zada la independenciam; independenciam que  
nosotros bendecimos como la de todos los  
pueblos que cual el portugués son dignos  
de ella; pero de fatalisimas consecuencias  
para todos los hijos de la Peninsula ibérica,  
unidos por la naturaleza, por la tradicion y  
por sus comunes intereses, separados úni-  
camente por la ominosa mano de un orgullo-  
so despota.

Si realizado uno de los más bellos ideales del progreso moderno, estos dos pueblos vieran á juntarse, ellos que por igual son nobles, valientes y esforzados, constituirían de fijo una de las naciones más florecientes de Europa, renovarían las antiguas glorias de los iberos y recuperarían la preponderancia que en los destinos del mundo ejercieran sus antepasados en aquellas sus felices épocas de mayor gloria y apogeo.

Nosotros que nos preciamos de ser tan buenos españoles como el que más; nosotros que en largas y penosas campañas hemos derramado con placer nuestra sangre por la patria y volveremos con igual entusiasta fe á derramar aquella el día en que esta peligro; nosotros que amamos tanto como á nuestro pueblo al heroico y noble pueblo portugués, en cuyo seno hemos vivido y donde conservamos muchas de nuestras más caras afeciones; anhelando únicamente el bien de ambos Estados, veríamos con sumo gusto su venturosa y definitiva union, realizada en aquella forma que su mútuo interés exige y que el derecho llegará á establecer; pero

union, sólida, duradera, como debe ser la union de dos hermanos que se aman, y que juntos nacieron, crecieron y se desarrollaron; que unidos lucharon y vencieron á los tiranos que intentaron oprimirles, y que unidos están llamados á realizar los puros y bellos ideales del progreso moderno.

Creemos firmemente que esta dichosa union, verdadera base de la futura felicidad de la Península ibérica, llegará al fin á realizarse, porque conocemos muy á fondo el noble espíritu que en este sentido anima á la mayoría del pueblo portugués, que rechaza con energético teson la ingerencia de Inglaterra en sus asuntos, y que si odiaba con sobrado fundamento á la España de los Felipes II y IV, ama con fraternal cariño á la España moderna, la cual ni pretende esclavizarle ni unirlo al carro triunfal de sus victorias, sino compartir con él los laureles conquistados en el palenque de la civilizacion, en la lucha del derecho contra el abuso, del trabajo contra la holganza, de la virtud contra el crimen.

.....

Siguiendo nuestra penosa narracion histórica, es llegado el caso de consignar que el 17 de Setiembre de 1665 falleció Felipe IV, dejando por heredero de sus Estados á su hijo D. Carlos, quien no contando más que cuatro años de edad no pudo tomar posesion de la corona, quedando los destinos del pais en manos de una regencia, á cuyo frente se hallaba la reina madre Doña María Ana de Austria.

Lo mismo esta fatal regencia que el no menos fatal reinado del inepto Carlos II el *hechizado* no hicieron más que oscurecer las antiguas glorias españolas: nuestras *armas* fueron derrotadas en Flandes, en Italia y en los Países-Bajos, y la nacion *soberana de dos mundos*, la que al orbe entero eclipsara con el fúlgido resplandor de sus victorias, llegó al último grado de su más horrible y vergonzosa decadencia; no conservando á la muerte de Carlos, ocurrida el 1º de Noviembre de 1700, mas que una ligera idea, un vago recuerdo de lo que habia sido dos siglos antes, cuando el primer Carlos rigiera su destinos.

¡Tanto influyen en la ventura y poderio de los pueblos la aptitud de los hombres llamados á gobernarles!

¡Y el imbécil Carlos II no podia ser más inepto.

Con él terminó la dominacion en España de la casa de Austria, que nos dejó arruinados, empobrecidos, compadecidos quizá por el mundo que antes nos admiraba, y que nos legó la triste herencia de una lucha fratricida de la cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIV

Dinastía borbónica.—Felipe V, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV.—Guerra de sucesion.—Cuádruple alianza.—Terribles luchas.—Hondos quebrantos.—Desastres marítimos.—Combate de Trafalgar.—Invasión francesa.

Cumpliendo lo ordenado por Carlos II en su testamento, se inauguró en España la dinastía borbónica, que simbolizaba la célebre frase de Luis XIV "ya no hay Pirineos", con el advenimiento al trono de Felipe de Anjou, nieto del monarca francés y de María Teresa, hermana del *Hechizado* rey, é hijo segundo del Delfín de Francia. Proclamado rey de España, tomó el nombre de Felipe V, y su autoridad fué desde luego reconocida y acatada por la Flandes española, el Minesado y Nápoles; pero al ver el emperador de Alemania perdida la esperanza de que su hijo el archiduque Carlos cifiese á sus sienes la corona de Castilla, apoyado por In-

glaterra, Holanda, Prusia, Portugal, Savoya y Módena, inició la guerra llamada de *sucesion* entre Francia y España, á la vez que en Cataluña y Nápoles se dejaban sentir fuertes conatos de insurrección, promovidos por los partidarios del archiduque contra Felipe V que se hallaba dispuesto á defender á todo trance su corona amenazada por la casa de Austria.

Con asombrosa rapidez se encendió la guerra en Italia, los Países Bajos y principalmente en España, cuyo territorio invadió el archiduque con un grueso cuerpo de alemanes al que en breve se unieron importantes refuerzos ingleses y portugueses.

En aquella horrible y desoladora lucha tomó parte á favor del austriaco todo el extenso territorio comprendido en los límites que en otro tiempo marcaron el dominio de la antigua corona de Aragón, viéndose todo el país devastado por los extranjeros y desahogado en la fratricida contienda que nuevamente enrojecía los fértiles campos de la patria.

Agena á nuestro propósito la odiosa mi-

ción de narrar episodios de las luchas civiles, pasaremos por alto las sangrientas escenas que tuvieron lugar en los doce años que duró aquella cruenta guerra, en la cual tomó parte toda la Europa que nuevamente tuvo ocasión de admirar el incomparable heroísmo de los españoles, y que dió lugar al tratado de Utrech (1712) por el cual se consolidó en España la dinastía de los Borbones á costa de torrentes de sangre y de la pérdida de Gibraltar y nuestras posesiones de Italia y Flandes.

Poco tiempo despues el emperador Carlos II, pisoteando el tratado referido, infirió á España una porcion de agravios y ocupó la Sicilia en son de guerra, creyendo que los españoles, aniquilados por tantos esfuerzos y destrozados por tantas luchas, no podrian oponer la más mínima resistencia; pero se equivocó en sus ilusorios cálculos, pues inmediatamente se aprontó en Barcelona una armada con 12,000 hombres de desembarco, que arribó á Cagliari [Cerdeña] en el mes de Agosto de 1717. A los dos meses toda la isla estaba en nuestro poder; y recrudecida

la guerra al siguiente año, la nacion española en masa respondió solícita al supremo llamamiento del honor: migueletes de Cataluña, contrabandistas de Sierra Morena, nobles y estudiantes, todas las clases de la sociedad se forman en regimientos, multiplicanse los esfuerzos, los sacrificios de todo género; y de esta manera, el célebre cardinal Alberoni, reanimando la amortiguada llama de nuestras glorias nacionales reunió un lucido cuerpo de 30,000 hombres, y lo lanzó á las costas sicilianas, dejando atónitas á las potencias que en el horrible estado de triste postracion y abatimiento en que la España se hallaba, no creian posible la realizacion de empresa tan arriesga cuanto difícil.

Palermo, Siracusa y Castellamare abrieron sus puertas á la expedicion española que marchaba triunfante de victoria en victoria cuando la escuadra inglesa, faltando á sus deberes de neutralidad, arrojó 4,000 alemanes sobre la isla y provocó el combate naval librado en las aguas de Siracusa el día 11 de Agosto de 1718, en el cual el viento, y no

otra causa alguna, dió la victoria á nuestros enemigos, que no obstante la compraron bastante cara. Grandes prodigios de valor se realizaron allí por los valientes marineros españoles: el bizarro almirante Gartañeda combatió heroicamente contra siete navios hasta que cayó mortalmente herido; entonces toda la escuadra, envuelta en una nube de fuego y de sangre fué apresada ó destruída, despues que los mutilados cadáveres de sus heroicos defensores hallaron sepultura en las enrojecidas aguas y pasaron á ser pasto de los hambrientos peces.

Miéntas tanto el ejército expedicionario habia puesto sitio á Messina, una de las plazas más fuertes de Europa, delante de cuyos imponentes muros se multiplicaron los encarnizados combates librados por los españoles contra los aliados ingleses, piamonteses y austriacos. Por fin, á costa de mil esfuerzos y despues de un desesperado asalto, pudo el marqués de Lede el dia 30 de Setiembre del referido año 1718, enseñorearse de aquellos formidables baluartes.

Desde allí partió en busca del ejército ale-

man al que en 15 de Octubre siguiente derrotó en la bata la de Melazzo; quedando ya muy pocas esperanzas á nuestros enemigos, cuando Luis XV de Francia arrojó contra nosotros su fuerte espada en la balanza de la guerra.

Abrieron la campaña los franceses en el mes de Abril de 1719, apoderándose de Pasa ges, Fuenterrabia, y San Sebastian ántes de que Felipe V, que al frente de 15,000 hombres habia salido á socorrer dichas plazas, pudiese llegar al encuentro de los invasores. Desde entónces todo se conjuró en contra nuestra: el marqués de Lede, oprimido por 60,000 austriacos tuvo que ir cediendo todas sus conquistas; los ingleses saquearon á Vigo de una manera horrible y Holanda se puso de parte de los aliados, formándose la cuádruple alianza; el desgraciado Alberoni pagó con el destierro su poca fortuna, y una paz bochornosa nos obligó en 1720 á evacuar para siempre la Sicilia y Cerdeña, sin que tan sensibles quebrantos tuvieran para nosotros otra compensacion que la victoria obtenida por el marqués de Lede contra los

moros en las inmediaciones de Ceuta el día 15 de Noviembre de 1720.

Las esperanzas defraudadas, las intrigas de Francia, y algunos otros motivos que aún continúan envueltos en el velo del misterio, hicieron que Felipe V, presa de mortal melancolía, abdicase la corona en su hijo Luis y se retirase el 15 de Enero de 1724 al real sitio de San Ildefonso. Entónces ocupó el trono el nuevo rey, bajo el nombre de Luis I, el cual murió de viruelas malignas el 19 de Agosto del mismo año, sin haber hecho nada que realizase su nombre, volviendo Felipe V á empuñar el cetro de Castilla.

Felipe V volvió al poder enteramente resuelto á vengar los ultrajes recibidos y á tomar la revancha de las pérdidas sufridas. La primera operacion que de su orden se emprendió fué el sitio de Gibraltar, que por torpeza del conde de las Torres hubo que levantar en 1727 sin obtener más resultado que malgastar inútilmente mucha sangre y no poco dinero. Más feliz el conde de Montemar, al poco tiempo consiguió al frente de

26,000 hombres recuperar la plaza de Oran, de la cual en 1708 se habian apoderado los africanos apoyados por los ingleses que supieron aprovecharse de nuestras discordias civiles.

El mismo Montemar logró en Italia una larga y no interrumpida série de brillantes triunfos que acabaron de coronarse en la gloriosa batalla de Bitonto, la cual levantó á nuestras armas de su pasagera postracion y acabó de decidir la suerte de Nápoles; pero desterrado el valiente caudillo por efecto de viles manejos empleados por los miserables cortesanos celosos de su gloria, su ausencia del campo de batalla envalentonó considerablemente á los austriacos que en dos campañas se apoderaron de todo el Milanesado, mientras que la funesta batalla de Plasencia (16 de Junio de 1746), en la que nuestras valientes tropas fueron abrumadas ante la enorme superioridad numérica de nuestros enemigos, nos privó de aquella bellísima Italia, constante aspiracion de los gigantes del renacimiento.

El profundo pesar ocasionado por tan gran

desastre, apresuró la muerte de Felipe V, quien el 9 de Julio de 1746 falleció á los cuarenta y seis años de reinado, dejando como político una fama muy inferior á la que en aquella época de diplomacia pudo y debió alcanzar, si bien como guerrero supo ceñirse inmarcesibles laureles que para marchitarlos hicieron necesario el combinado esfuerzo de toda la Europa.

Fernando VI su primogénito y sucesor, era un jóven de bellísimo carácter que con habilidad suma condujo las negociaciones, encaminadas á cicatrizar las profundas heridas de la patria, hasta conseguir la paz de Aquisgran que le permitió dedicar los trece años que duró su reinado á las grandes reformas tan urgentemente demandadas por el abatido estado del país. Al morir el 10 de Agosto de 1759 recayó la corona en su hermano Carlos III que á la sazón gobernaba el reino de Nápoles con tanta sabiduría como bondad.

El reinado de Carlos III fué sumamente provechoso para el país que obtuvo de él grandes beneficios, si bien al combatir con-

tra el colosal poder marítimo de Inglaterra, sufrimos algunos lamentables reveses y la pérdida de la Florida y otras posesiones.

El 14 de Diciembre de 1780 bajó al sepulcro este esclarecido monarca, cuya muerte fué con justicia llorada por la nación entera que tan eminentes servicios le debía, pasando la corona á su hijo primogénito Carlos IV, cuyo reinado fué en todos conceptos sumamente fatal para los destinos de nuestro heróico pueblo, digno siempre de mejor fortuna.

En 1792 las importantes posesiones de Ceán y Mazalquivir, que constituían un rico caudal de glorias y recuerdos, fueron cedidas al bey de Argel á cambio de un miserable puñado de oro, y al siguiente año nos vimos envuelto en una guerra con la República francesa, que aunque gloriosa para nuestras armas había de ocasionarnos lamentables pérdidas y quebrantos. Al describirla dice un historiador de acreditada fama:

“El ejército de Cataluña, á las órdenes del hábil Ricardos, penetró en territorio enemigo

y se apoderó de varios puntos de los Pirineos orientales; reforzado con varios regimientos derrota al general Desfléas (18 Mayo 1793) y lleva la consternación hasta las puertas mismas de Perpignan. La llegada del general Dagobert al campo enemigo, cambió las cosas como por encanto; por medio de un admirable golpe de audacia se lanza sobre el país que Ricardos dejara á su espalda, sorprende á Puigcerdá y derrota en Oleta al general Vasco. El español entonces, fuertemente posesionado en la frontera, logra atraer al enemigo y casi lo aniquila en dos sangrientas batallas. A contar con más fuerzas, sin duda se hubiera dado la mano con las provincias meridionales de la Francia que se habían sublevado contra la sangrienta Convención.

El ejército del Bidasoa, que acaudillaba el general Caro, invadió también el opuesto territorio, tomó por asalto á Castillo-Piñon, punto que se tenía por inexpugnable y se estableció sólidamente. En tan favorable coyuntura falleció el ilustre Ricardos llevándose la fortuna envuelta en su poderoso ge-

nio. El conde de la Union, que le sucedió en el mando, caminó de yerro en yerro y batiéndose en retirada (Noviembre 1794) llegó á San Lorenzo, en cuyo punto fué atacado tan diestra y rudamente por el francés Dugommier, que perdió la vida juntamente con la de diez mil españoles. Por la parte del Bidasoa multiplicáronse los desaciertos, hijos más de la poca capacidad del ministro Godoy que de las faltas de los generales; y como resultado, mientras por Cataluña llegaba el francés hasta Gerona, penetró en Irun, tomó á San Sebastian, pasó el invierno enseñoreándose de Guipuzcoa y al año siguiente amenazaba á Castilla la Vieja. En este estado, el gobierno revolucionario, regido por principios de orden, abrió las primeras negociaciones de la paz, la que se firmó devolviéndose mutuamente ambos beligerantes las conquistas que se habían hecho (23 de Julio de 1795.) Parecía que una estrella de maligno influjo turbaba el juicio de nuestros gobernantes; pues que de otra manera no puede concebirse el tratado ofensivo y defensivo que se llevó á cabo entre Carlos IV y el Directorio

francés, que por lo pronto nos costó la pérdida de muchos navíos en el sangriento combate de Cabo de San Vicente favorable á la escuadra inglesa (1797); que luego supo explotar Bonaparte con superior habilidad llevándose á Dinamarca una lucida division á las órdenes del marqués de la Romana; que nos arrastró á las tragedias del cabo Finisterre (1804), liquida tumba de la marina española que aún con ronca elocuencia cuenta la heroica muerte de Gravina, Churrua, Galiano, el inaudito valor de los Cajigales, los Buirones y tantos otros como allí cayeron; y que por último permitió al ya Emperador Napoleon, cuando sus gigantescos proyectos tocaban á la madurez, meter en España un formidable ejército bajo el pretexto de la conquista de Portugal, apoderarse de nuestras primeras plazas de guerra, y arrancarse la careta en Madrid despues de un hecho incalificable (2 de Mayo 1808.)

Aquí comienza una gran epopeya que describiremos en sus principales y más decisivos episodios ya que la índole de nuestra publicacion no nos consiente mayor latitud.

CAPITULO XXV

Reinados de Fernando VII, Isabel II y Alfonso XII.  
—Guerra de la independencia—Discordias civiles.—Campañas de Africa, Santo Domingo y Cuba.

La sagacidad de Napoleon y la torpeza de los miembros de la familia real española, mal aconsejada y presa de lamentables disidencias, dieron lugar al cautiverio de nuestros reyes en Bayona, donde se representaron escenas tan censurables como escandalosas, cuyo solo recuerdo es un infame padron de ignominia para la memoria de cuantos en ellas intervinieron. Las mismas causas facilitaron la entrada en Madrid de un fuerte y poderoso ejército mandado por el sanguinario Murat que siguiendo las inspiraciones del ambicioso emperador aspiraba á la conquista de la heroica nacion española.

francés, que por lo pronto nos costó la pérdida de muchos navíos en el sangriento combate de Cabo de San Vicente favorable á la escuadra inglesa (1797); que luego supo explotar Bonaparte con superior habilidad llevándose á Dinamarca una lucida division á las órdenes del marqués de la Romana; que nos arrastró á las tragedias del cabo Finisterre (1804), liquida tumba de la marina española que aún con ronca elocuencia cuenta la heroica muerte de Gravina, Churrua, Galiano, el inaudito valor de los Cajigales, los Buirones y tantos otros como allí cayeron; y que por último permitió al ya Emperador Napoleon, cuando sus gigantescos proyectos tocaban á la madurez, meter en España un formidable ejército bajo el pretexto de la conquista de Portugal, apoderarse de nuestras primeras plazas de guerra, y arrancarse la careta en Madrid despues de un hecho incalificable (2 de Mayo 1808.)

Aquí comienza una gran epopeya que describiremos en sus principales y más decisivos episodios ya que la índole de nuestra publicacion no nos consiente mayor latitud.

CAPITULO XXV

Reinados de Fernando VII, Isabel II y Alfonso XII.  
—Guerra de la independencia.—Discordias civiles.—Campañas de Africa, Santo Domingo y Cuba.

La sagacidad de Napoleon y la torpeza de los miembros de la familia real española, mal aconsejada y presa de lamentables disidencias, dieron lugar al cautiverio de nuestros reyes en Bayona, donde se representaron escenas tan censurables como escandalosas, cuyo solo recuerdo es un infame padron de ignominia para la memoria de cuantos en ellas intervinieron. Las mismas causas facilitaron la entrada en Madrid de un fuerte y poderoso ejército mandado por el sanguinario Murat que siguiendo las inspiraciones del ambicioso emperador aspiraba á la conquista de la heroica nacion española.

Crítica por demás era la situación de nuestra patria que se encontraba huérfana de poderes, sin autoridades que la dirigieran, engañada, sorprendida, sin ejército, sin recursos de ninguna especie para contrarestar el avasallador empuje de los acreeditados generales del imperio seguidos por aquellas aguerridas legiones vencedoras en cien y cien combates y que habían llevado el espanto, el terror y la admiración por todos los ámbitos de Europa.

Empero los denodados descendientes del Cid y de Pelayo que jamás repararon en la enormidad de los peligros, ni nunca hallaron obstáculos que les impidiesen acudir al supremo llamamiento del honor y del deber, supieron en esta ocasión renovar las glorias de sus antepasados y dar al mundo un nuevo y elocuente ejemplo de su heroísmo incomparable.

El 2 de Mayo de 1808, el pueblo madrileño indefenso, sin armas, sin jefes, pero celoso de su libertad é independencia, se arrojó sobre las numerosas fuerzas francesas que ocupaban á la Córte. Trabada con feroz en-

carnizamiento la desigual y formidable lucha, las calles se inundaron por arroyos de sangre, y el pueblo sucumbió ante la enorme superioridad de las bayonetas napoleónicas, sacrificándose un gran número de inermes é inocentes seres que ni siquiera habían presenciado la fatal contienda ni hecho otra cosa que oír el ronco estampido del mortífero cañon y los desgarradores ayes de los moribundos. Entre las innumerables víctimas que la infame alevosía del orgulloso déspota inmoló en aquella horrible hecatombe, figuraron los heroicos capitanes de Artillería Dobiz y Velarde, cuyo heroico valor les elevó al morir por su patria al más alto pedestal del suntuoso templo de la fama.

La sangre generosa, con profusión derramada en Madrid, no quedó sin venganza, tan noble y grande como digna de la patria de Sagunto y de Numancia. El glorioso alzamiento del 2 de Mayo, propagóse con la rapidez del relámpago á todos los ámbitos de la Península: al mágico grito de ¡Dios, patria y rey! que por entonces simbolizaba las mas santas aspiraciones populares, hom-

bres, mugeres, niños y ancianos corrieron al campo de batalla cual tigres sedientos de sangre, que ansiaban humillar el arrogante vuelo de las águilas francesas ó ser por ellas devorados, inaugurándose desde luego la desigual y heroica guerra de la independencia, que durante seis años affigió á España, sacrificando en los campos de batalla la flor de su juventud, pero que hizo renacer y salvó nuestra nacionalidad valientemente reconquistada en más de cuatrocientos hechos de armas cuyo brillo deslumbró al mundo entero que atónito nos contemplaba.

El primer combate formal que se libró fué la memorable batalla de Bailen (19 de Junio 1808) en la que treinta mil reclutas sin fogear, acaudillados por Reding y Castaños, vencieron á las aguerridas tropas francesas mandadas por Dupont, haciendo á estas dos mil muertos y tres mil heridos, y dando á conocer á la Europa entera que Napoleon á quien se consideraba invencible, era vulnerable y podia muy bien ser vencido por pueblos tan celosos de su libertad é independencia como el pueblo español que un día aba-

tiera el potente predominio cartaginés, otro fuera el terror y espanto de la orgullosa Roma y más tarde logró aplastar al horrible mónstruo del islamismo.

A los pocos dias, el valiente Marqués de la Romana, que por disposicion del Principe de la Paz (Godoy), se hallaba con ocho mil hombres al servicio de Napoleon en Dinamarca, oyendo la elocuente voz del patriotismo, abandonó su campo de operaciones y despues de vencer mil obstáculos en su penosa y arriesgada marcha de retroceso, llegó á España con su gente, ardiendo en nobles deseos de sacrificarse por la independencia de su heroico pueblo.

Numerosas páginas se necesitarian para narrar el unánime é imponente levantamiento de todas las provincias españolas; los mil sangrientos combates que á cada paso se libraron en la áspera Navarra, en la industriosa Cataluña, en las dilatadas llanuras de Castilla y Aragon, en los risueños valles de Asturias y Galicia, en las poéticas regiones de Andalucía, Valencia y Murcia; las fabulosas hazañas de los guerrilleros mandados

por Mina, López Baños, el Empecinado, Palarea y otros bizarros caudillos, terror de los vencedores de Austerlitz y de Ulm; los gravísimos inconvenientes con que el mismo Napoleón tropezó al pisar nuestro territorio; los sangrientos episodios que todos hemos oído contar desde nuestra más tierna infancia y que forman una sublime epopeya no menos maravillosa que la que en el siglo VIII principió en las breñas de Covadonga. En la imposibilidad de hacer un cuadro completo nos fijaremos tan solo en los puntos más salientes.

Las heroicas Zaragoza y Gerona, después de resistir con incomparable tesón sus horribles sitios, cayeron asombrando al mundo é inmortalizando los esclarecidos nombres de sus valientes defensores y los de los ilustres generales Palafox y Alvarez de Castro, mientras en la célebre batalla de Talavera, después de un desesperado combate, los franceses mandados por el intruso rey José Bonaparte, fueron vencidos por los españoles y sus aliados los ingleses, á las órdenes de Cuesta y Wellesley causándoles más de

siete mil bajas. Continuando la guerra penetraron á sangre y fuego los franceses en Andalucía y Asturias resistiendo la plaza de Cádiz tan enérgica y gloriosamente que no fué posible su rendición. Diariamente se libraban innumerables combates parciales por los cuerpos francos ó partidas de *guerrilleros*, compuestas de paisanos conocedores del país, valientes y audaces hasta la temeridad, aunque sin táctica ni organización militar, que no dejaban á los franceses ni un solo momento de sosiego.

Andando el tiempo y siguiendo con varia fortuna aquella titánica lucha que atónito el mundo contemplaba con creciente admiración, llegó el 16 de Mayo de 1811 en que se libró la famosa batalla de Albuera, la más encarnizada de cuantas tuvieron lugar durante *la guerra de la independencia* y en la cual nuestras tropas derrotaron completamente al enemigo causándole trece mil bajas.

Las gloriosas jornadas de Ciudad Rodrigo, Arapiles, Vitoria y San Marcial, sumamente funestas á los franceses, y otra porción de importantes victorias conseguidas por nues-

tras armas durante los años 1812 y 13, obligaron á los franceses á evacuar el suelo español regado con sangre de valientes, dejando en nuestros enrojecidos campos los destrozados cadáveres de seis cientos mil de aquellos hombres que se consideraban invencibles; poniendo fin á aquella horrible lucha, durante la cual la noble España reconquistó su independencencia y abatió por completo el pujante vuelo de las águilas altaneras que guiaba el potente génio del gran Napoleón. El tremendo golpe asestado por el heroísmo español á la cabeza del orgulloso déspota que estuvo á punto de dominar el mundo y que habia de morir en la lejana y solitaria roca de Santa Elena, influyó considerablemente en el reposo y tranquilidad de toda la Europa que tras la sangrienta catástrofe de Waterloo volvió á su normal estado.

No es ciertamente por odio al pueblo francés, á quien admiramos por sus cívicas virtudes y respetamos por su sólida instrucción y ferviente amor al trabajo, que desenterramos estos recuerdos tan gloriosos para nuestra

patria. La noble y heroica nacion francesa que hoy marcha á la vanguardia de la civilizacion europea, y que desde hace mucho tiempo es el porta-estandarte de la libertad moderna, es para nosotros en todos conceptos muy estimable; y en verdad que no fué ella quien á principios del presente siglo nos hizo la guerra, sino el orgulloso déspota que entónces rigiera sus destinos: la Francia es en la actualidad la mejor amiga de España, en cuyas desgracias y en cuyas alegrías toma siempre una parte muy activa, como recientes sucesos lo han demostrado de un modo harto elocuente; Francia y España, como pueblos hijos de una misma raza y hasta cierto punto identificados en tendencias y aspiraciones, viven en la mejor armonía, unidos por los fuertes lazos de la mas pura y fraternal amistad; lazos fundados en la mútua conveniencia y en los comunes intereses, siendo de suponer que no lleguen jamás á romperse, de lo cual españoles y franceses solo tendremos motivo para felicitarnos.

.....

Volviendo á la historia de nuestra infortunada patria, no fueron por desgracia justamente recompensados sus nobles sacrificios; pues lamentables escenas, que quisiéramos ver borradas de las ensangrentadas páginas de la historia del dominio de los poderes absolutos y dictatoriales y del enlutado libro de nuestras discordias civiles, tuvieron lugar en 1814 al regreso del rey Fernando VII, oscureciendo las glorias nacionales y sacrificando en vergonzosos patibulos á los más heroicos defensores de la independencia española. Estas mismas escenas de sangre y luto, estas mismas discordias civiles, con harta frecuencia repetidas en varias épocas de aquel infausto reinado, y que ajenas á nuestra mision y repugnantes á nuestro carácter, deben ser por nosotros omitidas en estos ligeros apuntes, dieron lugar á la pérdida de la mayor parte de nuestras posesiones americanas y al decaimiento de la heroica nacion española, cuyo orgullo nacional fué humillado en el Trocadero por los cien mil hijos de San Luis que llamados por el mismo rey vinieron en 1823 á restaurar por la fuerza de las bayonetas

extranjeras el reinado del absolutismo, odiosamente rechazado por el innovador esptitu del siglo.

Tampoco debemos ocuparnos de la sangrienta lucha civil sostenida desde 1833 á 1840 entre los partidarios de la jóven reina Isabel II y los del pretendiente D. Carlos. Durante ella, por una y otra parte se luchó con sin igual bravura, con heroismo incomparable, corriendo á torrentes por los feraces campos de la patria la noble sangre de hermanos destinada á mas altas empresas, hasta que por fortuna lució la riente aurora del 21 de Agosto de 1839 en que los generales Espartero y Maroto terminaron con un fraternal abrazo aquella desoladora lucha fratricida que ojalá y nunca se hubiera reproducido. Desgraciadamente no ha sucedido así; pues la generacion presente no ha hecho otra cosa que malgastar sus esfuerzos en estériles contiendas que no hemos de relatar, porque para desdicha de todos están muy recientes y sus desastrosos efectos profundamente grabados en el corazon de los buenos españoles.

En la gloriosa campaña de Africa (1859 y 60), nuestras bizarras tropas se colmaron de gloria, y el esclarecido nombre de España supo colocarse á la merecida altura. Recientes aún los sucesos, no necesitamos narrar los sublimes episodios de *El Serrallo*, *Sierra Bullones*, *Los Castillejos*, *Tetuan* y *Vad-Ras*. Lo mismo sucede respecto á la guerra de Santo Domingo en que tantos laureles conquistara nuestro valiente y sufrido ejército, y con la expedición á México, en la cual el inolvidable y valiente general Prim supo colocar en su merecido puesto el pabellon de la España moderna, de la España liberal que tanto como ama su independencia sabe respetar la de los pueblos que merecen ser libres.

En la desastrosa campaña de Cuba, el puro y noble sentimiento del más acendrado patriotismo que se anida en el corazon de todos los españoles residentes en la rica Antilla y de sus hermanos de la Península, llegó al mas alto é incomparable colmo. Los sacrificios han sido enormes, los hechos heroicos no admiten comparacion posible. Nos-

otros hemos tomado en esa horrible lucha una modesta é insignificante parte, y hemos derramado en ella nuestra propia sangre: siendo, pues, testigos presenciales de ella, pudiéramos describirla en muchos de sus detalles; pero no queremos que se nos tache de parciales, ni tampoco es muy fácil la tarea de describir una campaña que ha durado diez años, que ha sacrificado trescientos mil españoles y que por su especial índole ha dado lugar á los rasgos más heróicos é inverosímiles que registran los anales de todos los hechos de la humanidad. El día en que pasada la impresion del momento y calmadas las pasiones, pueda escribirse con la fria calma de la imparcialidad la historia de esa sublime epopeya, ese día será el único en que con la irrefutable lógica de los hechos y de los números, pueda demostrarse al mundo enteroc lo que desde Yara hasta el Zanjón ha hecho el ejército defensor de la integridad de la patria, los enormes sacrificios que en sus personas y bienes se impusieron VOLUNTARIAMENTE atendiendo solo á sus patrióticos deberes los valientes voluntarios que,

abandonaban sus familias é intereses para correr á defender la honra de su patria, simbolizada en un mágico ¡viva España!

El bizarro general Martinez Campos tuvo la dicha de concluir esta lucha tan fatal para los intereses de España y de Cuba. ¡Quiera el cielo, que ni ésta se reproduzca ni aparezca ninguna otra, para que la noble nacion española logre cicatrizar sus profundas heridas y disfrutar con la tranquilidad y el público reposo los inmensos bienes de la libertad y del progreso!

### CONCLUSION.

Por el sencillo é imperfecto resúmen que de las glorias nacionales acabamos de hacer, se forma una lijera idea de cómo, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, cuantas razas han cruzado por el espacioso sendero de la vida se han disputado con tenaz empeño la codiciada posesion de nuestro fértil suelo, defendido siempre con enérgica fiereza, con heroísmo insuperable por sus nobles y esforzados habitantes. Condenados los españoles á sostener una eterna y casi no interrumpida lucha, han sabido demostrar al mundo entero sus elevadas virtudes cívicas, su irresistible empuje y su ferviente amor á la patria que los vió nacer puro sentimiento llevado hasta la idolatría y exagerado hasta la abnegacion y el sacrificio.

abandonaban sus familias é intereses para correr á defender la honra de su patria, simbolizada en un mágico ¡viva España!

El bizarro general Martínez Campos tuvo la dicha de concluir esta lucha tan fatal para los intereses de España y de Cuba. ¡Quiera el cielo, que ni ésta se reproduzca ni aparezca ninguna otra, para que la noble nación española logre cicatrizar sus profundas heridas y disfrutar con la tranquilidad y el público reposo los inmensos bienes de la libertad y del progreso!

### CONCLUSION.

Por el sencillo é imperfecto resúmen que de las glorias nacionales acabamos de hacer, se forma una lijera idea de cómo, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, cuantas razas han cruzado por el espacioso sendero de la vida se han disputado con tenaz empeño la codiciada posesion de nuestro fértil suelo, defendido siempre con enérgica fiereza, con heroísmo insuperable por sus nobles y esforzados habitantes. Condenados los españoles á sostener una eterna y casi no interrumpida lucha, han sabido demostrar al mundo entero sus elevadas virtudes cívicas, su irresistible empuje y su ferviente amor á la patria que los vió nacer puro sentimiento llevado hasta la idolatría y exagerado hasta la abnegacion y el sacrificio.

En todos aquellos hechos más culminantes y de mayor trascendencia en la historia del mundo, el pueblo ibero ha tomado una parte muy importante cuando no la principal. Desde aquel nebuloso día en que los fenicios pisaron las risueñas costas del Atlántico y del Mediterráneo y se establecieron en las poéticas márgenes del Ebro y del Guadalquivir, hasta la plácida mañana en que la sacrosanta bandera de Castilla, símbolo de la fé católica, tremoló victoriosa sobre los ennegrecidos muros de Tetuán, se traza en la historia de la humanidad un sangriento drama cuya acción se desarrolla en el largo espacio de más de treinta siglos y cuyo principal protagonista es el heroico pueblo español. Las últimas cenizas de *Sagunto* esparcen por los aires el postrer vestigio de la dominación ibera; el predominio romano se levanta sobre las ruinas de la inmortal *Numancia*; cuando á orillas del manso Guadalete se libra una formidable batalla, la raza semítica, encerrada en la infecunda vida del fatalismo, triunfa de la germánica, fiel representante del personalismo, y provoca los heroicos he-

chos que tienen su cuna en las empinadas rocas de *Covadonga*; la unidad musulímica se desmorona en las *Navas de Tolosa*, y la Unidad Cristiana brota de los rojos muros de la *Alhambra*; *Otumba* y *Pavía* demuestran al mundo que España era tan grande que no cabiendo en los límites de sus fronteras, se desbordaba incontrastable en un espacio de dos mil leguas; *San Quintín* y *Gravelines* son como un doble dogal que la monarquía católica ciñe al cuello de la revolución y del protestantismo; el sol de *Almansa* alumbra el nacimiento del predominio en Europa de la monarquía borbónica; *Bailen*, *Albuera*, *Vitoria* y *San Marcial* abaten el arrogante vuelo de las altaneras águilas francesas y convierten en negra realidad las risueñas ilusiones del orgulloso César que en su insensato delirio aspiraba á la dominación universal; *Zaragoza* patentiza con mucha más verdad que *Cambronne* en *Waterloo* que la heroica España ni aún muriendo se rinde; *Wad-Ras* demuestra una vez más á la indómita raza agarena cuánto de grande, de magestuoso y de sublime se

encierra entre los dilatados pliegues de la victoriosa bandera de Castilla, símbolo el más perfecto de la fé religiosa, de la civilización cristiana y del heroísmo de un pueblo grande.

.....  
Si se considera que la Peninsula ibérica, por su brillante posición geográfica es para el continente europeo lo que una ciudadela para una plaza fuerte, y si además se tiene en cuenta el heroico valor de sus nobles hijos, no parecerá extraño que poseamos una historia tan gloriosa y envidiable cual no la tiene igual ningún otro pueblo de la tierra.

Por otra parte, como dice un historiador contemporáneo, (1) "si es verdad, lo que sostienen eminentes pensadores respecto á que la constitucion física de un país es á su historia social lo que al arco el contrafuerte, preciso es convenir en que la riquísima y variada naturaleza de nuestra madre patria, donde amorosamente viven las plantas del polo y de los trópicos, donde al lado de la

(1) Bellido y Montesinos, Historia militar de España.

nieve brota la dulce flor del azahar, revela aun para la inteligencia más obtusa, una historia igualmente rica en elevados hechos y variada en supremas grandezas. Y si además se considera que el clima donde se nace influye en el modo de ser del hombre de una manera tan poderosa que más de un filósofo eminente ha negado la solidaridad de la raza negra con el resto de la humanidad, se podrá así mismo conocer al héroe inmortal de aquella historia."

El cántabro, el astur y el gallego en su frio y constante valor, en el duro empeño con que llevan á cabo sus resoluciones, y en el sobrio de sus exigencias corporales, retratan sus montañas de granito con sus nevados riscos y horribles desfiladeros. Acostumbrados á las gigantes luchas de los elementos, miran la muerte con mudo desprecio: jamás la victoria les ensoberbece; nunca la adversidad les obliga á cejar un solo paso.

Los que pueblan las dilatadas comarcas, que regadas por el Duero, el Júcar y el Guadiana, se desenvuelven ya en infinitas llanu-

ras, ya en espesos montes ó en revueltas serranías, unen en sí estas tres variedades, y tienen la calma de la fuerza, lo escondido del propósito, el arranque que trasforma á un pastor en Viriato y á un labrador en Mina.

Desde las imponentes *columnas de Hércules* á la exuberante *Sierra Morena*, vive un pueblo que refleja en lo pintoresco de su lenguaje, en la especialidad de sus costumbres, la admirable transparencia del cielo, lo poético de las dilatadas campiñas, lo incomparablemente bello de las montañas de *Andalucía*. La fébril actividad de *Tiro*, la apasionada lijereza de los sirios y la exaltación de los árabes, se unen en el andaluz para formar un ciudadano, que poseído una vez de ese vértigo sublime que se llama gloria llega á donde pocos podrán alcanzar.

Apoiada como un gigante en los Pirineos y desplegándose audaz hacia el S. y el O., Cataluña sostiene una raza digna por sí sola de un detenido estudio. La crónica escrita por Jaime el conquistador, y aquella otra illada que Roger y sus huestes cantaron en el antiguo palenque de Alejandro, lo retratan á

maravilla, con su terrible empuje, con su firmeza inquebrantable, con su ardiente pasión por lo grande y lo generoso que en no pocas ocasiones la han llevado hasta el martirio.

Todas estas razas y otras que no enumeramos por lo que ofrecen de semejanza con ellas, prestándose mutuamente sus propias cualidades, hacen del tipo único que de su reunión se forma, el tipo del español, tan original, tan inconcebible casi, y que reúne de tal manera las aptitudes y las particularidades de los que pueblan las infinitas latitudes del globo, que estudiarlo en la historia, equivale á profundizar los anales del género humano.

Sobre todas las altas cualidades que embellecen el carácter español, resalta el puro y noble sentimiento del amor á la patria, llevado hasta la exageración, hasta la idolatría por los hijos de aquella hidalgo tierra que fué la cuna de héroes como el Cid Pelayo, Gonzalo de Córdoba, Guzmán el Bueno, Palafox <sup>®</sup> y tantos otros cuya lista enriquece los anales de nuestra excelsa historia; de sabios como los dos Sénecas, Raymundo Lulio, Hur-

tado de Mendoza, Fray Luis de Granada y muchos más que han deslumbrado al mundo con su brillante talento y cuya enumeración fué sumamente difícil; de mártires cuya memoria no cabe en los extensos límites del libro de la fama. Al solo recuerdo de su patria querida no hay un corazón español que no lata de alegría, de emoción ó de sentimiento; á la elocente voz del patriotismo no hay un pecho español que deje de contestar, ora se trate de sacrificios materiales, ora de la inmolation de las más puras afectaciones y hasta de la vida, que todo español consagra al servicio de su patria y al bien de sus semejantes.

Tan bellas, grandiosas y sublimes condiciones morales bien merecen las justas alabanzas que el mundo entero les tributa, y bien dignas son de que nosotros, al hallarnos ausentes de aquellos lugares queridos en que vimos la luz primera, les consagremos este humilde recuerdo; y que al dirigirnos á nuestros compatriotas, alejados como nosotros del tañido de la campana del lugar en que nacieron, pero teniendo siempre retratadas

en su pensamiento aquellas encantadoras praderas que fueron mudo testigo de sus primeros juegos infantiles, recordemos las glorias de nuestros antepasados, para inspirarnos en su saludable ejemplo y orar todos juntos en el suntuoso templo que guarda el arca santa de los recuerdos del PATRIOTISMO ESPAÑOL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

	Págin
PRÓLOGO.....	5
EDAD ANTIGUA.	
CAPÍTULO I.	
Explicacion preliminar.....	13
CAPÍTULO II.	
España primitiva.....	17
CAPÍTULO III.	
España.—Cartaginesa,—Sagunto... ..	24
CAPÍTULO IV.	
Fin de la dominacion cartaginesa... ..	32
CAPÍTULO V.	
España romana.—Viriato—Numancia.....	39
CAPÍTULO VI.	
Guerras de Sertorio César y Pompeyo.....	49

Páginas.

## CAPITULO VII.

Heroicidad de los Cantabros y astu-  
res.—España bajo el imperio.—  
Ultimos siglos de la dominacion  
romana..... 57

## EDAD MEDIA.

## CAPITULO VIII.

Invasion de los bárbaros del Norte.  
—Nuevas luchas.—Establecimien-  
to del poder Visigodo..... 64

## CAPITULO IX.

Monarquía visigoda, desde Eurico  
hasta Rodrigo..... 90

## CAPITULO X.

Rodrigo, último rey visigodo.—De-  
sastre del Guadalete..... 77

## CAPITULO XI.

Conquista de España por los musul-  
manes.—Emiratos de Sevilla y  
Córdoba..... 85

## CAPITULO XII.

Principios de la Reconquista.—Co-  
vadonga.—Heroismo de los astu-  
res.—Sus triunfos.—Sus primeros  
reyes desde Pelayo hasta Ordoño I 94

Páginas.

## CAPITULO XIII.

Reconquista Pirenaica.—Reino de  
Sobrarbe.—Heroicidades de los  
Vascos.—Batalla de Roncesvalles.  
—Condado de Barcelona.—Haza-  
ñas de los catalanes..... 105

## CAPITULO XIV.

Reyes de Leon.—Grandes triunfos  
de los cristianos.—Gloriosas bata-  
llas de Simancas y Talavera.—He-  
roica defensa de Zamora..... 115

## CAPITULO XV.

Reinos de Sobrarbe y de Navarra.—  
Condados de Castilla, Aragon y  
Barcelona..... 127

## CAPITULO XVI.

Reinos de Castilla y de Leon.—Hor-  
rible decadencia de la monarquía  
cristiana.—Nuevas luchas.—Nue-  
vos triunfos.—Victoria de Calata-  
ñazor.—Almanzor—El Cid.—San-  
grientas victorias hasta la famosa  
batalla de Alarcos..... 135

## CAPITULO XVII.

Engrandecimiento de Aragon y Ca-  
stilla.—Decadencia de Navarra.  
—Emancipacion de Portugal.... 150

## CAPITULO XVIII.

Gran cruzada cristiana.—Triunfo de Las Navas de Tolosa.—Conquista de Baeza, Córdoba, Jaen, Sevilla, Jerez, provincia de Cádiz, Baleares y Valencia.—Decadencia musulmana..... 157

## CAPITULO XIX.

Castilla: Alfonso el Sabio.—Sancho el Bravo.—Guzman El Bueno.—Fernando el Emplazado.—Alfonso XI.—Batalla del Salado.—Aragon: Pedro el Grande.—Expedicion á Oriente.—Roger de Flor y Berenguer de Entenza.—Conquistas de Sicilia y Cerdeña.—Victorias en Grecia y Turquía.—Jaime el Justiciero..... 168

## CAPITULO XX.

Castilla y Aragon.—Don Pedro el Cruel.—Don Enrique el Bastardo.—Don Juan I.—Guerras con Portugal é Inglaterra.—Batalla de Aljubarrota.—Enrique el Doliente.—Don Juan II.—Don Eernando el de Antequera.—Enrique IV.—La Beltraneja.—Los reyes católicos.

—Ultimas derrotas de los moros.—Conquista de Granada.—El Gran Capitan.—Gloriosas campañas de Italia.—Descubrimiento de América.—Fin de la Edad Media..... 186

## EDAD MODERNA.

## CAPITULO XXI.

Dinastia austriaca.—Felipe el Hermoso.—Regencias de D. Fernando y los Cardenales Cisneros y Adriano.—Gloriosa expedicion al Africa.—Conquista de Navarra.—Engrandecimientos en América y Nápoles.—Carlos I.—Los Comunes.—Batalla de Pavia.—Triunfos en Italia.—Victorias en Africa.—Felipe II.—Batallas de San Quintin y Gravelines.—Combate naval de Lepanto.—Insurreccion de los Países-Bajos.—Anexion de Portugal y Filipinas.—Muerte de las libertades aragonesas..... 203

## CAPITULO XXII.

Conquistas de México y el Perú.... 224

## CAPITULO XXIII.

Reinados de los Felipes III y IV y  
 Carlos II el Hechizado.—Batalla  
 de Rocroy.—Guerra de Cataluña.  
 —Pérdida de Portugal.—Decaden-  
 cia de España.—Fin de la domi-  
 nación de la casa de Austria..... 243

## CAPITULO XXIV.

Dinastía borbónica.—Felipe V, Fer-  
 nando VI, Carlos III, Carlos IV.—  
 Guerra de sucesión.—Cuádruple  
 alianza.—Terribles luchas.—Hon-  
 dos quebrantos.—Desastres marí-  
 timos.—Combate de Trafalgar.—  
 Invasión francesa..... 254

## CAPITULO XXV.

Reinados de Fernando VII, Isabel II  
 y Alfonso XII.—Guerra de la In-  
 dependencia.—Discordias civiles.  
 Campañas de Africa, Santo Do-  
 mingo y Cuba..... 267

CONCLUSION..... 281

NUEV

BIOTEC